

Ediciones
Bandera
Roja

Lima 1967

LA ORGANIZACIÓN DEL PROLETARIADO



Edición electrónica reeditada en noviembre del 2018.
© *Ediciones Bandera Roja*, 2018

Ediciones Bandera Roja, 2018
Licencia de Creative Commons

Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional License

José Carlos Mariátegui

**LA ORGANIZACIÓN
DEL PROLETARIADO**

**EDICIONES
"BANDERA ROJA"**

**1967
LIMA-PERÚ**

ÍNDICE

Mariátegui, por él mismo	7
--------------------------------	---

I Ideas y análisis:

La crisis mundial y el proletariado peruano	8
El fracaso de la Segunda Internacional (notas)	18
Zinoviev y la Tercera Internacional	22
Trotsky y la oposición comunista	27
Internacionalismo y socialismo	31
El hombre y el mito	40
La lucha final	45

II Las masas:

El 1° de Mayo y el Frente Único	49
Mensaje al II Congreso Obrero de Lima	52
La organización de los empleados	57
Admonición del 1* de Mayo	60
Manifiesto a los trabajadores de la República lanzado por el Comité pro 1° de Mayo	62
El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo	67
La central sindical del proletariado peruano	69
Estatutos de la Confederación General d. Trabajadores del Perú	72
Manifiesto de la Confederación General de Trabajadores del Perú a la clase trabajadora del país	84

III El partido:

Carta al grupo de México	100
"Carta colectiva" del grupo de Lima	104
Acta de Constitución del P. C. P	111
Programa del Partido Comunista	112
Tesis de afiliación a la Tercera Internacional	117
Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista	118
Carta a los redactores de "Claridad"	125
Presentación de "Amauta"	127
Carta a los redactores del Boletín de la U. P. G. P.	129
Antecedentes y desarrollo de la acción clasista	131

Mariátegui, por él mismo*

Aunque soy un escritor muy poco autobiográfico, le daré yo mismo algunos datos sumarios. Nací el 95. A los 14 años trabajé en el diarismo, primero en "La Prensa", luego en "El Tiempo", finalmente en "La Razón". En este último diario patrocinamos la reforma universitaria. Desde 1918, nauseado de política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares, en pleno apogeo. De fines de 1919 a mediados de 1923 viajé por Europa. Residí más de dos años en Italia, donde desposé una mujer y algunas ideas. Anduve por Francia, Alemania, Austria y otros países. Mi mujer y mi hijo me impidieron llegar a Rusia. Desde Europa me concerté con algunos peruanos para la acción socialista. Mis artículos de esa época señalan las estaciones de mi orientación socialista. A mi vuelta al Perú, en 1923, en reportajes, conferencias en la Federación de Estudiantes, en la Universidad Popular, artículos, etc., expliqué la situación europea e inicié mi trabajo de investigación de la realidad nacional, conforme al método marxista. En 1924 estuve, como ya lo he contado, a punto de perder la vida. Perdí una pierna y quedé muy delicado. Habría seguramente ya curado del todo con una existencia reposada. Pero ni mi pobreza ni mi inquietud espiritual me lo consienten. No he publicado más libros que el que Ud. conoce. Tengo listos dos y en proyecto otros dos. He aquí mi vida en pocas palabras. No creo que valga la pena hacerla notoria; pero no puedo rehusarle los datos que Ud. me pide. Me olvidaba: soy un autodidacto. Me matriculé una vez en letras en Lima, pero con el solo interés de seguir el curso de latín de un agustino erudito. Y en Europa frecuenté algunos cursos libremente, pero sin decidirme nunca a perder mi carácter extrauniversitario y, tal vez, si hasta antiuniversitario.

En 1925 la Federación de Estudiantes me propuso a la Universidad como catedrático de la materia de mi competencia; pero la mala voluntad del Rector y, seguramente, mi estado de salud, frustraron esta iniciativa.

* Carta enviada por José Carlos Mariátegui el 10 de enero de 1927 al escritor Enrique Espinoza (Samuel Glusberg), director de *La Vida Literaria*.

I IDEAS Y ANALISIS

La crisis mundial y el proletariado peruano (Junio, 1923)

En esta conferencia —llamémosla conversación más bien que conferencia— voy a limitarme a exponer el programa del curso, al mismo tiempo que algunas consideraciones sobre la necesidad de difundir en el proletariado el conocimiento de la crisis mundial. En el Perú falta, por desgracia, una prensa docente que siga con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de esta gran crisis; faltan, asimismo, maestros universitarios, del tipo de José Ingenieros, capaces de apasionarse por las ideas de renovación que actualmente transforman el mundo y de liberarse de la influencia y de los prejuicios de una cultura y de una educación conservadoras y burguesas; faltan grupos socialistas y sindicalistas, dueños de instrumentos propios de cultura popular, y en aptitud, por tanto, de interesar al pueblo por el estudio de la crisis. La única cátedra de educación popular, con espíritu revolucionario, es esta cátedra en formación de la Universidad Popular. A ella le toca, por consiguiente, superando el modesto plano de su labor inicial, presentar al pueblo la realidad contemporánea, explicar al pueblo que está viviendo una de las horas más trascendentales y grandes de la historia, contagiar al pueblo de la fecunda inquietud que agita actualmente a los demás pueblos civilizados del mundo.

En esta gran crisis contemporánea el proletariado no es un espectador; es un actor. Se va a resolver en ella la suerte del proletariado mundial. De ella va a surgir, según todas las probabilidades y según todas las previsiones, la civilización proletaria, la civilización socialista, destinada a suceder a la declinante, a la decadente, a la moribunda civilización capita-

lista, individualista y burguesa. El proletariado necesita, ahora como nunca, saber lo que pasa en el mundo. Y no puede saberlo a través de las informaciones fragmentarias, episódicas, y homeopáticas del cable cotidiano, mal traducidas y peor re-dactadas en la mayoría de los casos, y provenientes siempre de agencias reaccionarias, encargadas de desacreditar a los partidos, a las organizaciones y a los hombres del proletariado mundial.

En la crisis europea se están jugando los destinos de todos los trabajadores del mundo. El desarrollo de la crisis debe interesar, pues, por igual, a los trabajadores del Perú que a los trabajadores del Extremo Oriente. La crisis tiene como teatro principal Europa; pero la crisis de las instituciones europeas es la crisis de las instituciones de la civilización occidental. Y el Perú, como los demás pueblos de América, gira dentro de la órbita de esta civilización, no sólo porque se trata de países políticamente independientes pero económicamente coloniales, ligados al carro del capitalismo británico, del capitalismo americano o del capitalismo francés, sino porque europea es nuestra cultura, europeo es el tipo de nuestras instituciones. Y son, precisamente, estas instituciones democráticas, que nosotros copiamos de Europa, esta cultura, que nosotros copiamos de Europa también, las que en Europa están ahora en un período de crisis definitiva, de crisis total. Sobré todo, la civilización capitalista ha internacionalizado la vida de la humanidad, ha creado entre todos los pueblos lazos materiales que establecen entre ellos una solidaridad inevitable. El internacionalismo no es sólo un ideal; es una realidad histórica. El progreso hace que los intereses, las ideas, las costumbres, los regímenes de los pueblos se unifiquen y se confundan. El Perú, como los demás pueblos americanos, no está, por tanto fuera de la crisis; está dentro de ella. La crisis mundial ha repercutido ya en estos pueblos. Y, por supuesto, seguirá repercutiendo. Un período de reacción en Europa será también un período de reacción en América. Un período de revolución en Europa será también un período de revolución en América. Hace más de un siglo, cuando la vida de la humanidad no era tan solidaria como hoy, cuando no existían los medios de comunicación que hoy existen, cuando las naciones no tenían el contacto inmediato y constante que hoy tienen, cuando no

había prensa, cuando éramos aún espectadores lejanos de los acontecimientos europeos, la Revolución Francesa dio origen a la Guerra de la Independencia y al surgimiento de todas estas repúblicas. Este recuerdo basta para que nos demos cuenta de la rapidez con que la transformación de la sociedad se reflejará en las sociedades americanas. Aquellos que dicen que el Perú, y América en general, viven muy distantes de la revolución europea, no tienen noción de la vida contemporánea, ni tienen una comprensión, aproximada siquiera, de la historia. Esa gente se sorprende de que lleguen al Perú los ideales más avanzados de Europa; pero no se sorprende en cambio de que lleguen el aeroplano, el trasatlántico, el telégrafo sin hilos, el radio; todas las expresiones más avanzadas, en fin, del progreso material de Europa. La misma razón para ignorar el movimiento socialista habría para ignorar, por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein. Y estoy seguro de que al más reaccionario de nuestros intelectuales —casi todos son impermeables reaccionarios— no se le ocurrirá que debe ser proscrita del estudio y de la vulgarización la nueva física, de la cual Einstein es el más eminente y máximo representante.

Y si el proletariado, en general, tiene necesidad de enterarse de los grandes aspectos de la crisis mundial, esta necesidad es aún mayor en aquella parte del proletariado socialista, laborista, sindicalista o libertaria que constituye su vanguardia; en aquella parte del proletariado más combativa y consciente, más luchadora y preparada; en aquella parte del proletariado encargada de la dirección de las grandes acciones proletarias; en aquella parte del proletariado a la que toca el rol histórico de representar al proletariado peruano en el presente instante social; en aquella parte del proletariado, en una palabra, que cualquiera que sea su credo particular, tiene conciencia de clase, tiene conciencia revolucionaria. Yo dedico, sobre todo, mis disertaciones a esta vanguardia del proletariado peruano. Nadie más que los grupos proletarios de vanguardia necesitan estudiar la crisis mundial. Yo no tengo la pretensión de venir a esta tribuna libre de una universidad libre a enseñarles la historia de esa crisis mundial, sino a estudiarla yo mismo con ellos. Yo no os enseño, compañeros, desde esta tribuna, la historia de la crisis mundial; yo la estudio con vosotros. Yo no tengo en este estudio sino el mérito

modestísimo de aportar a él las observaciones personales de tres y medio años de vida europea, o sea de los tres y medio años culminantes de la crisis, y los ecos del pensamiento europeo contemporáneo.

Yo invito muy especialmente a la vanguardia del proletariado a estudiar conmigo el proceso de la crisis mundial por varias razones trascendentales. Voy a enumerarlas sumariamente. La primera razón es que la preparación revolucionaria, la cultura revolucionaria, la orientación revolucionaria de esa vanguardia proletaria, se ha formado a base de la literatura socialista, sindicalista y anarquista anterior a la guerra europea. O anterior por lo menos al periodo culminante de la crisis. Libros socialistas, sindicalistas, libertarios, de vieja data, son los que, generalmente, circulan entre nosotros. Aquí se conoce un poco la literatura clásica del socialismo y del Sindicalismo; no se conoce la nueva literatura revolucionaria. La cultura revolucionaria es aquí una cultura clásica además de ser, como vosotros, compañeros, lo sabéis muy bien, una cultura muy incipiente, muy inorgánica, muy desordenada, muy incompleta. Ahora bien, toda esa literatura socialista y sindicalista anterior a la guerra, está en revisión. Y esta revisión no es una revisión impuesta por el capricho de los teóricos, sino por la fuerza de los hechos. Esa literatura, por consiguiente, no puede ser usada hoy sin beneficio de inventario. No se trata, naturalmente, de que no siga siendo exacta en sus principios, en sus bases, en todo lo que hay en ella de ideal y de eterno; sino que ha dejado de ser exacta, muchas veces en sus inspiraciones tácticas, en sus consideraciones históricas, en todo lo que significa acción, procedimiento, medio de lucha. La meta de los trabajadores sigue siendo la misma; lo que ha cambiado, necesariamente, a causa de los últimos acontecimientos históricos, son los caminos elegidos para arribar, o para aproximarse siquiera, a esa meta ideal. De aquí que el estudio de estos acontecimientos históricos, y de su trascendencia, resulte indispensable para los trabajadores militantes en las organizaciones clasistas.

Vosotros sabéis, compañeros, que las fuerzas proletarias europeas se hallan divididas en dos grandes bandos: reformistas y revolucionarios. Hay una Internacional Obrera

reformista, colaboracionista, evolucionista y otra Internacional Obrera maximalista, anticolaboracionista, revolucionaria. Entre una y otra ha tratado de surgir una Internacional intermedia: pero que ha concluido por hacer causa común con la primera contra la segunda. En uno y otro bando hay diversos matices; pero los bandos son neta e inconfundiblemente sólo dos. El bando de los que quieren realizar el socialismo colaborando políticamente con la burguesía, y el bando de los que quieren realizar el socialismo conquistando íntegramente para el proletariado el poder político. Y bien, la existencia de estos dos bandos proviene de la existencia de dos concepciones diferentes, de dos concepciones opuestas, de dos concepciones antitéticas del actual momento histórico. Una parte del proletariado cree que el momento no es revolucionario; que la burguesía no ha agotado aún su función histórica; que, por el contrario, la burguesía es todavía bastante fuerte para conservar el poder político; que no ha llegado, en suma, la hora de la revolución social. La otra parte del proletariado cree que el actual momento histórico es revolucionario; que la burguesía es incapaz de reconstruir la riqueza social destruida por la guerra e incapaz, por tanto, de solucionar los problemas de la paz; que la guerra ha originado una crisis cuya solución no puede ser sino una solución proletaria, una solución socialista; y que con la Revolución Rusa ha comenzado la revolución social.

Hay, pues, dos ejércitos proletarios porque hay en el proletariado dos concepciones opuestas del momento histórico, dos interpretaciones distintas de la crisis mundial. La fuerza numérica de uno y otro ejércitos proletarios depende de que los acontecimientos parezcan o no confirmar su respectiva concepción histórica. Es por esto que los pensadores, los teóricos, los hombres de estudio de uno y otro ejércitos proletarios, se esfuerzan, sobre todo, en ahondar el sentido de la crisis, en comprender su carácter, en descubrir su significación.

Antes de la guerra, dos tendencias se dividían el predominio en el proletariado: la tendencia socialista y la tendencia sindicalista. La tendencia socialista era, predominantemente, reformista, social-democrática, colaboracionista. Los socialistas pensaban que la hora de la revolución social estaba lejana y luchaban por la conquista gradual a través de la acción lega-

litaria y de la colaboración gubernamental o, por lo menos, legislativa. Esta acción política debilitó en algunos países excesivamente la voluntad y el espíritu revolucionarios del socialismo. El socialismo se aburguesó considerablemente. Como reacción contra este aburguesamiento del socialismo, tuvimos al sindicalismo. El sindicalismo opuso a la acción política de los partidos socialistas la acción directa de los sindicatos. En el sindicalismo se refugiaron los espíritus más revolucionarios y más intransigentes del proletariado. Pero también el sindicalismo resultó en el fondo, un tanto colaboracionista y reformístico. También el sindicalismo estaba dominado por una burocracia sindical sin verdadera psicología revolucionaria.

Y, así, sindicalismo y socialismo se mostraban más o menos solidarios y mancomunados en algunos países, como Italia, donde el Partido Socialista no participaba en el gobierno y se mantenía fiel a otros principios formales de independencia. Como sea, las tendencias, más o menos beligerantes o más o menos próximas, según las naciones, eran dos: sindicalistas y socialistas. A este período de la lucha social corresponde casi íntegramente la literatura revolucionaria de que se ha nutrido la mentalidad de nuestros proletarios dirigentes.

Pero, después de la guerra, la situación ha cambiado. El campo proletario, como acabamos de recordar, no está ya dividido en socialistas y sindicalistas, sino en reformistas y revolucionarios. Hemos asistido primero a una escisión, a una división en el campo socialista. Una parte del socialismo se ha afirmado en su orientación social-democrática, colaboracionista; la otra parte ha seguido una orientación anti-colaboracionista, revolucionaria. Y esta parte del socialismo, es la que, para diferenciarse netamente de la primera, ha adoptado el nombre de comunismo. La división se ha producido, también, en la misma forma en el campo sindicalista. Una parte de los sindicatos apoya a los social-democráticos; la otra parte apoya a los comunistas. El aspecto de la lucha social europea ha mudado, por tanto, radicalmente. Hemos visto a muchos sindicalistas intransigentes de antes de la guerra tomar rumbo hacia el reformismo. Hemos visto, en cambio, a otros seguir al comunismo. Y entre éstos, se ha contado, nada menos, como en una conversación lo recordaba no hace mucho al compañe-

ro Fonkén el más grande y más ilustre teórico del sindicalismo: el francés George Sorel. Sorel, cuya muerte ha sido un luto amargo para el proletariado y para la intelectualidad de Francia, dio toda su adhesión a la Revolución Rusa y a los hombres de la Revolución Rusa.

Aquí, como en Europa, los proletarios, tienen, pues, que dividirse no en sindicalistas y socialistas —clasificación anacrónica—, sino en colaboracionistas y anticolaboracionistas, en reformistas y maximalistas. Pero para que esta clasificación se produzca con nitidez, con coherencia, es indispensable que el proletariado conozca y comprenda en sus grandes lineamientos, la gran crisis contemporánea. De otra manera, el confusionismo es inevitable.

Yo participo de la opinión de los que creen que la humanidad vive un periodo revolucionario. Y estoy convencido del próximo ocaso de todas las tesis social-democráticas, de todas las tesis reformistas, de todas las tesis evolucionistas.

Antes de la guerra, estas tesis eran explicables, porque correspondían a condiciones históricas diferentes. El capitalismo estaba en su apogeo. La producción era superabundante. El capitalismo podía permitirse el lujo de hacer sucesivas concesiones económicas al proletariado. Y sus márgenes de utilidad eran tales que fue posible la formación de una numerosa clase media, de una numerosa pequeña-burguesía que gozaba de un tenor de vida cómodo y confortable. El obrero europeo ganaba lo bastante para comer discretamente y en algunas naciones, como Inglaterra y Alemania, le era dado satisfacer algunas necesidades del espíritu. No había, pues, ambiente para la revolución. Después de la guerra, todo ha cambiado. La riqueza social europea ha sido, en gran parte, destruida. El capitalismo, responsable de la guerra, necesita reconstruir esa riqueza a costa del proletariado. Y quiere, por tanto, que los socialistas colaboren en el gobierno, para fortalecer las instituciones democráticas; pero no para progresar en el camino de las realizaciones socialistas. Antes, los socialistas colaboraban para mejorar, paulatinamente, las condiciones de vida de los trabajadores. Ahora colaborarían para renunciar a toda conquista proletaria. La burguesía para reconstruir a Europa

necesita que el proletariado se avenga a producir más y consumir menos. Y el proletariado se resiste a una y otra cosa y se dice a sí mismo que no vale la pena consolidar en el poder a una clase social culpable de la guerra y destinada, fatalmente, a conducir a la humanidad a una guerra más cruenta todavía. Las condiciones de una colaboración de la burguesía con el proletariado son, por su naturaleza, tales que el colaboracionismo tiene, necesariamente, que perder, poco a poco, su actual numeroso proselitismo.

El capitalismo no puede hacer concesiones al socialismo. A los Estados europeos para reconstruirse les precisa un régimen de rigurosa economía fiscal, el aumento de las horas de trabajo, la disminución de los salarios, en una palabra, el restablecimiento de conceptos y de métodos económicos abolidos en homenaje a la voluntad proletaria. El proletariado no puede, lógicamente, consentir este retroceso. No puede ni quiere consentirle. Toda posibilidad de reconstrucción de la economía capitalista está, pues, eliminada. Esta es la tragedia de la Europa actual. La reacción va cancelando en los países de Europa las concesiones económicas hechas al socialismo; pero mientras de un lado, esta política reaccionaria no puede ser lo suficientemente enérgica ni eficaz para restablecer la desangrada riqueza pública, de otro lado, contra esta política reaccionaria, se prepara, lentamente, el frente único del proletariado. Temerosa a la revolución, la reacción cancela, por esto, no sólo las conquistas económicas de las masas, sino que atenta también contra las conquistas políticas. Asistimos, así, en Italia a la dictadura fascista. Pero la burguesía socava y mina y hiere así de muerte a las instituciones democráticas. Y pierde toda su fuerza moral y todo su prestigio ideológico.

Por otra parte, en el orden de las relaciones internacionales, la reacción pone la política externa en manos de las minorías nacionalistas y antidemocráticas. Y estas minorías nacionalistas saturan de chauvinismo esa política externa. E impiden, con sus orientaciones imperialistas, con su lucha por la hegemonía europea, el restablecimiento de una atmósfera de solidaridad europea, que consienta a los Estados entenderse acerca de un programa de cooperación y de trabajo. La obra de ese nacionalismo, de ese reaccionarismo, la tenemos a la

vista en la ocupación de Ruhr.

La crisis mundial es, pues, crisis económica y crisis política. Y es, además, sobre todo, crisis ideológica. Las filosofías afirmativas, positivistas de la sociedad burguesa, están, desde hace mucho tiempo, minadas por una corriente de escepticismo, de relativismo. El racionalismo, el historicismo, el positivismo, declinan irremediablemente. Este es, indudablemente, el aspecto más hondo, el síntoma más grave de la crisis. Este es el indicio más definido y profundo de que no está en crisis únicamente la economía de la sociedad burguesa, sino de que está en crisis integralmente la civilización capitalista, la civilización occidental, la civilización europea.

Ahora bien. Los ideólogos de la Revolución Social, Marx y Bakounine, Engels y Kropotkine, vivieron en la época de apogeo de la civilización capitalista y de la filosofía historicista y positivista. Por consiguiente no pudieron prever que la ascensión del proletariado tendría que producirse en virtud de la decadencia de la civilización occidental. Al proletariado le estaba destinado crear un tipo nuevo de civilización y cultura. La ruina económica de la burguesía iba a ser al mismo tiempo la ruina de la civilización burguesa. Y que el socialismo iba a encontrarse en la necesidad de gobernar no en una época de plenitud, de riqueza y de plétora, sino en una época de pobreza, de miseria y de escasez. Los socialistas reformistas, acostumbrados a la idea de que el régimen socialista más que un régimen de producción lo es de distribución, creen ver en esto el síntoma de que la misión histórica de la burguesía no está agotada y de que el instante no está aún maduro para la realización socialista. En un reportaje a *La Crónica* yo recordaba aquellas frases de que la tragedia de Europa es ésta: el capitalismo no puede más y el socialismo no puede todavía. Esa frase que da la sensación, efectivamente, de la tragedia europea, es la frase de un reformista, es una frase saturada de mentalidad evolucionista, e impregnada de la concepción de un paso lento, gradual y beatífico, sin convulsiones y sin sacudidas, de la sociedad individualista a la sociedad colectivista. Y la historia nos enseña que todo nuevo estado social se ha formado sobre las ruinas del estado social precedente. Y que entre el surgimiento del uno y el derrumbamiento del otro ha

habido, lógicamente, un período intermedio de crisis.

Presenciamos la disgregación, la agonía de una sociedad caduca, senil, decrepita; y, al mismo tiempo, presenciamos la gestación, la formación, la elaboración lenta e inquieta de la sociedad nueva. Todos los hombres, a los cuales, una sincera filiación ideológica nos vincula a la sociedad nueva y nos separa de la sociedad vieja, debemos fijar hondamente la mirada en este período trascendental, agitado e intenso de la historia humana.

El fracaso de la Segunda Internacional (notas) (Junio, 1923)

No omitiré la exposición del movimiento anarquista. No traeré ningún espíritu sectario. Creo oportuno ratificarme en estas declaraciones. Algunos compañeros temen que yo sea muy poco imparcial y muy poco objetivo en mi curso. Pero soy partidario antes que nada del frente único proletario. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Causa común contra el amarillismo. Antes que agrupar a los trabajadores en sectas o partidos agruparlos en una sola federación. Cada cual tenga su filiación, pero todos el lazo común del credo clasista. Estudiemos juntos las horas emocionantes del presente.

Completaremos el examen de la conducta de los partidos socialistas y sindicatos. Veremos cómo y por qué el proletariado fue imponente para impedir la conflagración.

La guerra encontró impreparada a la Segunda Internacional. No había aún programa de acción concreto y práctico para asegurar la paz. Congreso de Stuttgart. Moción de Lenin y Rosa Luxemburgo:

“En el caso de que estalle una guerra, los socialistas están obligados a trabajar por su rápido fin y a utilizar la crisis económica y política provocada por la guerra para sacudir al pueblo y acelerar la caída de la dominación capitalista.”

Pero en la Segunda Internacional había muy pocos Lenin y Rosa Luxemburgo.

Tres años después, el Congreso de Copenhague, Vaillant y Keir Hardi propusieron la huelga general. Se dejó la cuestión para Viena 1914.

En 1912 la situación grave obligó a la II Internacional a convocar un congreso extraordinario. Basilea 1912 noviembre.

De este congreso salió un manifiesto. Y de nuevo se dejó la cuestión técnica para Viena, agosto de 1914.

Antes Sarajevo. El Bureau Internacional de Bruselas convocó de urgencia para el 29 de julio a los partidos socialistas de Europa. Por Francia, Jaurés, Sembat, Vaillant, Guesde, Loguet. Por Alemania, Haase, Rosa Luxemburgo. Apresurar el congreso. París 9 de agosto en vez de Viena 23 de agosto. Declaración de la Oficina Internacional. Palabras de Jaurés en la noche del 29 de julio.

Dos días después Jaurés muerto. Mueller en París, el 1º de agosto. Esterilidad de su misión. La guerra ya incontenible se desencadenó. El Congreso del 9 de agosto no pudo efectuarse. Páginas de Claridad describen con vivo color el ambiente de delirante patriotismo y nacionalismo. La mayoría ofuscada, contagiada por la atmósfera guerrera, marcial, agresiva. La prensa y los intelectuales instigadores.

¿Por qué la Internacional no pudo oponer una barrera a este desborde de pasión nacionalista? ¿Por qué la Internacional no pudo conservarse fiel a sus principios de solidaridad clasista? Veamos las circunstancias que dictaron la conducta socialista.

Declaración de los diputados alemanes en el parlamento el 4 de agosto. Catorce votos, contra.

Declaración de los socialistas franceses en el parlamento el 6 de agosto. En Francia, nación agredida, la adhesión fue más ardorosa, más viva.

La actitud de los demás partidos obreros. "De la Segunda y la Tercera Internacional."

La conducta de los socialistas italianos reclama especial mención. Manifestaron mayor lealtad al internacionalismo. El 26 de julio, manifiesto socialista. Lucha entre neutralistas e intervencionistas. Los factores socialistas del intervencionismo. Arturo Labriola. Benito Mussolini. Anécdota de ambos.

Fórmula de los socialistas italianos: "Ni adherirse a la guerra ni sabotearla." Declaración socialista en la Cámara. La reunión de Zimmerwald en septiembre de 1915. Asistieron delegaciones alemana, francesa, italiana, rusa, polaca, balcánica, sueca, noruega, holandesa y suiza. Inglaterra negó los pasaportes. Lenin. El manifiesto de Zimmerwald primer despertar de la conciencia proletaria.

Pero este llamamiento no repercutía en todas las conciencias proletarias. Los fieles, en minoría. La unión sagrada. El frente único nacional. Tregua de la lucha de clases. Un solo partido: el de la defensa nacional.

Para asegurarse al proletariado, la burguesía le dio participación en el poder. Algunas concesiones al programa mínimo. La guerra exigía la mayor disciplina nacional posible. Libertades restringidas. Esta política pareció la inauguración de la era socialista. Guerra revolucionaria.

El Estado subsidiaba a las familias de los combatientes, ofrecía a bajo precio el pan y subvencionaba largamente a la industria. Trabajo abundante bien remunerado. Con esto se adormecía en las masas la idea de la injusticia social, se atenuaban los motivos de la lucha de clases. El proletariado no se fijaba en que esta prodigalidad del Estado acumulaba cargas para el porvenir. Concluía la guerra, los vencidos pagarían. Que el pueblo combatiese hasta el fin. Había que vencer.

Los aliados más que prédica de intereses, prédica de ideales. El pueblo inglés, creía combatir en defensa de los pueblos débiles. El pueblo francés contra la barbarie, la autocracia, el medioevalismo. El odio al boche.

La fuerza de los aliados consistió, precisamente, en estos mitos. Para los austro-alemanes, guerra militar. Para los aliados, guerra santa, cruzada por grandes y sacros ideales humanos. Los líderes, en gran parte, prestaron su concurso a esta propaganda. Adhesión efectiva de gran parte del proletariado. No hablaban sólo los políticos de la burguesía. En Austria y Alemania la adhesión era menos sólida. Guerra de defensa nacional. Las minorías pacifistas más fuertes. Liebk-

necht, etc., disponían de mayor ambiente. Alemania rodeada de enemigos. Sensación, victoria. En nombre defensa nacional y esperanza victoria, Alemania disponía de argumentos suficientes.

Todas estas circunstancias hicieron que durante cuatro años los proletarios europeos se asesinasen los unos a los otros. Así fracasó la Segunda Internacional. La experiencia enseña, que dentro de este régimen las guerras son inevitables. La democracia capitalista, la paz armada, la política de equilibrio, la diplomacia secreta. Se incuba permanentemente la guerra. Y el proletariado no puede hacer nada. Ahora la experiencia del conflicto franco-alemán. Pesan aún demasiados intereses y sentimientos nacionalistas.

Conforme a estas duras lecciones para combatir la guerra, no basta el grito de abajo la guerra. Grito de la II Internacional, de todos sus congresos, hasta de los pacifistas tipo Wilson. El grito del proletariado: Viva la sociedad proletaria. Pensemos en construirla.

Ya la gran frase de Jaurés no debe apartarse de nuestro recuerdo:

“Hay que impedir que el espectro de la guerra salga cada seis meses de su sepulcro para aterrorizar al mundo.”

Zinoviev y la Tercera Internacional (Noviembre, 1924)

Periódicamente, un discurso o una carta de Gregorio Zinoviev saca de quicio a la burguesía. Cuando Zinoviev no escribe ninguna proclama, los burgueses, nostálgicos de su prosa, se encargan de inventarle una o dos. Las proclamas de Zinoviev recorren el mundo dejando tras de sí una estela de terror y de pavora. Tan seguro es el poder explosivo de estos documentos que su empleo ha sido ensayado en la última campaña electoral británica. Los adversarios del laborismo descubrieron, en vísperas de las elecciones, una espeluznante comunicación de Zinoviev. Y la usaron, sensacionalmente, como un estimulante de la voluntad combativa de la burguesía. ¿Qué honesto y apacible burgués no iba a horrorizarse de la posibilidad de que Mac Donald continuara en el poder? Mac Donald pretendía que la Gran Bretaña prestara dinero a Zinoviev y a los demás comunistas rusos. Y, entre tanto, ¿qué hacía Zinoviev? Zinoviev excitaba al proletariado británico a la revolución. Para la gente bien informada, el descubrimiento carecía de importancia. Desde hace muchos años Zinoviev no se ocupa de otra cosa que de predicar la revolución. A veces se ocupa de algo más audaz todavía; de organizarla. El oficio de Zinoviev consiste, precisamente, en eso. ¿Y cómo se puede honradamente querer que un nombre no cumpla su oficio?

Una parte del público no conoce, por ende, a Zinoviev sino como un formidable fabricante de panfletos revolucionarios. Es probable hasta que compare la producción de panfletos de Zinoviev con la producción de automóviles de Ford, por ejemplo. La Tercera Internacional debe ser, para esa parte del público, algo así como una denominación de la Zinoviev Co. Ltd., fabricante de manifiestos contra la burguesía.

Efectivamente, Zinoviev es un gran panfletista. Mas el panfleto no es sino un instrumento político. La política en estos tiempos es, necesariamente, panfletaria. Mussolini, Poincaré, Lloyd George son también panfletistas a su modo. Amenazan

como Zinoviev amenaza y detracta a los capitalistas. Son primeros ministros de la burguesía como Zinoviev podría serlo de la revolución. Zinoviev cree que un agitador vale casi siempre más que un ministro.

Por pensar de este modo, preside la Tercera Internacional, en vez de desempeñar un comisariato del pueblo. A la presidencia de la Tercera Internacional lo han llevado su historia y su calidad revolucionarias y su condición de discípulo y colaborador de Lenin.

Zinoviev es un polemista orgánico. Su pensamiento y su estilo son esencialmente polémicos. Su testa dantoniana y tribunicia tiene una perenne actitud beligerante. Su dialéctica es ágil, agresiva, cálida, nerviosa. Tiene matices de ironía y de humor.

Pero es Zinoviev, sobre todo, un depositario de la doctrina de Lenin, un continuador de su obra. Su teoría y su práctica son, invariablemente, la teoría y la práctica de Lenin. Posee una historia absolutamente bolchevique. Pertenece a la *vieja guardia* del comunismo ruso. Trabajó con Lenin, en el extranjero, antes de la revolución. Fue uno de los maestros de la escuela marxista rusa dirigida por Lenin en París.

Estuvo siempre al lado de Lenin. En el comienzo de la revolución hubo, sin embargo, un instante en que su opinión discrepó de la de su maestro. Cuando Lenin decidió el asalto del poder, Zinoviev juzgó prematura su resolución. La historia dio la razón a Lenin. Los bolcheviques conquistaron y conservaron el poder. Zinoviev recibió el encargo de organizar la Tercera Internacional.

Exploremos rápidamente la historia de esta Tercera Internacional desde sus orígenes.

La Primera Internacional fundada por Marx y Engels en Londres, no fue sino un bosquejo, un germen, un programa. La realidad internacional no estaba aún definida. El socialismo era una fuerza en formación. Marx acababa de darle concreción histórica. Cumplida su función de trazar las orientaciones

de una acción internacional de los trabajadores, la Primera Internacional se sumergió en la confusa nebulosa de la cual había emergido. Pero la voluntad de articular internacionalmente el movimiento socialista quedó formulada. Algunos años después, la Internacional reapareció vigorosamente. El crecimiento de los partidos y sindicatos socialistas requería una coordinación y una articulación internacionales. La función de la Segunda Internacional fue casi únicamente una función organizadora. Los partidos socialistas de esa época efectuaban una labor de reclutamiento. Sentían que la fecha de la revolución social se hallaba lejana. Se propusieron, por consiguiente, la conquista de algunas reformas interinas. El movimiento obrero adquirió así un ánimo y una mentalidad reformistas. El pensamiento de la socialdemocracia lassalliana dirigió a la Segunda Internacional. A consecuencia de este orientamiento, el socialismo resultó insertado en la democracia. Y la Segunda Internacional, por esto, no pudo nada contra la guerra. Sus líderes y secciones se habían habituado a una actitud reformista y democrática. Y la resistencia a la guerra reclamaba una actitud revolucionaria. El pacifismo de la Segunda Internacional era un pacifismo estático, platónico, abstracto. La Segunda Internacional no se encontraba espiritual ni materialmente preparada para una acción revolucionaria. Las minorías socialistas y sindicalistas trabajaron en vano por empujarla en esa dirección. La guerra fracturó y disolvió la Segunda Internacional. Únicamente algunas minorías continuaron representando su tradición y su ideario. Estas minorías se reunieron en los congresos de *Khiental* y *Zimmerwaid*, donde se bosquejaron las bases de una nueva organización internacional. La revolución rusa impulsó este movimiento. En *marzo de 1919* quedó fundada la Tercera Internacional. Bajo sus banderas se han agrupado los elementos revolucionarios del socialismo y del sindicalismo.

La Segunda Internacional ha reaparecido con la misma mentalidad, los mismos hombres y el mismo pacifismo platónico de los tiempos prebélicos. En su estado mayor se concentran los líderes clásicos del socialismo: Vandervelde, Kautsky, Bemstein, Turati, etc. Malograda la guerra, estos hombres no han perdido su antigua fe en el método reformista. Nacidos de la democracia, no pueden renegarla. No perciben los efectos

históricos de la guerra. Obran como si la guerra no hubiese roto nada, no hubiese fracturado nada, no hubiese interrumpido nada. No admiten ni comprenden la existencia de una realidad nueva. Los adherentes a la Segunda Internacional son, en su mayoría, viejos socialistas. La Tercera Internacional, en cambio, recluta el grueso de sus adeptos entre la juventud. Este dato indica, mejor que ningún otro, la diferencia histórica de ambas agrupaciones.

Las raíces de la decadencia de la Segunda Internacional se confunden con las raíces de la decadencia de la democracia. La Segunda Internacional está totalmente saturada de preocupaciones democráticas. Corresponden a una época de apogeo del parlamento y del sufragio universal. El método revolucionario le es absolutamente extraño. Los nuevos tiempos se ven obligados, por tanto, a tratarla irrespetuosa y rudamente. La juventud revolucionaria suele olvidar hasta las benemerencias de la Segunda Internacional como organizadora del movimiento socialista. Pero a la juventud no se le puede, razonablemente, exigir que sea justiciera. Ortega y Gasset, dice que la juventud "pocas veces tiene razón en lo que niega, pero siempre tiene razón en lo que afirma". A esto se podría agregar que la fuerza impulsora de la historia son las afirmaciones y no las negaciones. La juventud revolucionaria no niega, además, a la Segunda Internacional sus derechos en el presente. Si la Segunda Internacional no se obstinara en sobrevivir, la juventud revolucionaria se complacería en venerar su memoria. Constaría, honradamente, que la Segunda Internacional fue una máquina de organización y que la Tercera Internacional es una máquina de combate.

Este conflicto entre dos mentalidades entre dos épocas y entre dos métodos del socialismo, tiene en Zinoviev una *de sus dramatis personae*. Más que con la burguesía, Zinoviev polemiza con los socialistas reformistas. Es el crítico más acre y más tundente de la Segunda Internacional. Su crítica define nítidamente la diferencia histórica de las dos internacionales. La guerra, según Zinoviev, ha anticipado, ha precipitado mejor dicho, la era socialista. Existen las premisas económicas de la revolución proletaria. Pero falta el orientamiento espiritual de la clase trabajadora. Ese orientamiento no puede darlo la Se-

gunda Internacional, cuyos líderes continúan creyendo, como hace veinte años, en la posibilidad de una dulce transición del capitalismo al socialismo. Por eso, se ha formado la Tercera Internacional. Zinoviev remarca cómo la Tercera Internacional no actúa sólo sobre los pueblos de Occidente. La revolución —dice— no debe ser europea sino mundial. “La Segunda Internacional estaba limitada a los hombres de color blanco; la Tercera no subdivide a los hombres según su raza.” Le interesa el despertar de las masas oprimidas del Asia. “No es todavía —observa— una insurrección de masas proletarias; pero debe serlo. La corriente que nosotros dirigimos libertará a todo el mundo”.

Zinoviev polemiza también con los comunistas que disienten eventualmente de la teoría y la práctica leninistas. Su diálogo con Trotsky, en el partido comunista ruso, ha tenido, no hace mucho, una resonancia mundial. Trotsky y Preobrajenski, etc., atacaban a la *vieja guardia* del partido y soliviantaban contra ella a los estudiantes de Moscú. Zinoviev acusó a Trotsky y a Preobrajensky de usar procedimientos demagógicos, a falta de argumentos serios. Y trató con un poco de ironía a aquellos estudiantes impacientes que “a pesar de estudiar *El Capital* de Marx desde hacía seis meses, no gobernaban todavía el país”. El debate entre Zinoviev y Trotsky se resolvió favorablemente a la tesis de Zinoviev. Sostenido por la vieja y la nueva guardia leninista. Zinoviev ganó este duelo. Ahora dialoga con sus adversarios de los otros campos. Toda la vida de este gran agitador es una vida polémica.

Trotsky y la oposición comunista (Febrero, 1928)

La expulsión de Trotsky y Zinoviev del Partido Comunista ruso y las medidas sancionadas por éste contra la oposición trotskista, reclaman una ojeada a la política interna de Rusia. La crítica contrarrevolucionaria, tantas veces defraudada por los acontecimientos rusos, se entretiene ya en pronosticar una inminente caída del régimen soviético a consecuencia de su desgarramiento interno. Los más avisados y prudentes escritores prefieren conformarse con la esperanza de que la política de Stalin y el partido representen simple y llanamente la marcha hacia el capitalismo y sus instituciones. Pero basta una rápida ojeada a la situación para convencerse de que las expectativas interesadas de la burguesía occidental no son esta vez más solventes que en los días de Kolchak y Wrangel.

La revolución rusa, como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil que se va abriendo ella misma con sus impulsos. No conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos. Los problemas externos se complican en su proceso, con los problemas internos. Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, que, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. El partido bolchevique nunca se sometió pasivamente a las órdenes de Lenin, sobre cuyo despotismo fantaseó a su modo una prensa folletinesca que no podía imaginárselo sino como un zar rojo. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo luego con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían, sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique. Así sucedió, por ejemplo, en octubre de 1917, en la

víspera del asalto al poder, que lo encontró en estricto acuerdo con Trotski y en abierto contraste con Zinoviev y Kamenev.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto de un jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el Partido Comunista ruso. Trotski se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotski, es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotski, quien, a su vez —como atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución— acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero, si entre Lenin y Trotski pudo borrarse casi toda distancia entre Trotski y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotski no contaba con la confianza del partido, por mucho que su actuación como Comisario del Pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotski, quien, por su parte, no conseguía sustanciarse con ellos en un único bloque. Por otra parte, Trotski, según parece, no posee absolutamente los dotes específicos de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante entre el bolchevismo y el menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo de la práctica concreta de líder del partido.

El conflicto entre Trotski y la mayoría bolchevique, que arriba a un punto culminante con la expulsión del trotskismo

de los rangos del partido, ha tenido un largo proceso. Tomó un carácter de neta oposición en 1924 con los ataques de Trotski a la política del comité central, contenidos en los documentos que, traducidos al francés, se publicaron bajo el título de "Cours Nouveau". Las instancias de Trotski para que se adoptara un régimen de democratización en el partido comunista miraban al socavamiento del poder de Stalin. La polémica fue agria. Mas, entre la oposición del comité y la de Trotski cabía aún el compromiso. Trotski cometió entonces el error político de publicar un libro sobre "1917", del cual no salían muy bien parados Zinoviev, Kamenev y otros miembros del gobierno, duramente calificados por Lenin en ese tiempo por sus titubeos para reconocer el carácter revolucionario de la situación. El debate se avivó con un violento recrudecimiento del ataque personal. Zinoviev y Kamenev, que hacían causa común con Stalin, no ahorraron a Trotski ningún molesto recuerdo de sus querellas con el bolchevismo antes de 1917. Pero, después de una controversia ardorosa, el espíritu de compromiso volvió a prevalecer. Trotski se reincorporó al comité central, después de una temporada de descanso en una estación climática. Y tornó a ocupar su puesto en la administración.

Mas la corriente opositorista, en el siguiente congreso del partido reapareció engrosada. Zinoviev, Kamenev y otros miembros del comité central, se sumaron a Trotski, quien resultó así el líder de una oposición heterogénea, en la cual se mezclaban elementos sospechosos de desviación derechista y socialdemócrata, con elementos incandescentemente extremistas, amotinados contra las concesiones de la Nep a los kulaks.

Este bloque, con todo, acusaba predominantemente en su crítica las preocupaciones y celos del elemento urbano frente al poder del espíritu campesino. Trotski, particularmente, es un hombre de cosmópolis. (Uno de sus actuales compañeros de ostracismo político, Zinoviev, lo acusaba, en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino.) Tiene un sentido internacional, ecuménico, de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo ("A dónde va Inglaterra") lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época.

Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo modestamente en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y problemas nacionales.

Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso: presidio o Siberia eran Rusia todavía. Mientras tanto, Trotski, como Zinoviev, como Radek, como Rakovsky, pertenecen a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios; ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica.

Por ahora, a solas con sus problemas, Rusia prefiere hombres más simple y puramente rusos.

Internacionalismo y socialismo (Noviembre, 1923)

En varias de mis conferencias he explicado cómo se ha solidarizado, cómo se ha conectado, cómo se ha internacionalizado la vida de la humanidad. Más exactamente, la vida de la humanidad occidental. Entre todas las naciones incorporadas en la civilización europea, en la civilización occidental, se han establecido vínculos y lazos nuevos en la historia humana. El internacionalismo no es únicamente un ideal; es una realidad histórica. El internacionalismo existe como ideal porque es la realidad nueva, la realidad naciente. No es un ideal arbitrario, no es un ideal absurdo de unos cuantos soñadores y de unos cuantos utopistas. Es aquel ideal que Hegel y Marx definen como la nueva y superior realidad histórica que, encerrada dentro de las vísceras de la realidad actual, pugna por actuar-se y que, mientras no está actuada, mientras se va actuando, aparece como ideal frente a la realidad envejecida y decadente. Un gran ideal humano, una gran aspiración humana no brota del cerebro ni emerge de la imaginación de un hombre más o menos genial. Brota de la vida. Emerge de la realidad histórica. Es la realidad histórica presente. La humanidad no persigue nunca quimeras insensatas ni inalcanzables; la humanidad corre tras de aquellos ideales cuya realización presente cercana, presente madura y presente posible. Con la humanidad acontece lo mismo que con el individuo. El individuo no anhela nunca una cosa absolutamente imposible. Anhela siempre una cosa relativamente posible, una cosa relativamente alcanzable. Un hombre humilde de una aldea, a menos que se trate de un loco, no sueña jamás con el amor de una princesa ni de una multimillonaria lejana y desconocida, sueña en cambio con el amor de la muchacha aldeana a quien él puede hablar, a quien él puede conseguir. Al niño que sigue a la mariposa puede ocurrirle que no la aprese, que no la coja jamás; pero para que corra tras ella es indispensable que la crea o que la sienta relativamente a su alcance. Si la mariposa va muy lejos, si su vuelo es muy rápido, el niño renuncia a su imposible conquista. La misma es la actitud de la humanidad

ante el ideal. Un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean, no conmueven nunca a las muchedumbres. Las muchedumbres se emocionan y se apasionan ante aquella teoría que constituye una meta próxima, una meta probable; ante aquella doctrina que se basa en la posibilidad; ante aquella doctrina que no es sino la revelación de una nueva realidad en marcha, de una nueva realidad en camino. Veamos, por ejemplo, cómo aparecieron las ideas socialistas y por qué apasionaron a las muchedumbres. Kautsky, cuando aún era un socialista revolucionario, enseñaba, de acuerdo con la historia, que la voluntad de realizar el socialismo nació de la creación de la gran industria. Donde prevalece la pequeña industria, el ideal de los desposeídos no es la socialización de la propiedad sino la adquisición de un poco de propiedad individual. La pequeña industria genera siempre la voluntad de conservar la propiedad privada de los medios de producción y no la voluntad de socializar la propiedad, de instituir el socialismo. Esta voluntad surge allí donde la gran industria está desarrollada, donde no exista ya duda acerca de su superioridad sobre la pequeña industria, donde el retorno a la pequeña industria sería un paso atrás, sería un retroceso social y económico. El crecimiento de la gran industria, el surgimiento de las grandes fábricas mata a la pequeña industria y arruina al pequeño artesano; pero al mismo tiempo crea la posibilidad material de la realización del socialismo y crea, sobre todo, la voluntad de llevar a cabo esa realización. La fábrica reúne a una gran masa de obreros; a quinientos, a mil, a dos mil obreros y genera en esta masa no el deseo del trabajo individual y solitario, sino el deseo de la explotación colectiva y asociada de ese instrumento de riqueza. Fijaos cómo comprende y cómo siente el obrero de la fábrica la idea sindical y la idea colectivista; y fijaos, en cambio, cómo la misma idea es difícilmente comprensible para el trabajador aislado del pequeño taller, para el obrero solitario que trabaja por su cuenta. La conciencia de clase germina fácilmente en las grandes masas de las fábricas y de las negociaciones vastas; germina difícilmente en las masas dispersas del artesanado y de la pequeña industria. El latifundio industrial y el latifundio agrícola conducen al obrero primero a la organización para la defensa de sus intereses de clase y, luego, a la voluntad de la expropiación del latifundio y de su explotación colectiva. El socialismo, el sindicalismo, no han

emanado así de ningún libro genial. Han surgido de la nueva realidad social, de la nueva realidad económica. Y lo mismo acontece con el internacionalismo.

Desde hace muchos lustros, desde hace un siglo aproximadamente, se comprueba en la civilización europea la tendencia a preparar una organización internacional de las naciones de Occidente. Esta tendencia no tiene sólo manifestaciones proletarias; tiene también manifestaciones burguesas. Ahora bien, ninguna de estas manifestaciones ha sido arbitraria ni se ha producido porque sí; ha sido siempre, por el contrario, el reconocimiento instintivo de un estado de cosas nuevo, latente. El régimen burgués el régimen individualista, libertó de toda traba los intereses económicos. El capitalismo, dentro del régimen burgués, no produce para el mercado nacional; produce para el mercado internacional. Su necesidad de aumentar cada día más la producción lo lanza a la conquista de nuevos mercados. Su producto, su mercadería no reconoce fronteras; pugna por traspasar y por avasallar los confines políticos. La competencia, la concurrencia entre los industriales es internacional. Los industriales, además de los mercados, se disputan internacionalmente las materias primas. La industria de un país se abastece del carbón, del petróleo, del mineral de países diversos y lejanos. A consecuencia de este tejido internacional de intereses económicos, los grandes bancos de Europa y de Estados Unidos resultan entidades completamente internacionales y cosmopolitas. Esos bancos invierten capitales en Austria, en la India, en la China, en el Transvaal. La circulación del capital, a través de los bancos, es una circulación internacional. El rentista inglés que deposita su dinero en un banco de Londres ignora tal vez a dónde va a ser invertido su capital, de dónde va a proceder su rédito, su dividendo. Ignora si el banco va a destinar su capital, por ejemplo, a la adquisición de acciones de la Peruvian Corporation, en este caso, el rentista inglés resulta, sin saberlo, copropietario de ferrocarriles en el Perú. La huelga del Ferrocarril Central puede afectarlo, puede disminuir su dividendo. El rentista inglés lo ignora. Igualmente, el carrilano, el maquinista peruanos ignoran la existencia de ese rentista inglés, a cuya cartera irá a parar una parte de su trabajo. Este ejemplo, este caso, nos sirven para explicarnos la vinculación económica, la solidaridad económica de la vida

internacional de nuestra época. Y nos sirven para explicarnos el origen del internacionalismo burgués y el origen del internacionalismo obrero que es un origen común y opuesto al mismo tiempo. El propietario de una fábrica de tejidos de Inglaterra tiene interés en pagar a sus obreros menor salario que el propietario de una fábrica de tejidos de Estados Unidos, para que su mercancía pueda ser vendida más barata y más ventajosa y abundantemente. Y esto hace que el obrero textil norteamericano tenga interés en que no baje el salario del obrero textil inglés. Una baja de salarios en la industria textil inglesa es una amenaza para el obrero de Vitarte, para el obrero de Santa Catalina. En virtud de estos hechos, los trabajadores han proclamado su solidaridad y su fraternidad por encima de las fronteras y por encima de las nacionalidades. Los trabajadores han visto que cuando libraban una batalla no era sólo contra la clase capitalista de su país sino contra la clase capitalista del mundo. Cuando los obreros de Europa lucharon por la conquista de la jornada de las ocho horas, luchaban no sólo por el proletariado europeo sino por el proletariado mundial. A vosotros, trabajadores del Perú, os fue fácil conquistar la ley de ocho horas porque la ley de ocho horas estaba ya en marcha en Europa. El capitalismo peruano cedió ante vuestra demanda porque sabía que el capitalismo europeo cedía también. Y, del mismo modo, por supuesto, no son indiferentes a vuestra suerte las batallas que libran en la actualidad los trabajadores de Europa. Cada uno de los obreros que cae en estos momentos en las calles de Berlín o en las barricadas de Hamburgo no cae sólo por la causa del proletariado alemán. Cae también por vuestra causa, compañeros del Perú.

Es por esto, es por esta comprobación de un hecho histórico que desde hace más de medio siglo, desde que Marx y Engels fundaron la Primera Internacional, las clases trabajadoras del mundo tienden a crear asociaciones de solidaridad internacional que vinculen su acción y unifiquen su ideal.

Pero al mismo efecto de la vida económica moderna no es insensible, en el campo opuesto, la política capitalista. El liberalismo burgués, el liberalismo económico que consintió a los intereses capitalistas expandirse, conectarse y asociarse, por encima de los Estados y de las fronteras, tuvo por fuerza

que incluir en su programa el libre cambio. El libre cambio, la teoría libre-cambista corresponde a una necesidad honda y concreta de un período de la producción capitalista. ¿Qué cosa es el libre-cambio? El libre-cambio, la libre circulación, es el libre comercio de las mercaderías a través de todas las fronteras y de todos los países. Entre las naciones existen no sólo fronteras políticas, fronteras geográficas. Existen también fronteras económicas. Esas fronteras económicas son las aduanas. Las aduanas que, a la entrada al país, gravan la mercadería con un impuesto. El libre-cambio pretende abatir esas fronteras económicas, abatir las aduanas, franquear el paso libre de las mercaderías en todos los países. En este período de apogeo de la teoría libre-cambista la burguesía fue, en suma, eminentemente internacionalista. ¿Cuál era la causa de su librecambismo, cuál era la causa de su internacionalismo? Era la necesidad comercial de la industria de expandirse libremente en el mundo. El capitalismo de algunos países muy desarrollados económicamente encontraba un estorbo para su expansión en las fronteras económicas y pretendía abatirlas. Y este capitalismo librecambista, que no abarca por supuesto todo el campo capitalista sino sólo una parte de él, fue también pacifista. Preconizaba la paz y preconizaba el desarme, porque miraba en la guerra un elemento de perturbación y de desordenamiento de la producción. El librecambismo era una ofensiva del capitalismo británico, el más evolucionado del mundo, el más preparado para la competencia contra los capitalismo rivales. En realidad, el capitalismo no podía dejar de ser internacionalista, porque el capitalismo es, por naturaleza y por necesidad, imperialista. El capitalismo crea una nueva clase de conflictos históricos y conflictos bélicos. Los conflictos no entre las naciones, no entre las razas, no entre las nacionalidades antagónicas, sino los conflictos entre los bloques, entre los conglomerados de intereses económicos e industriales. Este conflicto entre dos capitalismo adversarios, el británico y el alemán, condujo al mundo a la última gran guerra. Y de ella, como ya he tenido ocasión de explicaros, la sociedad burguesa ha salido hondamente minada y socavada, precisamente a causa del contraste entre las pasiones nacionalistas de los pueblos, que los enemistan y los separan, y la necesidad de la colaboración y la solidaridad y la amnistía recíproca entre ellos, como único medio de reconstrucción común. La crisis

capitalista, en uno de sus principales aspectos, reside justamente en esto: en la contradicción de la política de la sociedad capitalista con la economía de la sociedad capitalista. En la sociedad actual la política y la economía han cesado de coincidir, han cesado de concordar. La política de la sociedad actual es nacionalista; su economía es internacionalista. El Estado burgués está construido sobre una base nacional; la economía burguesa necesita reposar sobre una base internacional. El Estado burgués ha educado al hombre en el culto de la nacionalidad, lo ha inficionado de ojerizas y desconfianzas y aun de odios respecto de las otras nacionalidades; la economía burguesa necesita, en cambio, de acuerdos y de entendimientos entre nacionalidades distintas y aun enemigas. La enseñanza tradicionalmente nacionalista del Estado burgués, excitada y estimulada durante el período de la guerra, ha creado, sobre todo en la clase media, un estado de ánimo intensamente nacionalista. Y es ahora ese estado de ánimo el que impide que las naciones europeas se concierten y se coordinen en torno de un programa común de reconstrucción de la economía capitalista. Esta contradicción entre la estructura política del régimen capitalista y su estructura económica es el síntoma más hondo, más elocuente de la decadencia y de la disolución de este orden social. Es, también, la revelación, la confirmación mejor dicho, de que la antigua organización política de la sociedad no puede subsistir porque dentro de sus moldes, dentro de sus formas rígidamente nacionalistas no pueden prosperar, no pueden desarrollarse las nuevas tendencias económicas y productivas del mundo, cuya característica es su internacionalismo. Este orden social declina y caduca porque no cabe ya dentro de él el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y productivas del mundo. Estas fuerzas económicas y productivas aspiran a una organización internacional que consienta su desarrollo, su circulación y su crecimiento. Esa organización internacional no puede ser capitalista porque el Estado capitalista, sin renegar de su estructura, sin renegar de su origen, no puede dejar de ser Estado nacionalista.

Pero esta incapacidad de la sociedad capitalista e individualista para transformarse, de acuerdo con las necesidades internacionales de la economía, no impide que aparezcan en ella las señales preliminares de una organización internacional

de la humanidad. Dentro del régimen burgués, nacionalista y chauvinista, que aleja a los pueblos y los enemista, se teje una densa red de solidaridad internacional que prepara el futuro de la humanidad. La burguesía misma puede abstenerse de forjar con sus manos organismos e institutos internacionales que atenúen la rigidez de su teoría y de su práctica nacionalista. Hemos visto así aparecer la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, como lo dije en la conferencia respectiva, es en el fondo un homenaje de la ideología burguesa a la ideología internacionalista. La Sociedad de las Naciones es una ilusión porque ningún poder humano puede evitar que dentro de ella se reproduzcan los conflictos, las enemistades y los desequilibrios inherentes a la organización capitalista y nacionalista de la sociedad. Suponiendo que la Sociedad de las Naciones llegara a comprender a todas las naciones del mundo, no por eso su acción sería eficientemente pacifista ni eficazmente reguladora de los conflictos y de los contrastes entre las naciones, porque la humanidad, reflejada y sintetizada en su asamblea, sería siempre la misma humanidad nacionalista de antes. La Sociedad de las Naciones juntaría a los delegados de los pueblos; pero no juntaría a los pueblos mismos. No eliminaría los motivos de contraste entre éstos. Las mismas divisiones, las mismas rivalidades que aproximan o enemistan a las naciones en la geografía y en la historia, las aproximarían o las enemistarían dentro de la Sociedad de las Naciones. Subsistirían las alianzas, los compromisos, las *ententes*, que agrupan a los pueblos en bloques antagónicos y enemigos. La Sociedad de las Naciones, finalmente, será una Internacional de clase, una Internacional de Estados; pero no sería una Internacional de pueblos. La Sociedad de las Naciones sería un internacionalismo de etiqueta, un internacionalismo de fachada. Esto sería la Sociedad de las Naciones en el caso de que reuniese en su seno a todos los gobiernos, a todos los Estados. En el caso actual, en que no reúne sino a una parte de los gobiernos y a una parte de los Estados, la Sociedad de las Naciones es menos aún. Es un tribunal sin autoridad, sin jurisdicción y sin fuerza, al margen del cual las naciones contratan y litigan, negocian y se atacan.

Pero, con todo, la aparición, la existencia de la idea de la Sociedad de las Naciones, la tentativa de realizarla es un re-

conocimiento, es una declaración de la verdad evidente del internacionalismo de la vida contemporánea, de las necesidades internacionales de la vida de nuestros tiempos. Todo tiende a vincular, todo tiende a conectar en este siglo a los pueblos y a los hombres. En otro tiempo el escenario de una civilización era reducido, era pequeño; en nuestra época es casi todo el mundo. El colono inglés que se instala en un rincón salvaje del África lleva a ese rincón el teléfono, la telegrafía sin hilos, el automóvil. En ese rincón resuena el eco de la última arenga de Poincaré o del último discurso de Lloyd George. El progreso de las comunicaciones ha conectado y ha solidarizado hasta un grado inverosímil la actividad y la historia de las naciones. Se da el caso de que el puñetazo que tumba a Firpo en el ring de Nueva York sea conocido en Lima, en esta pequeña capital sudamericana, a los dos minutos de haber sido visto por los expectadores del match. Dos minutos después de haber conmovido a los espectadores del coliseo norteamericano, ese puñetazo consternaba a las buenas personas que hacían cola a las puertas de los periódicos limeños. Recuerdo este ejemplo para dar a ustedes la sensación exacta de la intensa comunicación que existe entre las naciones del mundo occidental, debido al crecimiento y al perfeccionamiento de las comunicaciones. Las comunicaciones son el tejido nervioso de esta humanidad internacionalizada y solidaria. Una de las características de nuestra época es la rapidez, la velocidad con que se propagan las ideas, con que se transmiten las corrientes del pensamiento y la cultura. Una idea nueva, brotada en Inglaterra, no es una idea inglesa, sino el tiempo necesario para que sea impresa. Una vez lanzada al espacio por el periódico esa idea, si traduce alguna verdad universal, puede transformarse instantáneamente en una idea universal también. ¿Cuánto habría tardado Einstein en otro tiempo para ser popular en el mundo? En estos tiempos, la teoría de la relatividad, no obstante su complicación y su tecnicismo, ha dado la vuelta al mundo en poquísimos años. Todos estos hechos son signos de internacionalismo.

En todas las actividades intelectuales, artísticas, científicas, filantrópicas, morales, etc., se nota hoy la tendencia a construir órganos internacionales de comunicación y de coordinación. En Suiza existen las sedes de más de ochenta aso-

ciaciones internacionales. Hay una internacional de maestros, una internacional de periodistas, hay una internacional feminista, hay una internacional estudiantil. Hasta los jugadores de ajedrez, si no me equivoco, tienen oficinas internacionales o cosa parecida. Los maestros de baile han tenido en París un congreso internacional, en el cual han discutido sobre la conveniencia de mantener en boga el *fox trot* o de resucitar la pavana. Se ha echado así las bases de una internacional de los bailarines. Más aún. Entre las corrientes internacionalistas, entre los movimientos internacionalistas, se esboza una que es curiosa y paradójica como ninguna. Me refiero a la internacional fascista. Los movimientos fascistas son, como sabéis, rabiosamente chauvinistas, ferozmente patrioteros. Ocurre, sin embargo, que entre ellos se estimulan y se auxilian. Los fascistas italianos ayudan, según se dice, a los fascistas húngaros. Mussolini fue una vez invitado a visitar Munich por los fascistas alemanes. El gobierno fascista de Italia ha acogido con simpatía explícita y entusiasta el surgimiento del gobierno filofascista de España. Hasta el nacionalismo, pues, no puede prescindir de cierta fisonomía internacionalista.

El hombre y el mito (Enero, 1925)

I

Todas las investigaciones de la inteligencia contemporánea sobre la crisis mundial desembocan en esta unánime conclusión: la civilización burguesa sufre de la falta de un mito, de una fe, de una esperanza. Falta que es la expresión de su quiebra material. La experiencia racionalista ha tenido esta paradójica eficacia de conducir a la humanidad a la desconsolada convicción de que la Razón no puede darle ningún camino. El racionalismo no ha servido sino para desacreditar a la razón. A la idea Libertad, ha dicho Mussolini, la han muerto los demagogos. Más exacto es, sin duda, que a la idea Razón la han muerto los racionalistas. La Razón ha extirpado del alma de la civilización burguesa los residuos de sus antiguos mitos. El hombre occidental ha colocado, durante algún tiempo, en el retablo de los dioses muertos, a la Razón y a la Ciencia. Pero ni la Razón ni la Ciencia pueden ser un mito. Ni la Razón ni la Ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre. La propia Razón se ha encargado de demostrar a los hombres que ella no les basta. Que únicamente el Mito posee la preciosa virtud de llenar su yo profundo.

La Razón y la Ciencia han corroído y han disuelto el prestigio de las antiguas religiones. Eucken en su libro sobre el sentido y el valor de la vida, explica clara y certeramente el mecanismo de este trabajo disolvente. Las creaciones de la ciencia han dado al hombre una sensación nueva de su potencia. El hombre, antes sobrecogido ante lo sobrenatural, ha descubierto de pronto un exorbitante poder para corregir y rectificar la Naturaleza. Esta sensación ha desalojado de su alma las raíces de la vieja metafísica.

Pero el hombre, como la filosofía lo define, es un animal metafísico. No se vive fecundamente sin una concepción metafísica de la vida. El mito mueve al hombre en la historia.

Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia superior, por una esperanza superhumana; los demás hombres son el coro anónimo del drama. La crisis de la civilización burguesa apareció evidente desde el instante en que esta civilización constató su carencia de un mito. Renán remarcaba melancólicamente, en tiempos de orgulloso positivismo, la decadencia de la religión, y se inquietaba por el porvenir de la civilización europea. "Las personas religiosas —escribía— viven de una sombra. ¿De qué se vivirá después de nosotros?". La desolada interrogación aguarda una respuesta todavía.

La civilización burguesa ha caído en el escepticismo. La guerra pareció reanimar los mitos de la revolución liberal: la Libertad, la Democracia, la Paz. Mas la burguesía aliada los sacrificó, en seguida, a sus intereses y a sus rencores en la conferencia de Versalles. El rejuvenecimiento de esos mitos sirvió, sin embargo, para que la revolución liberal concluyese de cumplirse en Europa. Su invocación condenó a muerte los rezagos de feudalidad y de absolutismo sobrevivientes aún en la Europa Central, en Rusia y en Turquía. Y, sobre todo, la guerra probó una vez más, fehaciente y trágica, el valor del mito. Los pueblos capaces de la victoria fueron los pueblos capaces de un mito multitudinario.

II

El hombre contemporáneo siente la perentoria necesidad de un mito. El escepticismo es infecundo y el hombre no se conforma con la infecundidad. Una exasperada y a veces impotente "voluntad de creer", tan aguda en el hombre post-bélico, era ya intensa y categórica en el hombre pre-bélico. Un poema de Henri Frank, *La Danza delante del Arca*, es el documento que tengo más a la mano respecto del estado de ánimo de la literatura de los últimos años pre-bélicos. En este poema late una grande y honda emoción. Por esto, sobre todo, quiero citararlo. Henri Frank nos dice su profunda "voluntad de creer". Israelita, trata, primero, de encender en su alma la fe en el Dios de Israel. El intento es vano. Las palabras del Dios de sus padres suenan extrañas en esta época. El poeta no las

comprende. Se declara sordo a su sentido. Hombre moderno, el verbo del Sinaí no puede captarlo. La fe muerta no es capaz de resucitar. Pesan sobre ella veinte siglos. "Israel ha muerto de haber dado un Dios al mundo". La voz del mundo moderno propone su mito ficticio y precario: la Razón. Pero Henri Frank no puede aceptarlo. "La Razón, dice, la razón no es el universo."

"La raison sans Dieu c'est la chambre sans lampe."

El poeta parte en busca de Dios. Tiene urgencia de satisfacer su sed de infinito y de eternidad. Pero la peregrinación es infructuosa. El peregrino querría contentarse con la ilusión cotidiana. *"¡Ah! sache franchement saisir de tuot moment —la puyante fumée et le suc óphémère"*. Finalmente piensa que "la verdad es el entusiasmo sin esperanza". El hombre porta su verdad en sí mismo.

"Si l'Arche es vide óu tu pensais trouver la loí, rien n'est réel que ta danse."

III

Los filósofos nos aportan una verdad análoga a la de los poetas. la filosofía contemporánea ha barrido el mediocre edificio positivista. Ha esclarecido y demarcado los modestos confines de la razón. Y ha formulado las actuales teorías del Mito y de la Acción. Inútil es, según estas teorías, buscar una verdad absoluta. La verdad de hoy no será la verdad de mañana. Una verdad es válida sólo para una época. Contentémonos con una verdad relativa.

Pero este lenguaje relativista no es asequible, no es inteligible para el vulgo. El vulgo no sutiliza tanto. El hombre se resiste a seguir una verdad mientras no la cree absoluta y suprema. Es en vano recomendarle la excelencia de la fe, del mito, de la acción. Hay que proponerle una fe, un mito, una acción. ¿Dónde encontrar el mito capaz de reanimar espiritualmente el orden que tramonta?

La pregunta exaspera la anarquía intelectual, la anarquía espiritual de la civilización burguesa. Algunas almas pugnan por

restaurar el Medio Evo y el ideal católico. Otras trabajan por un retomo al Renacimiento y al ideal clásico. El fascismo, por boca de sus teóricos, se atribuye una mentalidad medioeval y católica; cree representar el espíritu de la Contra-Reforma; aunque por otra parte, pretende encarnar la idea de la Nación, idea típicamente liberal. La teorización parece complacerse en la invención de los más alambicados sofismas. Mas todos los intentos de resucitar mitos pretéritos resultan, en seguida, destinados al fracaso. Cada época quiere tener una intuición propia del mundo. Nada más estéril que pretender reanimar un mito extinto. Jean R. Bloch, en un artículo publicado en la revista *Europe*, escribe a este respecto palabras de profunda verdad. En la catedral de Chartres ha sentido la voz maravillosamente creyente del lejano Medio Evo. Pero advierte cuánto y cómo esa voz es extraña a las preocupaciones de esta época. "Sería una locura —escribe— pensar que la misma fe repetiría el mismo milagro. Buscad a vuestro alrededor, en alguna parte, una mística nueva, activa, susceptible de milagros, apta a llenar a los desgraciados de esperanza, a suscitar mártires y a transformar el mundo con promesas de bondad y de virtud. Cuando la hayáis encontrado, designado, nombrado, no seréis absolutamente el mismo hombre".

Ortega y Gasset habla del "alma desencantada". Romain Rolland habla del "alma encantada". ¿Cuál de los dos tiene razón? Ambas almas coexisten. El "alma desencantada" de Ortega y Gasset es el alma de la decadente civilización burguesa. El "alma encantada" de Romain Rolland es el alma de los forjadores de la nueva civilización. Ortega y Gasset no ve sino el ocaso, el tramonto, *der Untergang*. Romain Rolland ve el orto, el alba, *der Ausgang*. Lo que más neta y claramente diferencia en esta época a la burguesía y al proletariado es el mito. La burguesía no tiene ya mito alguno. Se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista. El mito liberal renacentista, ha envejecido demasiado. El proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa. La burguesía niega, el proletariado afirma. La inteligencia burguesa se entretiene en una crítica racionalista del método de la teoría, de la técnica de los revolucionarios. ¡Qué incomprensión! La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es

una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito. La emoción revolucionaria, como escribí en un artículo sobre Gandhi, es una emoción religiosa. Los motivos religiosos se han desplazado del cielo a la Tierra. No son divinos; son humanos, son sociables.

Hace algún tiempo que se constata el carácter religioso, místico, metafísico del socialismo. Jorge Sorel, uno de los más altos representantes del pensamiento francés del siglo XX, decía en sus *Reflexiones sobre la Violencia*: "Se ha encontrado una analogía entre la religión y el socialismo revolucionario, que se propone la preparación y aún la reconstrucción del individuo para una obra gigantesca. Pero Bergson nos ha enseñado que no sólo la religión puede ocupar la región del yo profundo; los mitos revolucionarios pueden también ocuparla con el mismo título." Renán, como el mismo Sorel lo recuerda, advertía la fe religiosa de los socialistas, constatando su inexpugnabilidad a todo desaliento. "A cada experiencia frustrada, recomienzan. No han encontrado la solución: la encontrarán. Jamás los asalta la idea de que la solución no exista. He ahí su fuerza".

La misma filosofía que nos enseña la necesidad del mito y de la fe, resulta incapaz generalmente de comprender la fe y el mito de los nuevos tiempos "Misericordia de la filosofía", como decía Marx. Los profesionales de la Inteligencia no encontrarán el camino de la fe; lo encontrarán las multitudes. A los filósofos les tocará, más tarde, codificar el pensamiento que emerja de la gran gesta multitudinaria. ¿Supieron acaso los filósofos de la decadencia romana comprender el lenguaje del cristianismo? La filosofía de la decadencia burguesa no puede tener mejor destino.

La lucha final (20 de Marzo de 1925)

I

Madeleine Marx, una de las mujeres de letras más inquietas y más modernas de la Francia contemporánea, ha reunido sus impresiones de Rusia en un libro que lleva este título *C'est la lutte finale*. La frase del canto de Eugenio Pottier adquiere un relieve histórico. "¡Es la lucha final!".

El proletariado ruso saluda la revolución con este grito que es el grito ecuménico del proletariado mundial. Grito multitudinario de combate y de esperanza que Madeleine Marx ha oído en las calles de Moscú y que yo he oído en las calles de Roma, de Milán, de Berlín, de París, de Viena y de Lima. Toda la emoción de una época está en él. Las muchedumbres revolucionarias creen librar la lucha final.

¿La libran verdaderamente? Para las escépticas criaturas del orden viejo esta lucha final es sólo una ilusión. Para los fervorosos combatientes del orden nuevo es una realidad. *Au dessus de la Mêlée*, una nueva y sagaz filosofía de la historia nos propone otro concepto: ilusión y realidad. La lucha final de la estrofa de Eugenio Pottier es, al mismo tiempo, una realidad y una ilusión.

Se trata, efectivamente, de la lucha final de una época y de una clase. El progreso —o el proceso humano— se cumple por etapas. Por consiguiente, la humanidad tiene perennemente la necesidad de sentirse próxima a una meta. La meta de hoy no será seguramente la meta de mañana; pero, para la teoría humana en marcha, es la meta final. El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen. Para el hombre, como sujeto de la historia, no exis-

te sino su propia y personal realidad. No le interesa la lucha abstractamente sino su lucha concretamente. El proletariado revolucionario, por ende, vive la realidad de una lucha final. La humanidad, en tanto, desde un punto de vista abstracto, vive la ilusión de una lucha final.

II

La revolución francesa tuvo la misma idea de su magnitud. Sus hombres creyeron también inaugurar una era nueva. La Convención quiso grabar para siempre en el tiempo, el comienzo del milenio republicano. Pensó que la era cristiana y el calendario gregoriano no podían contener a la República. El himno de la revolución saludó el alba de un nuevo día: "*le jour de gloire est arrivé*". La república individualista y jacobina aparecía como el supremo desiderátum de la humanidad. La revolución se sentía definitiva e insuperable. Era la lucha final. La lucha final por la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Menos de un siglo y medio ha bastado para que este mito envejezca. La Marsellesa ha dejado de ser un canto revolucionario. El "día de gloria" ha perdido su prestigio sobrenatural. Los propios fautores de la democracia se muestran desencantados de la prestancia del parlamento y del sufragio universal. Fermenta en el mundo otra revolución. Un régimen colectivista pugna por reemplazar al individualista. Los revolucionarios del siglo XX se aprestan a juzgar la obra de los revolucionarios del siglo XVIII.

La revolución proletaria es, sin embargo, una consecuencia de la revolución burguesa. La burguesía ha creado, en más de una centuria de vertiginosa acumulación capitalista, las condiciones espirituales y materiales de un orden nuevo. Dentro de la revolución francesa se anidaron las primeras ideas socialistas. Luego, el industrialismo organizó gradualmente en sus usinas los ejércitos de la revolución. El proletariado, confundido antes con la burguesía en el estado llano, formuló entonces sus reivindicaciones de clase. El seno pingüe del bienestar capitalista alimentó el socialismo. El destino de la burguesía quiso que ésta abasteciese de ideas y de hombres a la revolución dirigida contra su poder.

III

La ilusión de la lucha final resulta, pues, una ilusión muy antigua y muy moderna. Cada dos, o tres o más siglos, esta ilusión reaparece con distinto nombre. Y, como ahora, es siempre la realidad de una innumerable falange humana. Posee a los hombres para renovarlos. Es el motor de todos los progresos. Es la estrella de todos los renacimientos. Cuando la gran ilusión tramonta es porque se ha creado ya una nueva realidad humana. Los hombres reposan entonces de su eterna inquietud. Se cierra un ciclo romántico y se abre el ciclo clásico. En el ciclo clásico se desarrolla, estiliza y degenera una forma que, realizada plenamente, no podrá contener en sí las nuevas fuerzas de la vida. Sólo en los casos en que su potencia creadora se enerva, la vida dormita, estancada, dentro de una forma rígida, decrepita, caduca. Pero estos éxtasis de los pueblos o de las sociedades no son ilimitados. La somnolienta laguna, la quieta palude, acaba por agitarse y desbordarse. La vida recupera entonces su energía y su impulso. La India, la China, la Turquía contemporáneas son un ejemplo vivo y actual de estos renacimientos. El mito revolucionario ha sacudido y ha reanimado, potentemente, a esos pueblos en colapso.

El Oriente se despierta para la acción. La ilusión ha renacido en su alma milenaria.

IV

El escepticismo se contentaba con contrastar la irrealidad de las grandes ilusiones humanas. El relativismo no se conforma con el mismo negativo e infecundo resultado. Empieza por señalar que la realidad es una ilusión; pero concluye por reconocer que la ilusión, es, a su vez, una realidad. Niega que existan verdades absolutas; pero se da cuenta de que los hombres tienen que creer en sus verdades relativas como si fueran absolutas. Los hombres han menester de certidumbre. ¿Qué importa que la certidumbre de los hombres de hoy no sea la certidumbre de los hombres de mañana? Sin un mito los hombres no pueden vivir fecundamente. La filosofía relativista nos propone, por consiguiente, obedecer a la ley del mito.

Pirandello, relativista, ofrece el ejemplo adhiriéndose al fascismo. El fascismo seduce a Pirandello porque mientras la democracia se ha vuelto escéptica y nihilista, el fascismo representa una fe religiosa, fanática, en la jerarquía y la Nación. (Pirandello que es un pequeño-burgués siciliano, carece de aptitud psicológica para comprender y seguir el mito revolucionario). El literato de exasperado escepticismo no ama en política la duda. Prefiere la afirmación violenta, categórica, apasionada, brutal. La muchedumbre, más aún que el filósofo escéptico, más aún que el filósofo relativista, no puede prescindir de un mito, no puede prescindir de una fe. No le es posible distinguir sutilmente su verdad de la verdad pretérita o futura. Para ella no existe sino la verdad. Verdad absoluta, única, eterna. Y, conforme a esta verdad, su lucha es realmente, una lucha final.

El impulso vital del hombre responde a todas las interrogaciones de la vida antes que la investigación filosófica. El hombre iletrado no se preocupa de la relatividad de su mito. No le sería dable siquiera comprenderla. Pero generalmente encuentra, mejor que el literato y que el filósofo, su propio camino. Puesto que debe actuar, actúa. Puesto que debe creer, cree. Puesto que debe combatir, combate. Nada sabe de la relativa insignificancia de su esfuerzo en el tiempo y en el espacio. Su instinto lo desvía de la duda estéril. No ambiciona más que lo que puede y debe ambicionar todo hombre: cumplir bien su jomada.

II LAS MASAS

El 1° de Mayo y el Frente Único (1° de Mayo, 1924)

El 1° de Mayo es, en todo el mundo, un día de unidad del proletariado revolucionario, una fecha que reúne en un inmenso frente único internacional a todos los trabajadores organizados. En esta fecha resuenan, unánimemente obedecidas y acatadas, las palabras de Carlos Marx: "Proletarios de todos los países, uníos." En esta fecha caen espontáneamente todas las barreras que diferencian y separan en varios grupos y varias escuelas a la vanguardia proletaria.

El 1° de Mayo, no pertenece a una Internacional: es la fecha de todas las Internacionales; Socialistas, Comunistas y Libertarios de todos los matices se confunden y se mezclan hoy en un solo ejército que marcha hacia la lucha final. Esta fecha, en suma, es una afirmación y una constatación de que el frente único proletario es posible y es practicable y de que a su organización no se opone ningún interés, ninguna exigencia del presente. A muchas meditaciones invita esta fecha internacional. Pero, para los trabajadores peruanos la más actual, la más oportuna, es la que concierne a la necesidad y a la posibilidad del frente único.

Últimamente se han producido algunos intentos seccionistas. Y urge entenderse, urge concertarse para impedir que estos intentos prosperen, para evitar que socaven y minen la naciente vanguardia proletaria del Perú. Mi actitud, desde mi incorporación en esta vanguardia, ha sido siempre la de factor convencido, la de un propagandista fervoroso del frente único. Recuerdo haberlo declarado en una de las conferencias iniciales de mi curso de historia de la crisis mundial. Respondiendo a los primeros gestos de resistencia y de aprehensión de algunos antiguos y hieráticos libertarios, más preocupados de la rigidez ortodoxa del dogma que de la eficacia y de la

fecundidad de la acción, dije entonces desde la tribuna de la Universidad Popular: "Somos todavía pocos para dividirnos. No hagamos cuestión de etiquetas ni de títulos." Posteriormente he repetido estas análogas palabras. Y no me cansaré de reiterarlas. El movimiento clasista, entre nosotros, es aún muy incipiente, muy limitado para que pensemos en fraccionarlo y escindirle. Antes que llegue la hora, inevitable acaso, de una división, nos corresponde realizar mucha obra común, mucha labor solidaria. Tenemos que emprender juntos muchas largas jornadas. Nos toca, por ejemplo, suscitar en la mayoría del proletariado peruano, conciencia de clase y sentimiento de clase. Esta faena pertenece por igual a socialistas y sindicalistas, a comunistas y libertarios. Todos tenemos el deber de sembrar gérmenes de renovación y de difundir ideas clasistas. Todos tenemos el deber de alejar al proletariado de las asambleas amarillas y de las falsas instituciones "representativas". Todos tenemos el deber de luchar contra los ataques y las represiones reaccionarias. Todos tenemos el deber de defender la tribuna, la prensa y la organización proletaria. Todos tenemos el deber de sostener las reivindicaciones de la esclavizada y oprimida raza indígena. En el cumplimiento de estos deberes históricos, de estos deberes elementales se encontrarán y juntarán nuestros caminos, cualquiera que sea la meta última. El frente único no anula la personalidad, no anula la filiación de ninguno de los que lo componen. No significa la confusión ni la amalgama de todas las doctrinas en una doctrina única. Es una acción contingente, concreta, práctica. El problema del frente único considera exclusivamente la realidad inmediata, fuera de toda abstracción de toda utopía. Preconizar el frente único no es, pues, preconizar el confusionismo ideológico. Dentro del frente único cada cual debe conservar su propia filiación y su propio ideario. Cada cual debe trabajar por su propio credo. Pero todos deben sentirse unidos por la solidaridad de clase, vinculados por la lucha común contra el adversario común, ligados por la misma voluntad revolucionaria y la misma pasión renovadora. Formar un frente único es tener una acción solidaria ante un problema concreto, ante una necesidad urgente. No es renunciar a la doctrina que cada uno sirve ni a la posición que cada uno ocupa en la vanguardia. La variedad de tendencias y la diversidad de matices ideológicos es inevitable en esta inmensa legión humana que se llama el proletariado.

La existencia de tendencias y grupos definidos y precisos no es un mal; es, por el contrario, la señal de un período avanzado del proceso revolucionario. Lo que importa es que esos grupos y esas tendencias sepan entenderse ante la realidad concreta del día. Que no se estrellen bizantinamente en excomuniones y exconfesiones recíprocas. Que no alejen a las masas de la revolución, con el espectáculo de las querellas dogmáticas de sus predicadores. Que no empleen sus armas ni dilapiden su tiempo en herirse unos a otros, sino en combatir el viejo orden social, sus instituciones, sus injusticias y sus crímenes.

Tratemos de sentir cordialmente el lazo histórico que nos une a todos los hombres de la vanguardia, a todos los fautores de la renovación. Los ejemplos que a diario nos vienen de afuera son innumerables y magníficos. El más reciente y emocionante de estos ejemplos es el de Germaine Berthon. Germaine Berthon, anarquista, disparó certeramente su revólver contra un organizador y un conductor del terror blanco, por vengar el asesinato del socialista Jean Jaurés. Los espíritus nobles, elevados y sinceros de la revolución, perciben y respetan así, por encima de toda barrera teórica, la solidaridad histórica de sus esfuerzos y de sus obras. Pertenece a los espíritus mezquinos sin horizontes y sin alas, a las mentalidades dogmáticas, que quieren petrificar e inmovilizar la vida en una fórmula rígida, el privilegio de la incomprensión y de los egoísmos sectarios.

El frente único proletario, por fortuna, es entre nosotros una decisión y un anhelo evidente del proletariado. Las masas reclaman la unidad. Las masas quieren fe. Y, por eso, su alma rechaza la voz corrosiva, la voz disolvente y pesimista de los que niegan y de los que dudan, y buscan la voz optimista y cordial, juvenil y fecunda de los que afirman y de los que creen.

Mensaje al II Congreso Obrero de Lima (Enero, 1927)

El Primer Congreso Obrero de Lima realizó, dentro de sus medios, su objetivo esencial, dando vida a la Federación Obrera Local, célula, núcleo, y cimiento de la organización de la clase trabajadora del Perú. Su programa natural, modesto en apariencia, se reducía a este paso. El desarrollo, el trabajo de la Federación Obrera Local durante estos cinco años, demuestran que en esta asamblea los trabajadores de vanguardia de Lima, a través de inseguros tanteos, supieron encontrar, finalmente, su camino. El Segundo Congreso llega a su tiempo. Ha tardado un poco; pero no sería justo reprochar esto a sus organizadores. Y sus fines son, lógicamente, nuevos y propios. Se trata de dar un paso más, y hay que saberlo dar con resolución y acierto. La experiencia de cinco años de trabajo sindical en Lima debe ser revisada y utilizada. Propositiones y debates que en 1922 habrían sido prematuros e inoportunos, pueden ser hoy abordados con los elementos precisos de juicio allegados en este período de lucha. La discusión de las orientaciones, de la praxis, no es nunca tan estéril como cuando reposa exclusivamente sobre abstracciones. La historia de los últimos cinco años de la crisis mundial, tan grávidos de reflexiones y enseñanzas para el proletariado, exige de sus conductores un criterio realista. Hay que despojarse radicalmente de viejos dogmatismos, de desacreditados prejuicios y de arcaicas supersticiones. El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo, comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada pueblo, en cada país, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades. Por eso, después de más de medio siglo de lucha, su fuerza se exhibe cada vez

más acrecentada. Los comunistas rusos, los laboristas ingleses, los socialistas alemanes, etc., se reclaman igualmente de Marx. Este solo hecho vale contra todas las objeciones acerca de la validez del método marxista. El sindicalismo revolucionario, cuyo máximo maestro es Jorge Sorel —menos conocido también por nuestros obreros que sus adjetivos y mediocres repetidores— no reniega abiertamente la tradición marxista. Por el contrario, la completa y amplía. En su impulso, en su esencia, en su fermento, el sindicalismo revolucionario constituyó precisamente un renacimiento del espíritu revolucionario, esto es, marxista, provocado por la degeneración reformista y parlamentaria de los partidos socialistas (de los partidos socialistas, no del Socialismo). Jorge Sorel se sentía idénticamente lejano de los domesticados socialistas del parlamento que de los incandescentes anarquistas del motín y la violencia esporádica. La crisis revolucionaria abierta por la guerra ha modificado fundamentalmente los términos del debate ideológico. La oposición entre socialismo y sindicalismo no existe ya. El antiguo sindicalismo revolucionario, en el mismo país donde se pretendía más pura y fielmente soreliano —Francia— ha envejecido y degenerado, ni más ni menos que el antiguo socialismo parlamentario, contra el cual reaccionó e insurgió. Una parte de este sindicalismo es ahora tan reformista y está ahora tan aburguesado como el socialismo de derecha, con el cual tiernamente colabora. Nadie ignora que la crisis post-bélica rompió la C.G.T. (Confederación General del Trabajo Francesa) en dos fracciones, de las cuales una trabaja al lado del Partido Socialista y otra marcha con el Partido Comunista. Viejos líderes sindicales, que hasta hace poco se llenaban la boca con los nombres de Pelloutier y Sorel, cooperan con los más domesticados reformistas del socialismo. La nueva situación ha traído, pues, una nueva ruptura o mejor una nueva escisión. El espíritu revolucionario no está ahora representado por quienes lo representaron antes de la guerra. Los términos del debate han cambiado totalmente. Jorge Sorel, antes de morir, tuvo tiempo de saludar la revolución rusa como la aurora de una nueva era. Uno de sus últimos escritos es su "Defensa de Lenin". Repetir los lugares comunes del sindicalismo prebélico, frente a una situación esencialmente diversa, es obstinarse en una actitud superada. Es comportarse con absoluta prescindencia del acelerado y convulsivo proceso histórico de los

últimos años, sobre todo cuando los lugares comunes que se repiten no son los del verdadero sindicalismo soreliano, sino los de su mala traducción española o más bien, catalana. (Si hay algo que aprender del sindicalismo anarquizante de Barcelona es, sin duda, la lección de su fracaso).

El debate programático, entre nosotros, no tiene, además, por qué perderse en divagaciones teóricas. La organización sindical no necesita de etiqueta sino de espíritu. Ya he dicho en "Amauta" que este es un país de rótulos. Y aquí quiero repetirlo. Extraviarse en estériles debates principistas, en un proletariado donde tan débil arraigo tienen todavía los principios, no serviría sino para desorganizar a los obreros, cuando de lo que se trata es, justamente, de organizarlos. El lema del Congreso debe ser la UNIDAD PROLETARIA. Las discrepancias teóricas no impiden concertarse respecto de un programa de acción. El frente único de los trabajadores es nuestro objetivo. En el trabajo de constituirlo los trabajadores de vanguardia tienen el deber de dar el ejemplo. En la jornada de hoy nada nos divide, todo nos une. El sindicato no debe exigir de sus afiliados sino la aceptación del principio clasista. Dentro del sindicato caben así los socialistas reformistas como los sindicalistas, así los comunistas como los libertarios. El sindicato constituye, fundamental y exclusivamente, un órgano de clase. La praxis, la táctica, depende de la corriente que predomine en su seno. Y no hay por qué desconfiar del instinto de las mayorías. La masa sigue siempre a los espíritus creadores, realistas, seguros, heroicos. Los mejores prevalecen cuando saben ser efectivamente los mejores. No hay, pues, dificultad efectiva para hacerse entender acerca del programa de la organización obrera. Están demás todas las discusiones bizantinas sobre las metas remotas. El proletariado de vanguardia tiene ante los ojos cuestiones concretas: la organización nacional de la clase trabajadora, la solidaridad con las reivindicaciones de los indígenas, la defensa y el fomento de las instituciones de cultura popular, la cooperación con los braceros y yanacones de las haciendas, el desarrollo de la prensa obrera, etc., etc. Estas son las cuestiones que deben ocuparnos capitalmente. Los que provoquen escisiones y disidencias, en el nombre de principios abstractos, sin importar nada al estudio y a la solución de estos problemas concretos, traicionan consciente o

inconscientemente la causa proletaria.

Al Segundo Congreso Obrero le toca echar las bases de una Confederación General del Trabajo, que reúna a todos los sindicatos y asociaciones obreras de la República que se adhieran a un programa clasista. El objeto del primer Congreso fue la organización local; el segundo debe ser, en lo posible, la organización nacional. Hay que formar conciencia de clase. Los organizadores saben bien que, en su mayor parte, los obreros no tienen sino un espíritu de corporación o de gremio. Este espíritu debe ser ensanchado y educado hasta que se convierta en espíritu de clase. Lo primero que hay que superar y vencer es el espíritu anarcoide, individualista, egotista, que, además de ser profundamente antisocial, no constituye sino la exasperación y la degeneración del viejo liberalismo burgués; lo segundo que hay que superar es el espíritu de corporación, de oficio, de categoría. La conciencia de clase se traduce en solidaridad con todas las reivindicaciones fundamentales de la clase trabajadora. Y se traduce, además, en disciplina. Ninguna gran obra humana es posible sin la mancomunidad, llevada hasta el sacrificio, de los hombres que la intentan.

Antes de concluir estas líneas quiero decirles que es necesario dar al proletariado de vanguardia, al mismo tiempo que un sentido realista de la historia, una voluntad heroica de creación y de realización. No basta el deseo de mejoramiento, el apetito de bienestar. Las derrotas, los fracasos del proletariado europeo tienen su origen en el positivismo mediocre con que pávidas burocracias sindicales y blandos equipos parlamentarios cultivaron en las masas una mentalidad sancho-pancesca y un espíritu poltrón. Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos de salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica. Y así como hay que elevarse sobre un positivismo ventral y grosero, hay que elevarse también por encima de sentimientos e intereses negativos, destructores, nihilistas. El espíritu revolucionario es espíritu constructivo. Y el proletariado, lo mismo que la burguesía, tiene sus elementos disolventes, corrosivos que, inconscientemente, trabajan por la disolución de su propia clase.

No discutiré en detalle el programa del Congreso. Estas líneas de saludo no son una pauta sino una opinión. La opinión de un compañero intelectual que se esfuerza por cumplir, sin fáciles declamaciones demagógicas, con honrado sentido de su responsabilidad, disciplinariamente su deber.

La organización de los empleados (Octubre, 1927)

La fundación de la Confederación de Empleados de Lima y Callao, a pesar de todas las reservas que imponen la estructura y la orientación anticuada de casi todas las sociedades que la componen, merece ser señalada como un importante signo de concentración y actividad de la clase media.

No es, sin duda, a través de sociedades de antiguo tipo mutualista, con pretensiones de casino social, como la organización de los empleados alcanzará sus objetivos ni llenará sus funciones de clase. La asociación de los empleados necesita, para ser orgánica, ajustarse al principio sindical que conduce a la agrupación por categorías, articulando masas homogéneas, en vez de asambleas compósitas. La Federación de Empleados Bancarios que, como lo anuncia el espíritu combativo y renovador de su quincenario y lo confirma su gestión de iniciadora de la Confederación, constituye la vanguardia de los empleados, representa entre nosotros el tipo más o menos preciso de sindicato de categoría. Por razón de una mayor pluralidad de rangos y por falta de grandes concentraciones, la asociación gremial de los empleados es mucho más compleja y difícil que la de los obreros. Pero, por esto mismo, no puede sustraerse a un criterio de organicidad, so pena de no funcionar nunca con unidad y congruencia.

La flamante Confederación adolece, desde este punto de vista, de un defecto congénito a quienes no se les podía exigir la faena previa de sindicarse o asociarse por categorías a una masa tan fluctuante e informe. Era forzoso llegar a una relativa unificación por medio de las antiguas sociedades que, aunque en desacuerdo con un criterio funcional, representan siempre un principio de asociación y de solidaridad.

El hecho de que la fundación surja en respuesta a la creciente amenaza de una ofensiva reaccionaria contra la Ley

del Empleado, la define como una actitud esencialmente corporativa y clasista. La defensa de esta ley —que por muchas que sean las deficiencias y oscuridades, propicias sobre todo las últimas a las celadas de la resistencia patronal, significa una conquista de la clase media—, puede y debe ser el punto de partida de una amplia acción gremial de los empleados. Esto es lo importante.

Sería prematuro y excesivo reclamarles desde ahora a los empleados una más vasta perspectiva ideológica. Al descubrir que ninguna victoria de clase es perdurable sino para los que se mantienen en constante actitud de generarla de nuevo, nuestra mesocracia arranca a la Ley del Empleado su más trascendente lección y su más recóndito secreto. La defensa de la ley, asediada por el despierto interés capitalista, tiene, sobre todo, el valor de un impulso a la acción. En el curso de ésta, los empleados ensancharán su sentimiento clasista, todavía confuso y rudimentario y esclarecerán la verdadera naturaleza de sus problemas. La lucha dilatará, inevitablemente, su horizonte teórico y práctico.

Los empleados no son toda la clase media, a la cual pertenecen también, con sensible influencia de su anarquía, pequeños comerciantes, funcionarios y profesionales, movidos por impulsos centrífugos e individualistas; pero los empleados componen su núcleo principal y activo. El derecho de representarla les viene de la capacidad esencial de reconocer y precisar sus intereses de clase.

Política y socialmente, la clase media, la pequeña burguesía, ha jugado siempre un papel subsidiario y desorientado en el Perú. El proletariado nacional que, por nuestro escaso industrialismo, tenía que desprenderse penosa y lentamente de la tradición degenerada del artesanado, empezó a afirmar su sentimiento y su autonomía de clase en una época en que la mesocracia carecía del menor atisbo ideológico. Las jornadas obreras por las ocho horas de trabajo, por ejemplo, acusaban ya una conciencia proletaria formada en las fábricas, donde encontraban un terreno favorable de aplicación las primeras nociones del socialismo y sindicalismo. Como una de las causas de nuestro escaso avance democrático se ha señalado la

debilidad de la clase media, particularmente sensible en las provincias, en las cuales un estado semifeudal la ha sofocado inexorablemente. Se había hecho, sin embargo, un lugar común de nuestro medio, desde que se acentuaron las reivindicaciones obreras, la aserción de que el verdadero proletariado era el hombre de la clase media o, más exactamente, el empleado. Fingida compasión patronal o burguesa que no decidía a los empleados a rebelarse contra su condición económica. Herederos de rancios prejuicios españoles, escondían pudorosamente su miseria. No se sentían capaces sino de la reivindicación de su decencia.

Con todo, resulta indudable el rol sustantivo de la clase media en el movimiento político de 1919. Y, por esto, aparece perfectamente lógica la conquista alcanzada por la mesocracia con la dación de la Ley del Empleado, bajo el gobierno nacido en ese movimiento plebiscitario, más bien que electoral.

Pero sólo algún tiempo después ha comenzado la clase media a orientarse parcialmente hacia la asociación gremial. Los primeros signos de renovación ideológica son también muy recientes.

Y este no es un fenómeno exclusivo de la clase media peruana. En las naciones de más avanzada evolución política la clase media, conducida por el irreductible conflicto entre el capitalismo y el socialismo a renunciar a toda excesiva ambición de originalidad y de autonomía, se ha caracterizado por su desorientación y confusión, que muchas veces la han convertido en el primer instrumento de la reacción burguesa.

Más bien en nuestros países, colocados bajo la presión del capitalismo extranjero, la clase media parece destinada a asumir, a medida que prosperen su organización y orientación, una actitud nacionalista revolucionaria.

Admonición de 1° de Mayo (Mayo, 1929)

La conmemoración del 1° de Mayo, ha ido adquiriendo en el proceso de la lucha por el socialismo, un sentimiento cada vez más profundo y preciso. Hace ya mucho tiempo que no se reduce a la conmemoración de los mártires de Chicago. Ese fue su punto de partida. Desde 1888 en que el Congreso de París instituyó esta conmemoración, el proletariado mundial ha recorrido una parte considerable del camino que conduce a la realización de sus ideales de clase. En este tiempo se han sucedido, en su historia, muchas jomadas de luto y también muchas jornadas de gloria. La clase obrera ha entrado en su mayor edad. La crónica de la asunción económica y política, registra siempre grandes acontecimientos, que impiden al proletariado limitar la significación del 1° de Mayo a una sola efemérides. La experimentación, la actuación del socialismo ha empezado desde 1918. Quedan aún por ganar las más difíciles y largas batallas. Pero en la lucha, la clase obrera acrecienta incesantemente su capacidad para crear un nuevo orden: el orden socialista.

El 1° de Mayo afirma todos los años la solidaridad internacional de los trabajadores. Es la fecha internacional, universal, por excelencia. En su celebración coinciden las avanzadas del proletariado de los cinco continentes. En este hecho reside su mayor significación revolucionaria. Lo sienten bien los nacionalismos reaccionarios cuando, como el fascismo en Italia, se empeñan en proscribir esta fecha del sentimiento de la clase trabajadora. Empeño inútil, porque nada dará un carácter más religioso y profundo a la conmemoración del 1° de Mayo, en el espíritu de cada obrero, que la persecución y condenación reaccionarias. El fascismo está resucitando en Italia la edad heroica de las catacumbas. Este día transcurre hoy en Italia sin comicios, sin huelgas sin himnos revolucionarios, sin banderas rojas; pero en mil hogares escondidos se jura, con más fervor revolucionario que nunca, la fe en el socialismo.

Hay que desterrar del 1º de Mayo, todo lo que en mucho ha tenido, y tiene todavía, de rito mecánico, de simple efemérides. La lucha por el socialismo no se nutre de evocaciones dolientes o coléricas, ni de esperanzas exaltadas. Es, antes que nada, acción concreta, realidad presente. Trabajan por el advenimiento de una sociedad nueva los que todo el año, disciplinada, obstinadamente, combaten por el socialismo; no los que en esta u otra fecha sienten un momentáneo impulso de motín o asonada.

Para nuestra Vanguardia obrera, cada 1º de Mayo representaría muy poco si no señalara una etapa en su propia lucha por el socialismo. Año tras año, esta fecha plantea cuestiones concretas. ¿Cuáles han sido los resultados y la experiencia de la acción desarrollada? ¿Cuáles son las tareas del porvenir? El problema que hoy se presenta en primer plano es, sin duda, un problema de organización. La vanguardia obrera tiene el deber de impulsar y dirigir la organización del proletariado peruano, misión que reclama un sentido de responsabilidad, al cual no es posible elevarse sino en la medida en que se rompa con el individualismo anarcoide, con el utopismo explosivo e intermitente de los que antes, guiando a veces las masas, se imaginaban que se las conduce hacia un orden nuevo con la sola virtud de la negación y la protesta.

Reivindiquemos íntegra, absolutamente, el derecho de asociación de los trabajadores, su libertad de organización legal, en las ciudades, las minas y la hacienda. Y asumamos la tarea de que la reclamación de este derecho sea la afirmación de una capacidad. He aquí la obra por cumplir; he aquí la misión por absolver. Que el 1º de Mayo sirva esta vez para afirmar la aptitud de realizarlos.

**Manifiesto a los trabajadores de
la República lanzado por el
Comité pro 1° de Mayo**
(Mayo, 1928)

Compañeros

Salud.

El 1° de Mayo es y será, más que un motivo de recordación de la masacre de Chicago, el día en que el proletariado de todo el Universo efectúa el balance de sus actividades y el recuento de sus acciones, para, después de una crítica sincera, marcar el camino a seguir en el nuevo año a comenzar.

El proletariado del Perú también tiene esta obligación y por eso, después de estudiar día a día sus movimientos, podemos declarar que el balance arroja un enorme déficit. ¿Y en qué nos fundamos para decir esto? En las acciones de los Sindicatos, en las acciones de las Federaciones. Dentro del año hemos tenido una serie de movimientos mal planteados y peor conducidos. En la totalidad de Sindicatos y Federaciones ha habido una marea de retroceso; hemos visto cómo en la mayoría de estos Sindicatos y Federaciones, los obreros han sido despojados, por los patronos, de sus más preciosas conquistas; hemos visto cómo los patronos, con su insolencia inaudita, han querido negar la organización y, en muchos casos, lo han logrado, aunque momentáneamente, desoyendo y desconociendo toda comisión de reclamos, toda comisión de obreros que han querido poner coto a sus abusos cotidianos; hemos visto, en fin, cómo los trabajadores han tenido que "aguantar", resignadamente tanto abuso, tanta iniquidad patronal. ¿Pero, por haber visto todas estas cosas, podemos decir que el proletariado sigue siendo el mismo? Las masas no se han despojado de su sed de justicia, no se han despojado de sus ansias reivindicativas; lo que no ha habido es evolución dentro de su organización. Mientras la burguesía se ha armado de todos sus adelantos reaccionarios, el proletariado sigue

actuando como ayer, con sus mismas organizaciones "a la antigua". Y de ahí sus fracasos, de ahí su retroceso. Pero esta situación no puede seguir así; es preciso que el Proletariado reaccione; es preciso que reconstruya sus organismos, pero dentro de un criterio clasista; es preciso que el proletariado cree sus cuadros sindicales a base de la organización de empresa, a base de la organización por industria; no podemos seguir con organismos a base de oficios; la experiencia mundial, precisamente, nos demuestra que esta forma de organización ya ha llenado su rol dentro de la revolución social; hoy vivimos la era de la máquina; hoy que el capitalismo da su formidable ofensiva con sistemas de racionalización, el proletariado tiene que reconcentrarse, tiene que centralizarse, y esto tiene que hacerlo a base de los comités de empresa, de los comités de fábricas; y hoy más que nunca, porque ya vemos que dentro del horizonte proletario asoma la sombra siniestra del oportunismo, del reformismo burgués; tanta es la despreocupación de las masas que ha habido patrón que ha querido aprovecharse de la situación creando cajas mutuales, y asociaciones para el fomento del mutualismo, forma esta de colaboración que el proletariado no puede aceptar, porque toda asistencia social tiene que tenerla el proletariado mediante la conquista del Seguro Social, mediante la creación de fondos destinados para la jubilación, la cesantía y enfermedades; pero estos fondos no pueden ser creados con el jornal del obrero, que harto sabemos que es un jornal de hambre; estas conquistas tiene que efectuarlas el proletariado al igual que la jornada de ocho horas, es decir, mediante una fuerte organización de clase. Y, como esta conquista, tiene el proletariado muchas que efectuar y, aún más, que defender las que ha conseguido. ¿Pero todas estas reivindicaciones y conquistas puede efectuarlas el obrero de la ciudad solo? Sería absurdo creerlo. El obrero de la ciudad tendrá que dar el ejemplo, organizándose. Pero no podrá sostener sus luchas solo. Y es preciso que ayudemos a organizarse a los campesinos, a esos miles de asalariados, para los cuales no hay leyes de accidente de trabajo, ni jornadas de ocho horas; tenemos que fomentar y ayudar la organización de los mineros, de los obreros de los yacimientos petroleros, quienes hasta ahora no disfrutaban sino de una sola "libertad", la de morirse de hambre y miseria; tenemos que despertar de su letargo a los marinos mercantes, los peores explotados;

tenemos, en fin, que unirnos con todo el proletariado de la República, para emprender nuestras conquistas. De ahí que al hablar de organización nueva, tenemos que comprender que es a base de su centralización en una central única del proletariado, que constituya nuestra Confederación Nacional. Pero aquí surge otro problema. El proletariado tuvo su Federación Regional, su Federación Local, nuestra gloriosa Federación Obrera Local de Lima, organismos estos que fracasaron debido en parte a la desidia de nosotros mismos, pero más que todo por haber sido constituidos dentro de un criterio que no correspondía a nuestro medio, a nuestro modo de ser. Y fracasaron por estar moldeadas dentro un criterio anarco-sindical, que en su afán de mantenerse "puros", actuaban hasta cierto punto dentro de un marco de ilegalidad, cosa que aprovechó hábilmente la burguesía y el Estado, para caer sobre ésta en la forma que todos conocemos; de ahí el imperativo de reaccionar contra el sistema anarco-sindical y situarnos dentro de nuestro medio y nuestras posibilidades de organización. ¿Y cómo reaccionar? En la forma que hemos apuntado, es decir, creando nuestra Central, y situándonos dentro del marco que señalan las leyes del Estado, para, de esta manera, actuar en el terreno de la legalidad, y concretarnos a nuestra organización, con las garantías que tiene que disfrutar todo organismo oficialmente reconocido.

Para efectuar todos estos trabajos tenemos que contar con los medios de propaganda, y ninguno puede ser más efectivo ni más práctico que la prensa obrera. Debemos crearla, auspiciarla y estimularla; reaccionar contra el criterio que algunos compañeros tienen para hacer que sus sindicatos no tomen números (con la muletilla de que "debemos crear conciencia por otros medios, no podemos aceptar periódico porque nos comprometemos"). Debemos reaccionar contra este criterio estrecho, porque si algo nos hace daño es esta muletilla, y al esgrimirla nos hacemos cómplices de la situación, ayudando inconscientemente a la burguesía y haciéndonos sospechosos de complicidad manifiesta con los patrones. Por esto debemos crear nuestra prensa; cada Federación debe tener su órgano, cada Sindicato su vocero. Es preciso que el proletariado, lo mismo que se acostumbra a comprar el periódico burgués, debe comprar, leer y difundir el periódico de su clase. Porque

así como la burguesía tiene su prensa, el proletariado debe tener la suya, que es la única que podrá defender sus intereses, denunciar los abusos que con los trabajadores se comete, y servirá como el mejor medio, por hoy, de hacer propaganda de organización.

El Comité Pro 1° de Mayo, en este día plantea, pues, al proletariado, la necesidad que tiene de asociarse, de organizarse férreamente por industrias, por empresas, no solamente en nuestro ambiente local, sino nacional. Las exigencias e imperativos de la hora presente, demandan de cada trabajador, de cada marino, asalariado, minero y campesino, la obligación de luchar por su organización, por sus organismos de clase, creando su central (Confederación General de Trabajadores del Perú), reaccionando contra los métodos antiguos, haciéndonos reconocer oficialmente, no para colaborar con nadie, sino para obtener mayor libertad de acción y contener el avance reaccionario de la burguesía; para defender nuestros salarios, para defender nuestras conquistas.

El Comité Pro 1° de Mayo cumple, pues, con lanzar este Manifiesto al Proletariado de la República, y lo conmina a luchar por sus conquistas más inmediatas, que son: libertad de reunión, libertad de organización, libertad de prensa obrera, libertad de imprenta proletaria; son estas las conquistas más inmediatas que tiene que efectuar el proletariado de una manera general, aparte de sus defensas económicas.

Por la Confederación General de Trabajadores del Perú, por la libertad de organización, de reunión, de imprenta y de prensa.

¡Viva el proletariado nacional!

¡Viva la solidaridad de los obreros de las fábricas, los marinos, los mineros, los campesinos!

EL COMITE PRO 1° DE MAYO

Formado por las organizaciones siguientes: Federación de Chóferes, Federación Textil, Federación Ferroviaria, Federación Gráfica, Federación de Motoristas y Conductores, Federación de Yanaconas, Unificación de Cerveceros de Backus y

Johnston.

Trabajadores, concurrir a las asambleas populares, en el local de Chóferes y de Santa Catalina, los días 30 y 1º, a horas 3 p.m.¹

¹ Este manifiesto no fue escrito por Mariátegui, si bien orientó su redacción con sugerencias y consejos. Se incluye para mayor inteligencia del conjunto. (N. del E.)

El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo (Mayo, 1929)

En los días que se imprimía este número de Amauta, se realizó en Montevideo el Congreso Sindical Latinoamericano, convocado para acordar las bases de la Confederación Sindical Latinoamericana. Acontecimiento sin precedente en la historia del proletariado de América Latina, este Congreso inaugura una era de solidaridad, de coordinación efectivas en las relaciones de las organizaciones proletarias del continente. La comunidad de intereses y de problemas de las masas explotadas de la América Latina crea, por fin, una asociación internacional de sus sindicatos, inspirada en la voz de orden marxista: "¡Proletarios de todos los países, uníos!".

Las manifestaciones del internacionalismo obrero estaban reducidas hasta este suceso, en la escala continental, a la farsa periódica de los congresos patrocinados por la Federación Americana del Trabajo, panamericanismo laborista que no representaba otra cosa que los intereses del imperialismo yanqui, y en el que no participaban las organizaciones de espíritu revolucionario.

Adelantándose a las maniobras de la internacional amarilla de Amsterdam y del Bureau Internacional del Trabajo de Ginebra, para constituir, con el concurso de las organizaciones reformistas, la C. O. P. A. y las vanguardias proletarias de la América Latina se han dado cita en Montevideo para, después de discutir atentamente las cuestiones sindicales de estos países, dar vida a la Confederación Sindical Latino Americana.

Las principales organizaciones obreras de América Latina están representadas en el Congreso de Montevideo. Ocupa entre ellas el primer lugar la nueva central de México (Confederación Sindical Unitaria); en la que, a raíz de la disgregación de la C. R. O. M., se han agrupado sindicatos que reúnen a más de 200,000 obreros y más de 300,000 campesinos. Co-

lombia, Brasil, Ecuador, Venezuela, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay, el Perú toman parte en la conferencia con delegaciones que representan efectivamente a las masas trabajadoras. Cerca de 800 mil obreros organizados de la América Latina han enviado sus personeros a este congreso, cuyas deliberaciones están destinadas a tener una gran influencia en el orientamiento clasista del proletariado latinoamericano.

La central sindical del proletariado peruano (Junio, 1929)

El Comité Provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú ha iniciado sus labores. Hasta la fecha, todas las organizaciones obreras, de efectivos importantes y existencia real, participan en este trabajo de constitución de una central obrera peruana. Hablamos, se entiende, de las organizaciones de carácter sindical, las únicas, además, que representan gremios y masas. Los amarillos, los mercenarios, servidores incondicionales de la burguesía, no entran ni entrarán jamás en nuestros cálculos: no han representado nunca al proletariado industrial ni campesino, sino a las fluctuantes agrupaciones de artesanos sin principios.

La formación de Comité Provisional de la C. G. T. P. constituye el primer esfuerzo para establecer seriamente una central sindical unitaria, que unifique y dirija todas las fuerzas proletarias del país. La Federación Obrera Regional Peruana, surgida de la agitación del 1° de Mayo de 1919, no llegó a funcionar como organismo nacional, ni intentó la obra de propaganda y organización que presupone una verdadera central. Por esto, reconociendo los límites dentro de los cuales se desenvolvía en realidad la actividad de los sindicatos de la capital, se adoptó en el primer Congreso Obrero, el acuerdo de constituir la Federación Obrera Local. La lógica tarea del segundo Congreso Obrero, debió ser, en 1927, el debate y votación de las resoluciones destinadas a dar vida a una central nacional. La cuestión figuraba en la orden del día del Congreso, y algo se avanzó en el sentido de considerarla y resolverla; pero el debate suscitado en tomo a una cuestión erróneamente planteada —la orientación doctrinal— y la represión de junio, lograron, como es sabido, el éxito de este segundo Congreso.

La necesidad de constituir una central se ha dejado sentir más marcadamente en los dos años transcurridos desde entonces. El acuerdo que el desarrollo de la acción clasista

exigía a principios de 1927 del segundo Congreso Obrero de Lima, se impone hoy más perentoria y apremiante que nunca. El movimiento obrero sale de una etapa anarco-sindical, aleccionado por la experiencia de sus luchas y derrotas, para entrar en una etapa en que un sentido clasista de la organización obrera prevalece sobre el antiguo sentido corporativo, aún no del todo vencido, y que impedía al proletariado industrial de Lima y el Callao darse cuenta de que, mientras no ligaran sus reivindicaciones con las del proletariado de provincias —industrial, minero y campesino— ayudando a éste a organizarse sobre la base del principio clasista, la más ardua y trascendental tarea estaría íntegramente por abordar.

No faltan militantes aferrados a la idea de que la organización de sindicatos en la República debe preceder a la de una central nacional. Sin duda, todo militante debe trabajar, dentro de la industria a que pertenece, para aprovechar los elementos y oportunidades de agrupación sindical. Pero la central tiene precisamente por objeto ayudar a los obreros, en todo lugar y en toda industria, a organizarse sindicalmente. Más fácil será en esta labor a base de la solidaridad de los sindicatos existentes, que representan a masas considerables y conscientes, que sin un organismo ni un programa de concentración. Esto es una verdad evidente e incontestable. El funcionamiento de una central, basada en el principio de lucha de clases y de "unidad proletaria", eliminando el peligro de los debates mal llamados ideológicos, que tanto han dividido hasta hoy a la vanguardia, sirve, además, para evitar desviaciones —momentáneas, sin duda— como la que ha habido que deplorar últimamente en la directiva de la Federación de Chóferes, al contemplar la cuestión del servicio vial con un criterio completamente corporativo, al renunciar a su tradición de lucha contra el "amarillismo" y el "lacayismo" del Centro Unión de Chóferes, etc.

Por fortuna, la comprobación de la necesidad de que el proletariado peruano cuente con una central unitaria, se abre paso cada día más en la conciencia de las masas. La actividad del comité provisional de la C.G.T.P. corresponde no sólo a la determinación del núcleo que inició la concentración de la que emanó el comité 1º de Mayo, y su Manifiesto a la clase

trabajadora, sino a una necesidad objetiva, a una exigencia evidente de la acción clasista.

Ha comenzado a recibir el comité provisional de la C.G.T.P. adhesiones de los grupos obreros de provincias. A medida que se conozcan en toda la República los objetivos de la central en organización, tiene que acentuarse esta corriente de solidaridad de las masas trabajadoras del país con la fuerte vanguardia agrupada en la Confederación.

Por cierto, sería prematuro pretender de esta central, que debe hacer frente a tareas urgentes de constitución, la atención inmediata y eficiente de los conflictos que se producen en fábricas o industrias. La C.G.T.P. necesita existir formal y orgánicamente para cumplir su función en todos sus aspectos.

**Estatutos de la Confederación
General de Trabajadores del Perú**
(Septiembre, 1929)

DECLARACION DE PRINCIPIOS

ORIENTACION

1.—En todos los países donde impera o predomina el sistema capitalista en la producción, constatamos objetivamente la división de la sociedad en dos clases fundamentales, separadas por antagonismo irreconciliable: la burguesía explotadora y el proletariado explotado.

2.—Los intereses de la burguesía y los del proletariado son no sólo diferentes sino completamente opuestos. Dentro del sistema capitalista no podrían ser satisfechas jamás las aspiraciones de los proletarios: sólo dentro de una sociedad que no esté dividida en clases, el obrero podrá alcanzar su emancipación integral.

3.—El camino hacia nuestra liberación definitiva, hacia la construcción de una sociedad sin clases, no puede ser otro que el de la lucha constante y tenaz contra la opresión capitalista, contra el adversario de clase en todas las formas y en todos los frentes.

4.—Frente a la oposición profunda entre nuestros intereses y aspiraciones y los de la burguesía capitalista, nosotros, los proletarios, no podemos esperar dentro de la actual sociedad sino las concesiones que obtengamos mediante la unidad orgánica y disciplinada de nuestra clase y la lucha enérgica por nuestras propias reivindicaciones. ¡La emancipación de los trabajadores no podrá ser obra sino de los trabajadores mismos!

5.—La lucha en la que estamos empeñados no es solamente la de los trabajadores del Perú; es la misma lucha llevada a cabo

por el proletariado de todo el mundo, en el terreno de clase. Nuestra lucha, pues, no es solamente regional o nacional, sino que está ligada a la lucha mundial de los trabajadores.

6.—El sistema capitalista ha llegado actualmente a su época de imperialismo —última etapa del capitalismo—. El mundo se divide en países imperialistas y países coloniales y semicoloniales; nosotros, proletarios de un país semicolonial, tenemos el deber de luchar enérgicamente contra el imperialismo en todos sus aspectos, sobre el terreno de clase, vinculando esta lucha a nuestras reivindicaciones y a la lucha antimperialista del proletariado del mundo.

7.—El primer problema que se nos plantea es el de nuestra organización dentro del terreno de clase, de la unidad de todos nuestros esfuerzos con los de todos los trabajadores, sin distinción de nacionalidad, raza, color, sexo, edad ni ideología. Nuestro fin es trabajar intensamente por alcanzar la unificación de todas las fuerzas obreras del país y su incorporación al movimiento mundial de los trabajadores, "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

DEFINICION DE LA C.G.T.P.

8.—La Confederación General de Trabajadores del Perú (C.G.T.P.), es la Central Sindical de los organismos sindicales del proletariado del país, que reconozcan y practiquen la lucha de clases.

9.—La Confederación General de Trabajadores del Perú está adherida a la Confederación Sindical Latinoamericana.

10.—La C.G.T.P. proclama como principio básico de organización el sistema sindical de lucha de clases, con organismos permanentes que mantengan acción, disciplina y cotización efectivas, y que se desenvuelvan bajo el constante control de las masas.

FINALIDADES DE LA C.G.T.P.

11.—La C.G.T.P. se propone:

- a) Organizar a todos los trabajadores del país, sin distinción alguna, dentro de las agrupaciones sindicales, creando sindicatos en las ramas de la producción donde no existan y laborando empeñosamente por la adopción de los métodos modernos de organización y de lucha de clases; dirigirlos bajo el control directo de las masas trabajadoras y luchar siempre por impedir toda desviación reformista, colaboracionista u oportunista.
- b) Orientar el movimiento sindical dentro del terreno de la lucha, concorde con las necesidades del proletariado contemporáneo.
- c) Desarrollar, por todos los medios, la Conciencia de clase de los trabajadores y un conocimiento profundo de las cuestiones referentes al sindicalismo y a la lucha económica.
- d) Organizar a los desocupados y atraer a los sindicatos a los inorganizados.
- e) Desarrollar conferencias, cursos autodidácticos, centros de cultura proletaria, técnica y científica, y realizar —en cuanto sea posible— la publicación de periódicos, revistas y folletos.

12.—La C.G.T.P. luchará fundamentalmente:

- a) Por el libre ejercicio de las libertades sindicales.
- b) Por el mejoramiento de la situación material y moral de la clase proletaria y los campesinos.
- c) Por las reivindicaciones y por la emancipación integral del indio.
- d) Por la disminución de la jornada de trabajo, especialmente en el campo y en los centros mineros.
- e) Por la constante defensa de los intereses, de las conquistas y de las aspiraciones del proletariado y de los campesinos.

- f) Por la conquista de toda clase de seguros sociales, sin gravamen para el trabajador.
- g) Por el derecho, sin trabas, a la huelga.
- h) Contra la disminución de los salarios.
- i) Contra la desocupación total o parcial.
- j) Contra todo aumento de la jornada de trabajo y contra las consecuencias de la racionalización.
- k) Contra los abusos y atropellos patronales.
- l) Contra toda intervención del Estado burgués en la solución de los conflictos obreros y contra toda forma de arbitraje.
- m) Contra el imperialismo.
- n) Contra la servidumbre del campesinado y especialmente del indígena, en todas sus formas.

CONSTITUCION

13.—La C.G.T.P. estará constituida:

- a) Por las Federaciones Nacionales de Industria.
- b) Por las Federaciones Regionales de Trabajadores.
- c) Por los Sindicatos de Fábrica o Empresa, en el caso de que no existiese aún una Federación de Industria del ramo respectivo.
- d) Por los Sindicatos de trabajadores agrícolas, donde no existieren aún las Federaciones correspondientes, y por los Sindicatos de Oficios varios.
- e) Por las Federaciones Locales de trabajadores que no hubiesen llegado a formar aún las Federaciones Regionales.

f) Por los grupos sindicales en los centros obreros, en donde no haya llegado a constituirse un Sindicato, o en los sindicatos no adheridos a la C.G.T.P.

14.—Toda organización adherida a la C.G.T.P. estará representada por una delegación que será acreditada por los organismos adheridos en la proporción siguiente:

- a) De más de veinticinco hasta cien cotizantes: un delegado.
- b) De cien a quinientos cotizantes: dos delegados.
- c) De quinientos a mil cotizantes: tres delegados.
- d) De mil a dos mil cotizantes: cuatro delegados.
- e) A partir de dos mil cotizantes: un delegado por cada millar o fracción.

15.—Las organizaciones locales y regionales deberán delegar su representación en obreros militantes, que residan en la ciudad, sede de la C.G.T.P.

16.—Los sindicatos de trabajadores de la misma industria que existan en la diversas zonas del país, deberán vincularse estrechamente, unificando su acción y constituyendo la respectiva Federación de Industria.

17.—En toda localidad, donde haya constituidas tres organizaciones adheridas a la C.G.T.P., éstas deberán constituirse en Federación Local, con el fin de unificar la acción y la lucha de los trabajadores de la localidad, y con el fin de secundar más eficientemente las tareas de organización y solidaridad, propiciadas por la C.G.T.P.

18.—En las zonas económicamente vinculadas, y en donde existan tres Federaciones Locales, o siete organizaciones sindicales, se constituirán las Federaciones Regionales, en la misma forma y con idénticos fines que las federaciones locales, pero con un radio de acción mucho más amplio.

19.—Toda organización adherida, tiene el deber de sostener económicamente a la C.G.T.P., de mantener estrictamente la disciplina sindical y de regirse interiormente por Estatutos, métodos y orientación idénticos a los proclamados en los presentes Estatutos.

ORGANIZACION Y FUNCIONAMIENTO

20.—La organización y funcionamiento de la C.G.T.P se desenvolverán dentro de un régimen proletario de centralismo democrático-funcional, mediante el cual se logrará mantener, a la vez que una estricta disciplina, una estrecha solidaridad.

21.—La C.G.T.P. tiene tres órganos:

- a) El Congreso Nacional.
- b) El Comité Central.
- c) El Comité Ejecutivo.

22.—El Congreso es el órgano supremo de la Confederación General de Trabajadores, y se reunirá ordinariamente cada dos años.

23.—Son funciones del Congreso:

- a) Fijar los principios generales de la C.G.T.P. su programa, su táctica y sus Estatutos.
- b) Designar la residencia del Comité Ejecutivo y, por consiguiente, del Comité Central.
- c) Resolver todas las cuestiones que se plantean ante la clase trabajadora y decidir todos los asuntos referentes a la organización.
- d) Juzgar las labores de los Comités Ejecutivo y Central.

24.—A falta de una decisión especial del Congreso, el Comité Ejecutivo, previa aprobación en el Comité Central, fijará el lu-

gar y la fecha del Congreso siguiente.

25.—Podrán convocarse Congresos extraordinarios, en virtud de las decisiones del Comité Ejecutivo, refrendadas en el Comité Central, o cuando la tercera parte de las organizaciones adheridas lo solicite.

26.—Cada organización afiliada tiene derecho a enviar sus delegados en la misma proporción que la establecida para formar el Comité Central.

27.—Las votaciones en el Congreso se harán por número de representados y no de representantes.

28.—El Comité Central está formado por los delegados acreditados ante la C.G.T.P. por las organizaciones afiliadas.

29.—Del seno de este Comité Central saldrá el Comité Ejecutivo el que estará integrado por nueve miembros.

30.—El Comité Central dirige la C.G.T.P. de un Congreso a otro y es responsable íntegramente ante este último.

31.—El Comité Ejecutivo dirige la marcha de la C. G T.P. entre dos Asambleas del Comité Central, y es responsable de su trabajo ante este.

32.—El Comité o el Comité Ejecutivo podrán crear las comisiones y subcomisiones que sean necesarias para el mejor desenvolvimiento de la C.G.T.P. y bajo el control, del Comité Ejecutivo.

33.—El Comité Central se reunirá cuando menos una vez al mes; el Comité Ejecutivo semanalmente, y las comisiones, cuando lo crea oportuno el Comité Ejecutivo.

LA COTIZACION

34.—Los fondos de la C.G.T.P. lo constituyen:

- a) Las cotizaciones ordinarias de las organizaciones afiliadas,

quienes cotizarán a razón de dos centavos por cada trabajador organizado.

b) Por las cotizaciones extraordinarias y por los subsidios votados por las organizaciones adheridas.

c) Por los fondos que pueda arbitrarse la tesorería de la C.G.T.P.

35.—Las cotizaciones serán percibidas por la organización afiliada y enviadas mensualmente o bimestralmente a la tesorería de la C.G.T.P.

36.—El envío de las cotizaciones deberá estar acompañado de la boleta estadística, en la que conste el número de afiliados, las cotizaciones recaudadas durante el mes respectivo, y las altas y bajas de la población.

37.—El C.C. podrá eximir de su cotización respectiva a la organización que se vea obligada a mantener una huelga por más de dos semanas.

LOS AFILIADOS

38.—Para que un organismo obrero sea miembro integrante de la C.G.T.P. basta que solicite su afiliación acompañando su reglamento y estatutos, y aceptando los principios básicos que norman la marcha de la C.G.T.P.

39.—Una vez incorporado el organismo y comunicada su incorporación, éste procederá a acreditar los delegados que le corresponda, pagando las cotizaciones correspondientes.

40.—Aceptada la delegación, esta disfrutará de todos los derechos sin distinción de raza, sexo, nacionalidad o ideología.

41.—Basada nuestra organización en la más estricta solidaridad sindical, es indispensable una férrea disciplina, a cuyo mantenimiento deberán colaborar todas y cada una de las entidades afiliadas, otorgando su completa colaboración y siguiendo las directivas emanadas de los Congresos y Comités.

42.—Toda organización afiliada deberá regirse por un estatuto y reglamento interno que no esté en contradicción con los de la Central.

43.—Las organizaciones que, sin causa justificada; dejaren de abonar tres meses consecutivos de cotizaciones, serán suspendidas en el uso de sus derechos ante esta Central, y sus delegados no tendrán derecho a voto, durante el tiempo que dure la anormalidad. Estas medidas se tomarán por el Comité Ejecutivo, previo pronunciamiento del Comité Central y previa comunicación al organismo sindical que haya incurrido en falta de pago.

44.—Toda medida disciplinaria, individual o colectiva, tomada por los sindicatos o federaciones adheridos, deberá ser comunicada al Comité Ejecutivo, ante el cual podrán apelar los interesados y, en última instancia, ante el Comité Central.

PROPAGANDA SINDICAL

45.—La C.G.T.P. llevará a cabo constantemente una intensa propaganda sindical, empleando los medios más adecuados para llegar a las grandes masas trabajadoras: cursos, conferencias, delegaciones especiales, establecimiento de una escuela sindical, publicaciones, fiestas, etc.

46.—La C.G.T.P. realizará toda clase de esfuerzos a fin de poder mantener un órgano permanente de publicidad, que será el vocero oficial de los trabajadores organizados de la República.

47.—Se organizarán bibliotecas obreras de los diversos centros obreros, y se tenderá metódicamente a la organización de bibliotecas ambulantes.

48.—Una Comisión de huelgas se constituirá por la C.G.T.P., y los esfuerzos de esta central deben tender hacia la mejor organización de las huelgas. Esto en relación a la forma de concentración capitalista (trust, centrales, etc.) Esta Comisión participará en la preparación y en la dirección de los movimientos, analizando cada conflicto para sacar las conclusiones que permitan hacer una verdadera estrategia de las huelgas.

49.—Antes de proceder a la declaratoria de una huelga, toda organización afiliada deberá poner este propósito en conocimiento del Comité Ejecutivo de la C.G.T.P. comunicando los antecedentes, el proceso y las proyecciones del conflicto. Salvo los casos en que la imposibilidad material o la premura de las circunstancias lo impidan, en cuyo caso se procederá a llenar los anteriores requisitos inmediatos después de proclamado el movimiento.

50.—La C.G.T.P. tiene el deber de intervenir, mediante sus comisiones especiales, designadas en cada caso por el C.E., en los movimientos de los organismos afiliados. Estas comisiones formarán parte integrante del Comité de huelga de la organización en conflicto.

51.—Todo pedido de solidaridad a los sindicatos, federaciones o uniones adheridos a la C.G.T.P. deberá hacerse por intermedio del Comité de huelga de la organización en conflicto, a la C.G.T.P. salvo en los casos de imposibilidad manifiesta o de carácter extraordinario.

52.—Para luchar eficazmente por el mejoramiento de la situación material de los trabajadores, y para sostener a las diversas organizaciones afiliadas en sus luchas, la C.G.T.P. organizará, bajo el control directo del Comité Ejecutivo, la Caja Nacional de solidaridad y de combate, cuyos fondos, sin embargo, no entrarán dentro del presupuesto de la C.G.T.P.

EXCLUSIONES DE LA C.G.T.P.

53.—Las organizaciones afiliadas que no apliquen las decisiones del Congreso, o que no se sometan a las instrucciones y directivas del Comité Ejecutivo, podrán ser excluidas por el Comité Central. Esta decisión deberá ser adoptada por una mayoría compuesta de los dos tercios de miembros del Comité Central.

54.—Si las decisiones del Congreso, o las directivas del Comité Central y Ejecutivo, no son aplicadas por los órganos de un organismo afiliado, el Comité Ejecutivo convocará eventualmente a una conferencia de los trabajadores del organismo

en cuestión, en la que se tratará de resolver el conflicto existente. Sólo cuando una conferencia de esta índole se haya pronunciado sobre la cuestión en litigio, el Comité Central de la C.G.T.P. podrá pronunciar las exclusiones.

55.—El C. C. podrá igualmente excluir los grupos aislados.

56.—En todos los casos, el Congreso siguiente podrá confirmar o revocar las decisiones de exclusión del Comité Central.

DISPOSICIONES GENERALES

57.—Toda reforma, adición o enmienda de los presentes Estatutos, podrán ser presentados por escrito ante el Comité Ejecutivo, por tres delegaciones, y vendrán refrendadas por las firmas de los Secretarios de las organizaciones respectivas. Llenados estos requisitos, serán discutidos en el seno del C. C. y aprobados por mayoría compuesta de los dos tercios de votos.

58.—Los presentes Estatutos regirán la vida y el desenvolvimiento de la C.G.T.P. hasta el próximo Congreso Nacional, el que podrá refrendarlos o modificarlos.

DISPOSICIONES TRANSITORIAS

59.—El Comité Ejecutivo tomará de inmediato las disposiciones pertinentes, a fin de constituir el esquema de las organizaciones de trabajadores de la República, tanto en lo que se refiere al aparato interno de cada una, como en lo tocante a la organización nacional.

60.—El Comité Central, constituido por las organizaciones adherentes hasta ahora, encaminará su labor a fin de realizar cuanto antes la celebración del Primer Congreso Nacional de Trabajadores Industriales y Agrícolas.

61.—Mientras se constituyen los órganos específicos del campesinado, la C.G.T.P. queda encargada de la defensa directa de los intereses del campesino y de propender lo más eficazmente posible a su organización y orientación.

Manifiesto de la Confederación General de Trabajadores del Perú a la clase trabajadora del país

La creación de una Central del Proletariado Peruano, cierra una serie de intentos de la clase trabajadora por dar vida a una Federación Unitaria de los gremios obreros. En 1913 surge la Federación Marítima y Terrestre, con sede en el Callao y un subcomité en Lima, que, después de librar diferentes luchas, desaparece en el año 1915.

En 1918, con ocasión de la lucha por la jornada de las ocho horas, se creó el Comité Pro Ocho Horas, que llevó el movimiento hasta su culminación. Al año siguiente se creó el Comité Pro Abaratamiento de las Subsistencias, naciendo de este Comité la Federación Regional Peruana, que convocó al Primer Congreso Obrero, en 1921. En 1922, esta Federación se transformó en Federación Obrera Local de Lima, organización que, aunque por el nombre parecía destinada únicamente a los obreros de Lima, se preocupó de los problemas de los obreros de provincias, conociendo y planteando reclamaciones a favor de los obreros de Huacho, campesinos de Ica, cuando la masacre de Parcona, lo mismo que cuando la masacre de indígenas de Huancané y La Mar. La herencia anarco-sindical que prevalecía en ella, restó eficacia a sus actividades, originándose serios conflictos por la supremacía "ideológica", que culminaron en el Congreso Obrero Local, de 1927. Este Congreso, pese a la desorientación de los congresales, que emplearon tres semanas en discusiones sobre la "orientación ideológica", aprobó una misión que trataba de la transformación de la Federación Obrera Local en "Unión Sindical Peruana". Esta resolución que, al hacerse efectiva, hubiera producido un gran avance del movimiento sindical, no pudo llevarse a la práctica, tanto por el poco apoyo que le prestaron las organizaciones en disolución, como por la represión del mes de junio, que terminó con el Congreso y la Federación Local. Mientras en Lima se trataba de dar vida a una Central Sindical, los obreros de provincias trabajaban en el mismo sentido,

creándose en Ica la Federación de Campesinos, en Puno la Federación Regional del Sur, y en Trujillo el Sindicato Regional de Trabajadores. Pero es sólo el Comité Pro 1° de Mayo de este año el que sienta las bases para la constitución de la Central del Proletariado Peruano. El manifiesto que lanzó (reproducido en Labor, N° 8), con esta ocasión, fue un llamamiento al proletariado para la creación de su Central. El nacimiento de nuestra Central no es, pues, obra de la casualidad, sino de todo un proceso, que ha seguido el Proletariado Peruano, en su esfuerzo de reivindicación. Las asambleas populares del día 30 de abril y 1° de mayo, efectuadas en el local de los compañeros chóferes de Lima, aprobaron las conclusiones siguientes para la creación de nuestra Central: 1) Luchar por la creación de un frente único sindical, sin distinción de tendencias, en una Central Única del Proletariado; 2) Luchar por la creación y sostenimiento de la Prensa Proletaria; 3) Luchar por la libertad de asociación, de reunión, de prensa, de tribuna; 4) Defender y hacer respetar las leyes que se refieren al trabajador, hoy groseramente violadas por la reacción capitalista. Para aplicar estas conclusiones, las asambleas autorizaron con su voto unánime, al Comité Pro 1° de Mayo, a que siguiera los trabajos de organización, con el nombre de Comité Pro Confederación General de Trabajadores del Perú. Este Comité ensanchó su radio de acción al Callao, y el día 17 de Mayo se efectuaba la sesión en que quedó constituido el Comité Provisional de la Confederación General de Trabajadores del Perú, integrado por delegados de las Federaciones de Chauffeurs, Textil, Yanaconas y Unificación de Obreros cerveceros, por Lima; Federación de Obreros Ferroviarios de Chosica, Federación de Tripulantes del Cabotaje, Sociedad de Estibadores y Sindicato de Trabajadores en Madera, por el Callao. Nacida así nuestra Confederación y contando con la adhesión de la Sociedad Marítima Confederada, Unificación de Cerveceros Callao y Federación de Panaderos del Perú, más algunos del Centro y Norte, nos dirigimos a los obreros y campesinos del país para que, respondiendo al llamado histórico de nuestra clase, procedan a crear la organización sindical, tanto en la fábrica, empresa, minas, puertos, como en las haciendas, valles y comunidades. Hasta el presente se ha hablado siempre de organización, pero en un sentido general, sin que los trabajadores hayan podido darse cuenta del tipo de organización de clase que reclama la defen-

sa de sus intereses. La Confederación General de Trabajadores del Perú, aborda este problema, delineando a grandes rasgos la forma de organización por la cual luchará incesantemente. La situación general del país, con su incipiente desarrollo industrial en las ciudades, carácter feudal del latifundismo en la costa y en la sierra, ha impedido hasta el presente el desenvolvimiento clasista del proletariado. El artesanado ha recurrido a sus sociedades mutuales, viendo en ellas el único tipo de asociación obrera. Pero hoy que se operan grandes concentraciones de masas proletarias en las minas, puertos, fábricas, ingenios, plantaciones, etc., este tipo de organización, que ha correspondido a la etapa del artesanado, decae dando paso al sistema sindical. ¿Cuáles son las ventajas de la organización sindical? La organización sindical, en primer término tiene la ventaja de que permite la agrupación de todos los obreros que trabajan en una misma empresa o industria, en un solo organismo, sin distinción de razas, edad, sexo, o creencias, para la lucha por su mejoramiento económico, para la defensa de sus intereses de clase. En segundo lugar, destierra el burocratismo establecido por el sistema mutual, que entrega todo el maquinismo director en manos del presidente, que en muchos casos no es ni obrero. En tercer lugar, adiestra al obrero a manejar sus intereses por sí mismo, educando y desarrollando su espíritu de clase, desterrando al intermediario que casi siempre resulta un político oportunista. Y, en cuarto lugar siendo una organización de defensa económica, resuelve todos los problemas económicos de los trabajadores con la formación, bajo su supervigilancia, de cajas mutuales, cooperativas, etc., que no son más que secciones del sindicato, como lo es la sección de deportes, ahorros, de cultura, de solidaridad, artística, biblioteca, etc. Estas son las ventajas fundamentales de la organización sindical (sin que sean todas). Por eso, la Confederación lanza esta palabra de orden, frente al problema de la organización: la constitución de sindicatos de empresa, fábrica, minas, marítimos, agrícolas e indígenas. La palabra sindicato no enuncia una fórmula cerrada. Bien sabemos que hay sitios donde no se puede establecer sindicatos, ya por falta de fábricas, empresas, etc., o porque el solo anuncio de la palabra sindicato siembra la alarma, por los prejuicios y rezagos del ambiente. En ese caso hay que establecer unificaciones de oficios varios, asociaciones o sociedades que respondan a una

sentido de clase; es decir, organizaciones creadas, sostenidas y dirigidas por obreros, sin la intromisión de políticos o de patronos, ni aún a título de presidentes o socios honorarios. El obrero debe bastarse en la presentación y defensa de sus intereses, sin necesidad de recurrir a compromisos que lo tienen que agobiar.

La organización sindical nace, pues, como una fuerza propia del proletariado, que tiene que afrontar y resolver múltiples problemas de clase, entre los que se delinear los que tratamos en seguida.

PROBLEMAS DEL PROLETARIADO INDUSTRIAL. RACIONALIZACION

El avance del capital financiero no encuentra mayor cauce por donde prosperar, que la explotación incesante de la clase trabajadora. El sistema actual de la racionalización de la industria, nos demuestra cómo organiza la burguesía su sistema de explotación. Esta explotación la encontramos en las grandes compañías (mencionaremos, entre otras, la Fred T. Ley y Cía.), las cuales, para su mejor "desenvolvimiento", hacen tabla rasa de los derechos que asisten a los trabajadores, con el sistema empleado de destajos y "contratistas". Estos intermediarios, para sacar su jornal que pelagra ante la competencia "profesional", reciben a trabajadores que se someten, por un salario ínfimo, a trabajar 9 o 10 horas diarias. El sistema implantado por la Frederik Snare Comp. en las obras portuarias del Callao, al pagar a los trabajadores a tanto la hora (los peones ganan 25 ctvs. la hora, sin distinción de domingos o días feriados), los obliga a trabajar 10 y 12 horas diarias para llevar a su hogar un jornal que les sirve para no morirse de hambre. El sistema, en fin, de las grandes Compañías Ferrocarrileras, que pagan por kilómetro; de las empresas mineras, con sus sistemas de contratos, creando capataces, etc.; de las fábricas textiles, de maderas, empresas eléctricas, etc., con sus sistemas de piezas y destajos, son otros tantos métodos implantados por la racionalización de la industria. Los trabajadores, ante la carencia de trabajo unos, y ante la perspectiva de un centavo más otros, no reflexionan en el peligro de someterse a estos métodos; y cuando lo palpan, como

se encuentran desorganizados, no tienen quién los defiendan y ampare. La sección del trabajo del Ministerio de Fomento, conoce ya un sinnúmero de reclamos de esta índole, reclamos que no pueden ser todos, desde que los que reclaman son sólo los más "audaces". Ante este problema no cabe, pues, sino la organización de las masas explotadas, en sólidos sindicatos. A la vez que constatamos el régimen de explotación en que se debate el obrero de la ciudad, tenemos que hacer constar la forma inhumana como es tratado y pagado el marino nacional, sin una reglamentación de salarios, sin medidas que lo defiendan de la voracidad del armador. El marino mercante nacional sufre una serie de privaciones y vejámenes; el trato soez de que hacen gala los capitanes y pilotos de buques, el salario irrisorio que perciben (fluctúa de 25 a 50 soles al mes), las ningunas garantías de seguridad de algunos buques, hacen no ya odiosa sino imposible la vida a estos compañeros. Los marineros encontrarán amparo únicamente en su organización nacional, a base de los comités de buques y puertos.

PROBLEMA DE LA JUVENTUD

Hasta el presente, el problema de la juventud obrera no ha sido planteado entre nosotros, aún más, muchos no le dan mayor importancia; pero si nos detenemos a estudiarlo, veremos de manera concluyente que no puede quedar relegado, y que la organización de la juventud nos dará una fuerza más activa para nuestras luchas. Consideremos a los jóvenes aprendices que trabajan en los talleres, fábricas, etc., y veremos cómo son explotados por el "patrón", desde el momento de su ingreso. Primeramente veremos en los talleres que, por carecer de las nociones propias del "oficio", tienen que desempeñar comisiones domésticas y otras tantas, aun en casa del "patrón", que no tienen nada que hacer con el oficio que van a aprender. La jornada de labor para los aprendices, en el mejor de los casos, es de 10 horas, pero hay talleres donde trabajan hasta las 10 y 11 de la noche, es decir, que trabajan 14 horas diarias. El jornal inicial, si se prescindiera de los que trabajan sin recibir nada, es de 80 ctvs. a 1 sol, jornal que no varía hasta que, a juicio del "patrón", el aprendiz ya es oficial; su jornal entonces sube hasta dos soles; vale decir que, cuando un joven llega a oficial puede reemplazar al ope-

rario y compartir con él la ejecución de los trabajos, en una proporción de 50 a 60%. Generalmente, los oficiales sirven de reemplazo, para que los vean que ya saben trabajar y, de esta manera, los jefes de talleres disponen de un personal que, reemplazando a los trabajadores calificados de "operarios", no llegan a ganar sino el 40 o 50% del salario de éstos. Si nos encontramos con estos cuadros en los talleres en que, por la forma de trabajo que realizan, se encuentran muchas veces a la vista del público, pensemos cómo pueden ser tratados los jóvenes en las "fábricas", pequeños boliches, en el campo, donde el arrendatario o dueños de huertas tienen a su servicio, por cada trabajador adulto, dos o tres "cholitos", que trabajan igual que los "cholos" grandes, pero que tienen la ventaja de comer menos y ganar menos también. En las minas y empresas encontramos a los jóvenes tanto o peor explotados que en los talleres o huertas. Pero donde la explotación de la juventud llega al colmo es, indudablemente, en la propia casa del burgués. Ahí lo encontramos, desempeñando las funciones de mandadero, amaseca, cocinera, lavandera, en fin, todas las funciones propias de los "sirvientes", trabajando desde las seis de la mañana hasta las diez u once de la noche, hora en que termina sus labores para ir a dormir en su "cama" (que mejor la tiene el can de la casa del burgués). La forma de reclutamiento de estos "cholitos" nos demuestra también el espíritu medieval de nuestra burguesía: un latifundista o gamonal manda desde sus "dominios" a criaturas arrancadas a sus padres, so pretexto de que las mandan a aprender a leer y escribir a casa de sus familiares, compadres o amigos de la ciudad, donde los hallamos descalzos, semidesnudos y con las consabidas "costuras" en la cabeza, señales todas del buen "trato" que les dan. El salario que gana esta masa juvenil son los zapatos y ropa vieja del "niño" y cinco o diez centavos de propina a la semana. Los trabajadores conscientes, vale decir sindicales, tienen que afrontar de lleno éste problema, el problema de la juventud, que es el problema de todos los explotados. Su tratamiento y su enfocamiento dentro de las luchas reivindicativas debe ser una tarea asumida con toda la atención que merece, instituyendo dentro de cada sindicato la sección juvenil, donde disfruten los jóvenes de los mismos derechos que los trabajadores adultos, integrados por los más jóvenes y más entusiastas compañeros; estas secciones serán

las que tratarán y resolverán los problemas propios de la juventud obrera.

PROBLEMA DE LA MUJER

Si las masas juveniles son tan cruelmente explotadas, las mujeres proletarias sufren igual o peor explotación. Hasta hace muy poco la mujer proletaria tenía circunscrita su labor a las actividades domésticas en el hogar. Con el avance del industrialismo entra a competir con el obrero en la fábrica, taller, empresa, etc., desterrando el prejuicio que la encerraba a hacer vida conventual. Si la mujer avanza en la vía de su emancipación en un terreno democrático-burgués, en cambio este hecho suministra al capitalista mano de obra barata a la par que un serio competidor al trabajador masculino. Así la vemos en las fábricas textiles, galleterías, lavanderías, fábricas de envases y cajas de cartón, jabones, etc., en que desempeñando las mismas funciones que el obrero, desde el manejo de la máquina hasta la más mínima ocupación, gana siempre de 40 a 60% menos que el varón. Al mismo tiempo que la mujer se adiestra para desempeñar funciones en la industria, penetra, también en las actividades de oficinas, casas comerciales, etc., compitiendo siempre con el hombre y con gran provecho de las empresas industriales, que obtienen una baja apreciable de los salarios y aumento inmediato de sus ganancias. En la agricultura y en las minas encontramos a la mujer proletaria en franca competencia con el trabajador, y donde quiera que investiguemos encontramos a grandes masas de mujeres explotadas, prestando sus servicios en toda clase de actividades. Toda la defensa de la mujer que trabaja está reducida a la Ley 2851, que por su reglamentación deficiente por cierto, pese al espíritu del legislador, en la práctica no llena sus fines, y por tanto no impide la explotación de que es víctima la obrera. En el proceso de nuestras luchas sociales, el proletariado ha tenido que plantear reivindicaciones precisas en su defensa; los sindicatos textiles que son los que hasta hoy más se han preocupado de este problema, aunque no definitivamente, en más de una ocasión han ido a la huelga con el objeto de hacer cumplir disposiciones que, estando enumeradas en la Ley, los gerentes se han negado a cumplirlas; tenemos capitalistas (como el "amigo" del obrero, señor Tizón

y Bueno) que no han trepidado en considerar como "delito" el hecho de que una trabajadora haya dado indicios de que iba a ser madre, "delito" que ha determinado su despedida violenta para eludir las disposiciones de la Ley. En las galleterías, la explotación de la mujer es inicua. Fe de esta aseveración pueden darla los compañeros textiles y chóferes de Lima, que en gesto solidario sostuvieron la reclamación planteada por el personal de la compañía A. Field, en 1926. El gran incremento de las pequeñas lavanderías, cuyos propietarios nacionales, asiáticos o europeos, no vacilan en ajustar más el anillo opresor de sus obreras, exige mayor atención y ayuda a estas compañeras. (En 1926, formaron en Lima su Federación de Lavanderas, entidad que desapareció por la poca cooperación que le prestaron los compañeros y el rezago de prejuicios de muchas compañeras.) Las pequeñas industrias, fábricas de tapas de lata, envases, cajas de cartón, jabonerías, talleres de moda, productos químicos, (la misma Intendencia de Guerra con su sistema de trabajo, que da a coser las prendas de la ropa a domicilio, pagando precios irrisorios) etc., son centros de explotación despiadada de la mujer. En las haciendas, "despajando", "garroteando", "apañando algodón", etc.; en las minas, acarreando metales y demás faenas, la mujer es tratada poco menos que como bestia de carga. Todo este cúmulo de "calamidades" que pesa sobre la mujer explotada no puede resolverse si no es a base de la organización inmediata. De la misma manera que los sindicatos tienen que construir sus cuadros juveniles, deben crear sus secciones femeninas, donde se educarán nuestras futuras militantes femeninas.

PROBLEMA DEL PROLETARIADO AGRICOLA

Las condiciones de vida de las grandes masas de trabajadores agrícolas, exigen también una mejor atención. En su tratamiento empírico se ha confundido con el problema campesino, cosa que precisa distinguir para no caer en el mismo error. ¿Quiénes forman el proletariado agrícola? Las grandes masas de trabajadores, que rinden sus esfuerzos en haciendas, huertas, plantaciones, chacaras, etc., dependiendo de la autoridad del "patrón", ejercida por el ejército de caporales, mayordomos, apuntadores y administradores, percibiendo un jornal por día o "tarea", viviendo en míseras cobachas, esos

son los trabajadores agrícolas. Estos trabajadores, que desde las 4 de la mañana tienen que levantarse para pasar "lista", que trabajan hasta que cae el sol en sus faenas de lamperos, gañanes, rejadores, sembradores, cortadores de caña, etc., unos a jornal y otros a "tarea"; percibiendo jornales desde 60 ctvs. las mujeres y jóvenes, hasta 2.20 los adultos, no han disfrutado hasta el presente, salvo muy raras excepciones (hacienda Santa Clara, Naranjal, Puente Piedra), de organizaciones que velen por sus intereses de clase; de ahí que para el trabajador agrícola es lo mismo que si no existieran leyes de ocho horas, de accidentes de trabajo, de la Mujer y el Niño, etc. Los asalariados agrícolas que trabajan en las haciendas (verdaderos latifundios), explotados miserablemente, padeciendo (por falta de cumplimiento de las disposiciones sanitarias) de enfermedades como el paludismo, (que debe declararse como enfermedad profesional), percibiendo jornales de hambre, no podrán mitigar sus padecimientos si no es por medio de su organización. No es posible en este manifiesto dar a conocer todas las arbitrariedades que padecen los trabajadores de nuestros valles y haciendas. Son tan agobiantes y tan penosas las condiciones de vida, que más de un periodista liberal se ha hecho eco de ellas en las columnas de los periódicos de provincias, y en Lima en las informaciones de "El Mundo".

Precisa, pues, la formación de cuadros sindicales formados por trabajadores agrícolas, para dar vida a los Comités de Hacienda, a los Sindicatos de Trabajadores Agrícolas.

PROBLEMA CAMPESINO

El problema campesino guarda cierta similitud objetiva con el problema agrícola, en relación a las faenas que representa; a la vez se identifica con el problema indígena, por ser un problema de la tierra, por tanto su tratamiento requiere un cuidado especial. Existen en el país diferentes tipos de campesinos, el "colono" o "compañero", que trabaja la tierra solo, para partir con el "patrón" sus productos o cosechas; el yanacón, que toma las tierras en arriendo (cuyo pago exigen la mayoría de los gamonales en quintales de algodón; el dueño de pequeñas parcelas de tierra, herencia de sus antepasados, etc., son diversos tipos de campesinos, pero que tienen

problemas comunes que resolver. En nuestro medio hay organizaciones de campesinos, como la que existe en Ica, la Federación de Campesinos de Ica, y en Lima la Federación General de Yanaconas; además, a lo largo de la costa existen pequeñas sociedades de regantes. Pero la gran masa de campesinos se encuentra desorganizada, los problemas que tienen que resolver son múltiples, pero los más saltantes, los más inmediatos son: baja de arriendo de la tierra, libertad de sembrar la sementera que más le convenga, repartición equitativa del agua de regadío, atajo al despojo de tierra, hacer valer el derecho de pagar el arrendamiento en moneda nacional, etc.; para el enfocamiento y resolución de estos problemas precisa la organización campesina, precisa la educación de las masas en su rol de clase, y su concentración en ligas campesinas, en comunidades campesinas que tiendan a la creación de "Federación Nacional de Ligas Campesinas".

PROBLEMA INDIGENA

Si el problema agrícola y campesino requiere una gran atención, el problema indígena no puede quedar a la zaga. Al ahondar este problema veremos el enlazamiento que tiene con el problema agrícola, campesino y minero, etc. De ahí que al tratar este problema desde el punto de vista sindical, tiene que hacerse a base de la organización, de la educación clasista. El problema indígena está ligado al problema de la tierra, y en su solución no podrá avanzarse si no es a base de la organización de las masas indígenas. El indio en nuestras serranías trabaja de 6 a 7 meses al año, tiempo que por lo general dura la siembra y cosecha de sus productos. En los meses restantes se dedica a trabajar en latifundios serranos y minas unos, y otros en las haciendas de la costa, haciéndose de inmediato trabajador indígena. Esta forma de emigración temporal concurre a exigir que se le preste toda la atención necesaria desde el punto de vista sindical. Los sindicatos del proletariado agrícola y de los mineros tendrán una carga pesada en las tareas impuestas por la afluencia temporal de estas masas indígenas, y su educación por el sindicato será tanto más pesada también, cuanto menos sea su sentido de clase. Precisa, pues, una gran labor en las comunidades y ayllus, etc., donde deben establecerse bibliotecas, comisiones de enseñanza que luchen

contra el analfabetismo (el analfabetismo, se puede decir, es una lacra social de la raza indígena), secciones de deportes, etc., que, estando a cargo de compañeros preparados, desarrollen una enseñanza activa, que tienda a capacitarlos en su rol de clase, explicándoles su condición de explotados, sus derechos y sus medios de reivindicarlos. De esta manera el indio será un militante del movimiento sindical, esto es, un soldado que lucha por la liberación social de su clase. El objetivo de las comunidades será, pues, la capacitación de sus componentes y la federación de todas las comunidades en un frente de defensa común.

INMIGRACION

La afluencia cada día mayor de trabajadores inmigrantes, exige que tampoco se deje de lado este problema en la organización sindical. Las organizaciones sindicales no pueden estar imbuidas de falsos prejuicios nacionalistas, porque estos prejuicios favorecen íntegramente al capitalismo, que siempre encontrará elementos dóciles entre los compañeros inmigrantes, para enfrentarlos a los trabajadores "nativos", haciéndoles desempeñar labores de crumiros y rompehuelgas. Puesto que nos agrupamos bajo principios que nos dicen "Trabajadores del mundo, uníos", debemos de proceder a dar cabida en nuestros sindicatos a todos los trabajadores asiáticos, europeos, americanos o africanos, que reconociendo su condición de explotados ven en el sindicato su organismo de representación y defensa; precisa que los sindicatos destaquen comisiones de militantes que, confundiéndose con los trabajadores "extranjeros", estudien sus condiciones de vida y sus necesidades para plantearlas en los sindicatos, los cuales defenderán con todo interés las reivindicaciones de estos compañeros englobándolos en los pliegos de reclamos que presenten a las empresas. De esta manera conquistaremos las masas de trabajadores inmigrantes, a la par que conseguiremos más de un militante consciente para nuestra organización.

LEYES SOCIALES

El trabajador peruano, hasta el presente, no está amparado por leyes sociales eficaces. El decreto dado en 1919, sobre la

jornada de ocho horas, la Ley de accidentes de trabajo y la Ley de protección a la mujer y al niño, apenas si son conato de esta legislación. El decreto de las ocho horas, que fue arrancado por la fuerza solidaria del proletariado de la capital, en 1919, hasta el presente sólo se ha cumplido en determinados sectores, en una que otra fábrica donde la fuerza de la organización de los trabajadores ha impedido su violación; pero después comenzando por las pequeñas fábricas que existen en Lima como las de envases, cajas de cartón, zapatos, jabones, lavanderías, talleres de moda, sucursales de panaderías, etc., y llegando a las más grandes empresas, todos hacen tabla rasa de sus disposiciones. Con el proceso de la racionalización de la industria, esta burla se hace más descarada. Las Empresas Eléctricas Asociadas en sus trabajos han adoptado últimamente el sistema de contratos (que no emplean ellas solas, pues, como ya hemos visto, lo emplean otras compañías), y a tal efecto han establecido una escala de precios sobre sus distintos trabajos, que ha sido presentada a los obreros más calificados o más antiguos, con el dilema de su aceptación o despedida inmediata de las labores. El obrero que acepta esta tarifa de hecho se vuelve contratista, perdiendo su antigüedad, a la vez que los pocos beneficios que la legislación le acuerda. El memorial últimamente presentado por los obreros ferroviarios también demuestra palmariamente el no cumplimiento, por las empresas ferroviarias, de la jornada de ocho horas. La forma de pago de algunas fábricas y empresas (Sanguinetti y Dasso, Frederik Snare Com.), a tanto la hora, es otra forma de burla por parte del capital. Pero si esto constatamos en Lima y Callao, pensemos ahora cómo se cumplirá la jornada de ocho en las haciendas, minas y demás industrias y empresas establecidas en el territorio nacional. La Ley de accidentes de trabajo no es menos violada que la de ocho horas. En las obras portuarias del Callao, en los buques de la marina mercante nacional, en las haciendas, en las minas, en las empresas petroleras, en fin, en todas las pequeñas fábricas que existen fuera de la capital, no sólo no se cumple sino que se persigue con encarnizamiento a todo aquel que trate de darla a conocer a los trabajadores. La revisión o perfeccionamiento de esta ley es algo que interesa a toda la clase trabajadora. Una ley dada en una época en que las exigencias de la vida no eran las de hoy, es claro que no podía establecer en forma

equitativa la escala de indemnización necesaria. Por ejemplo, de acuerdo con la ley, el obrero recibe como indemnización, en caso de accidente, el 33%. Ahora, si consideramos la escala de los salarios actuales, cuyo término medio podemos establecerlo en tres soles, vemos que el obrero recibe una indemnización de 99 ctvs. diarios (el salario de los peones fluctúa desde 60 ctvs. en la sierra, 1.20 en las haciendas, hasta 2 y 2.50 en la capital, y de los obreros calificados de 3 a 6 soles diarios) cantidad que no puede satisfacer el presupuesto de un hogar, bastante elevado con el encarecimiento de las subsistencias. Además, la ley establece como máximo de salario para atenerse a la ley, el de 100 soles mensuales, es decir, 4 soles diarios, de manera que en el mejor de los casos el obrero recibe, de acuerdo con la ley, 1.32, cantidad que es innecesario remarcar hasta qué punto resulta insuficiente para el sostenimiento de un hogar. El obrero no cuenta hasta hoy con ninguna disposición que lo ampare en caso de enfermedad, muerte (natural), vejez, despedida, etc. La dación de una Ley de Seguros Sociales, que contemple todos estos casos, estableciendo en la constitución de los fondos la contribución, en partes iguales, del Capitalista y del Estado, es algo que reclama y exige el obrero al hablar de las leyes sociales. La Ley de protección a la mujer y al niño, tampoco se puede decir que satisface a las necesidades de la mujer proletaria, ni menos que se respete en sus términos vigentes. Ya hemos visto, cuando se trata de este problema, la forma cómo la mujer sufre, y cómo es tratada en la fábrica, taller, empresa, campos, etc. El cumplimiento de ésta, como de cualquier otra ley, no puede quedar subordinado a la acción individual de los obreros, precisa disposiciones terminantes, a la vez que la entrega del control a la organización obrera como única forma de hacer efectivos los derechos legales. Por lo demás, la Confederación General de Trabajadores del Perú no es la única que adopta este punto de vista sobre las leyes de nuestra legislación social; coincide con los que han sostenido campañas criticando y dando a conocer las deficiencias e incumplimiento de las mismas.

CONCLUSIONES

Estudiados someramente los problemas más fundamentales de nuestra organización, conviene referirse a la

cuestión de la legalidad de la organización que preconizamos y promovemos. Las condiciones de explotación y régimen semi-esclavista en las 9 décimas partes del Perú, hacen que los trabajadores, al organizarse piensen en esta cuestión. Nuestra burguesía siempre ha visto en la organización obrera el "fantasma" que ha de poner coto a su régimen de explotación, y ha creado en torno a ella arbitrarias leyendas. El Gobierno del Perú, como firmante del tratado de Versalles, ha reconocido el derecho a la organización sindical de los trabajadores. Aún más, tiene establecido en el Ministerio de Fomento una sección a cargo del reconocimiento de las instituciones. La Confederación General de Trabajadores del Perú, sostiene el principio de que el sindicato, para existir legal y jurídicamente, no necesita sino el acuerdo de sus asociados (pero esto no obsta para que pida su reconocimiento oficial, a fin de asegurarse en la legalidad). La Confederación reivindica para la organización en todas las industrias y labores el derecho a la existencia legal y a la debida personería jurídica, para la representación y defensa de los intereses proletarios. Los problemas de la masa trabajadora, por lo demás, no pueden resolverse, ni siquiera conocerse, si no es por medio de la organización; de un organismo que exprese sus necesidades, que estudie las deficiencias de nuestro régimen social, que exponga y satisfaga las reclamaciones de todos los trabajadores del Perú. El problema de la creación de la Central del proletariado peruano, a más de su justificación histórica, tiene el de la representación genuina de la clase explotada de nuestro país. Ella nace a través de la experiencia adquirida en las luchas pasadas y como una necesidad orgánica de la masa explotada del Perú. La representación del obrero nacional, hasta el presente, ha sido escamoteada por falsas agrupaciones "representativas" que, como la Confederación Unión Universal de Artesanos y Asambleas de Sociedades Unidas (formadas por sociedades de dudosa existencia unas, y otras carentes del espíritu de clase que anima a las organizaciones de masas, por lo mismo que sus actividades se concretan a las mutuales, sin preocuparse de la defensa económica, porque ese no es su rol), se han atribuido tal representación sin el consenso de los que ellos creen representar. La representación del obrero nacional corresponde a una Central formada de abajo para arriba, es decir, por organismos nacidos en las fábricas, talleres, minas, empresas marítimas y

terrestres, por los trabajadores agrícolas y campesinos, por las grandes masas de indios explotados. Una Central que cuente con estos elementos, que albergue en su seno a los sindicatos obreros del país, será la única que tendrá derecho a hablar a nombre de LOS TRABAJADORES DEL PERU. La Confederación General de Trabajadores del Perú, cumpliendo con su función de tal, precisa las reivindicaciones inmediatas por las cuales luchará, apoyada por las masas de proletarios, en defensa de sus intereses:

- a) Respeto y cumplimiento de la jornada de ocho horas para el trabajador de la ciudad, el campo y las minas.
- b) Jornada de 40 horas semanales para las mujeres y menores de 18 años.
- c) Amplio derecho de organización obrera.
- d) Libertad de imprenta, de prensa, de reunión y de tribuna obrera.
- e) Prohibición del empleo gratuito del trabajo de los aprendices.
- f) Igual derecho al trabajador, igual tratamiento y salario para todos los obreros adultos y jóvenes, sin distinción de nacionalidad, raza o color, en todas las industrias y empresas.

La Confederación General de Trabajadores del Perú, expuestos el proceso de su creación y las reivindicaciones por las cuales luchará, recomienda a todos los trabajadores, a los representantes de organizaciones obreras, que en el día se pongan en contacto con esta Central, comunicando sus direcciones, explicando sus problemas por resolver, a la vez que acordando su adhesión. Recomienda también la discusión y voto del proyecto de Reglamento (publicado en Labor, N° 9).

La dirección de la Central es (calle de Cotabambas N° 389, Lima), Casilla de Correo N° 2076, Lima.

¡Viva la organización de los trabajadores de la ciudad y del campo!

¡Viva el derecho de organización, de tribuna, de prensa, de reunión!

¡Viva la unión efectiva de los trabajadores del Perú!

¡Viva la Confederación General de los Trabajadores del Perú!

El Comité Ejecutivo.

III EL PARTIDO

Carta al grupo de México (16 de abril de 1928)

Compañeros:

No había contestado hasta hoy la carta de la célula, suscrita por Magda Portal, en espera de una carta de Haya de la Torre, que me precisase mejor el sentido de la discrepancia: Alianza o Partido. La carta de la célula me supone simplemente influenciado por el Secretariado de Buenos Aires, la Ucsaya, etc., o, por lo menos, pretende que mis observaciones son, en esencia, las mismas. Hasta la reaparición de "Amauta", he permanecido sistemáticamente privado por la censura, de mis canjes y correspondencias, de modo que no he conocido en su oportunidad ni el número de "La Correspondencia Sudamericana", en que —según he sabido después sin obtener el ejemplar— aparecieron las observaciones del Secretariado de Buenos Aires, ni la tesis de Ucsaya, ni nada por el estilo. Sólo recientemente he vuelto a recibir "El Libertador", desde que la censura ha comprobado que en mi casilla no intercepta sino correspondencia intelectual o administrativa, sin importancia para sus fines. Por otra parte, creo haber dado algunas pruebas de mi aptitud para pensar por cuenta propia. De suerte que no me preocuparé de defenderme del reproche de obedecer sugerencias ajenas. Esto había sido también, un motivo para que me apresurase a responder a la carta de la célula.

Pero como no tengo hasta hoy ninguna aclaración de Haya, a quien escribí extensamente, planteándole cuestiones concretas —por la vía de Washington, en diciembre— y llegan, en cambio, noticias de que Uds. están entregados a una actividad con la cual me encuentro en abierto desacuerdo, y para la cual ninguno de los elementos responsables de aquí ha sido consultado, quiero hacerles conocer sin tardanza mis puntos de vista sobre este nuevo aspecto de nuestra discrepancia.

La cuestión: "el Apra alianza o partido", que Uds. declaran sumariamente resuelta y que en verdad no debiera existir siquiera, puesto que el Apra se titula alianza y se subtitula, frente único, pasa a segundo término desde el instante en que aparece en escena el Partido Nacionalista Peruano, que Uds. han decidido fundar en México, sin el consenso de los elementos de vanguardia que trabajan en Lima y provincias. Recibo correspondencia constante de provincias, de elementos intelectuales, profesionales, estudiantes, maestros, etc., y jamás en ninguna carta he encontrado hasta ahora mención del propósito que Uds. dan por evidente e incontrastable. Si de lo que se trata, como sostiene Haya en una magnífica conferencia, es de descubrir la realidad y no de inventarla, me parece que Uds. están siguiendo un método totalmente distinto y contrario. He leído un "segundo manifiesto del comité central del partido nacionalista peruano, residente en Abancay". Y su lectura me ha contristado profundamente: 1° porque, como pieza política, pertenece a la más detestable literatura electoral del viejo régimen, y 2° porque acusa la tendencia a cimentar un movimiento —cuya mejor fuerza era hasta ahora su verdad— en el bluff y la mentira. Si ese papel fuera atribuido a un grupo irresponsable, no me interesaría su demagogia, porque sé que en toda campaña, un poco o un mucho de demagogia son inevitables y aun necesarios. Pero al pie de ese documento está la firma de un comité central que no existe, pero que el pueblo ingenuo creerá existente y verdadero. ¿Y es en esos términos de grosera y ramplona demagogia criolla, como debemos dirigirnos al país? No hay ni una sola vez la palabra socialismo. Toda es declamación estrepitosa y hueca de liberaloides de antiguo estilo. Como prosa y como idea está esa pieza por debajo de la literatura política posterior a Billinghurst.

Por mi parte, siento el deber urgente de declarar que no me adheriré de ningún modo a este partido nacionalista peruano que, a mi juicio, nace tan descalificado para asumir la obra histórica en cuya preparación hasta ayer hemos coincidido. Creo que nuestro movimiento no debe cifrar su éxito en engaños ni señuelos. La verdad es su fuerza, su única fuerza, su mejor fuerza. No creo como Uds. que para triunfar haya que valerse de "todos los métodos criollos". La táctica,

la praxis en sí mismas, son algo más que forma y sistema. Los medios, aun cuando se trata de movimientos bien adocotrados, acaban por sustituir los fines. He visto formarse el fascismo. ¿Quiénes eran, al principio, los fascistas? Casi todos elementos de la más vieja impregnación e historia revolucionaria que cualquiera de nosotros. Socialistas de extrema izquierda, como Mussolini, actor de la semana roja de Bolognia; sindicalistas revolucionarios de temple heroico, como Carridoni, formidable organizador obrero; anarquistas de gran vuelo intelectual y filosófico como Massino Rocca, futuristas de estridente ultraísmo, como Marinetti, Settimelli, Bottais, etc. Toda esa gente era o se sentía revolucionaria, anticlerical, republicana, "más allá del comunismo", según frase de Marinetti. Y Uds. saben cómo el curso mismo de su acción los convirtió en una fuerza diversa de la que a sí mismos se suponían. La táctica les exigía atacar la burocracia revolucionaria, romper al partido socialista, destruir la organización obrera. Para esta empresa la burguesía los abastecía de hombres, camiones, armas y dinero. El socialismo, el proletariado, eran a pesar de todos sus lastres burocráticos la revolución. El fascismo, por fuerza, tenía función reaccionaria.

Me opongo a todo equívoco. Me opongo a que un movimiento ideológico, que por su justificación histórica, por la inteligencia y abnegación de sus militantes, por la altura y nobleza de su doctrina, ganará, si nosotros mismos no lo malogramos, la conciencia de la mayor parte del país, aborte miserablemente en una vulgarísima agitación electoral. En estos años de enfermedad, de sufrimiento, de lucha, he sacado fuerzas invariablemente de mi esperanza optimista de esa juventud que repudiaba la vieja política, entre otras cosas porque repudiaba los "métodos criollos" la declaración caudillesca, la retórica hueca y fanfarrona. Defiendo todas mis razones vitales al defender mis razones intelectuales. No me avengo a una decepción. La que he sufrido me está enfermando y angustiando terriblemente. No quiero ser patético, pero no puedo callarles que les escribo con fiebre, con ansiedad, con desesperación. Y no estoy solo en esta posición. La comparten todos los que tienen conocimiento de la propaganda de Uds. —propaganda que, por otra parte, no está justificada al menos por su eficacia, porque fracasará inevitablemente—. Hemos acordado una

carta colectiva que muy pronto les enviaremos.

De aquí a entonces, espero recibir mejores noticias. Y en tanto, los abrazo con cordial sentimiento.

**“Carta colectiva” del
grupo de Lima**
(Junio, 1929)

Compañeros:

Consideramos necesario informar a Uds., sumariamente sobre nuestros puntos de vista, respecto de principios y métodos de acción adoptados por el grupo de deportados peruanos que trabajan en México, y que, sin una explícita declaración nuestra, pasarían como positivamente aceptados por nosotros que constituimos el núcleo que tiene aquí la responsabilidad de nuestra obra. Estamos seguros de que Uds. mismos se han dado cuenta de la necesidad de que la acción del APRA en el Perú no sea resuelta por un Comité establecido en México, sino amplia y maduramente deliberada como principal intervención de los elementos que actúan en el país. Cuantos se coloquen en el terreno marxista, saben que la acción debe corresponder directa y exactamente a la realidad. Sus normas, por consiguiente, no pueden ser determinadas por quienes no obran bajo su presión e inspiración.

La definición del carácter y táctica del APRA nos parece, de otro lado, fundamental para la existencia de una disciplina orgánica. Pensamos que, conforme a la idea que originalmente la inspiró, y que su propio nombre expresa, el APRA debe ser, o es de hecho, una alianza, un frente único, y no un partido. Un programa de acción común e inmediato no suprime las diferencias, ni los matices de clase y de doctrina. Y quienes desde nuestra iniciación en el movimiento social e ideológico, del cual el APRA forma parte, nos reclamamos de ideas socialistas, tenemos la obligación de prevenir equívocos y confusiones futuros. Como socialistas, podemos colaborar dentro del APRA, o alianza o frente único, con elementos más o menos reformistas o social-democráticos —sin olvidar la vaguedad que estas designaciones tienen en nuestra América— con la izquierda burguesa y liberal, dispuesta de verdad a la lucha contra los rezagos de feudalidad y contra la penetración

imperialista; pero no podemos, en virtud del sentido mismo de nuestra cooperación, entender el APRA como partido, esto es, como facción orgánica y doctrinariamente homogénea.

Profesamos abiertamente el concepto de que nos toca crear el socialismo indoamericano, de que nada es tan absurdo como copiar literalmente fórmulas europeas, de que nuestra praxis debe corresponder a la realidad que tenemos delante. Pero este principio no nos aconseja adoptar apresuradamente fórmulas que, por el momento, pueden tener absoluta precisión en las mentes de quienes las conciben como medio táctico, pero que mañana, bajo la presión de proselitismos más adoctrinados, y al influjo de la mentalidad burguesa y pequeño-burguesa, incorporada fatalmente en el movimiento, pueden prestarse a confusionismos infinitos. La experiencia del Kuo Ming Tang es preciosa para el movimiento antimperialista de Indoamérica, a condición de que se aproveche íntegramente. El alejarnos de las formas europeas, no debe conducirnos a una estimación exagerada de las fórmulas asiáticas y de su posible eficacia en nuestro medio. No debemos olvidar que, en todo caso, las fórmulas europeas nos son más inteligibles, que nos llegan directamente a través de los idiomas y pueblos en que se expresan, mientras que de las fórmulas chinas no tenemos sino la verdad europea. Tampoco podemos olvidar el ascendiente y la función que en la ideología del movimiento nacionalista chino tienen las ideas occidentales. El Kuo Ming Tang, finalmente, se encuentra en crisis, y en gran parte por no haber sido explícito y funcionalmente una alianza, un frente único. Sus rumbos estaban subordinados al predominio de sus elementos de derecha, centro e izquierda, que correspondían al de sus respectivos sustentos e intereses de clase. Las últimas deliberaciones del Kuo Ming Tang según Internacionale Press Korrespondenz y otras publicaciones recientes, entrañan una rectificación total de sus principales puntos de vista, en lo concerniente al proletariado y a las organizaciones de clase. El Kuo Ming Tang fue Sun Yat Sen, pero es también Chiang Kai Shek El Kuo Ming Tang se desarrolló no continental sino nacionalmente, cosa en la que el APRA se diferencia necesariamente de aquel movimiento.

La colaboración de la burguesía, y aun de muchos ele-

mentos feudales, en la lucha antimperialista china, se explica por razones de raza, de civilización nacional, que entre nosotros no existen. El chino noble o burgués se siente entrañablemente chino. Al desprecio del blanco por su cultura estratificada y decrepita, corresponde con el desprecio y el orgullo de su tradición milenaria. El antimperialismo en la China puede, por tanto, descansar fundamentalmente en el sentimiento y en el factor nacionalista. En Indoamérica, las circunstancias no son las mismas. La aristocracia y la burguesía criollas no se sienten solidarizadas con el pueblo por el lazo de una historia y de una cultura comunes. En el Perú, el aristócrata y el burgués blancos desprecian lo popular, lo nacional. Se sienten, ante todo, blancos. El pequeño-burgués mestizo imita este ejemplo. La burguesía limeña fraterniza con los capitalistas yanquis, y aun con sus simples empleados, en el Country Club, en el Tennis y en las calles. El yanqui desposa sin inconveniente de raza ni de religión a la señorita criolla, y esta no tiene escrúpulo de nacionalidad ni de cultura en preferir el matrimonio con un individuo de la raza invasora. Tampoco tiene este escrúpulo la muchacha de la clase media. La huachafita que puede atrapar un gringo de la Grace o de la Foundation, lo hace con la satisfacción de quien siente elevarse su condición social. El factor nacionalista, por estas razones objetivas, que a ninguno de Uds. escapa, seguramente, no es decisivo ni fundamental en la lucha antimperialista en nuestro medio. Sólo en los países como la Argentina, donde existe una burguesía numerosa y rica, orgullosa del grado de riqueza y de poder de su patria, y donde la personalidad nacional tiene, por muchas razones, contornos más claros y netos que en estos países retardados, el antimperialismo puede penetrar fácilmente en los elementos burgueses, pero por razones de expansión y crecimiento capitalista, y no por razones de justicia social y de doctrina socialista como en nuestro caso.

Estas consideraciones nos mueven a someter a Uds. las siguientes conclusiones:

1) El Apra debe ser oficial y categóricamente definida y constituida como una alianza o frente único y no como un partido;

2) Los elementos de izquierda que en Perú concurrimos a su formación, constituimos de hecho —y organizaremos for-

malmente— un grupo o Partido Socialista, de filiación y orientación definidas, que, colaborando dentro del movimiento con elementos liberales o revolucionarios de la pequeña burguesía, que acepten nuestros puntos de vista, trabaje por dirigir a las masas hacia las ideas socialistas.

Es evidente que estas conclusiones no nos permiten prestar nuestra cooperación a la creación del P. Nacionalista, que las comunicaciones de algunos compañeros y aun de la célula oficialmente, anuncian como una decisión del grupo de México. Este partido puede fundarse dentro del Apra, pero además de que nos parece que su biología natural exige que se decida su oportunidad y necesidad en el Perú y no desde México, su organización toca en todo caso a los elementos de la pequeña burguesía, que quieran dar vida a un partido propio; pero no a nosotros que, leales a los principios que, sin duda alguna, constituyen nuestra mayor fuerza moral, no asumimos ni la responsabilidad ni el encargo de organizarlo. Desaprobamos toda campaña que no descansa en la verdad. El procedimiento del bluff sistemático llevará al descrédito nuestra causa. Rehusamos, por esto, emplearlo. Las noticias propaladas sobre la candidatura de Haya no producen el efecto, que Uds. suponen, en la opinión. La gente —distante de toda preocupación electoral— las recibe perpleja e irónica.

Recomendamos a la célula, en todo lo tocante a cuestiones de acción, la correspondencia oficial y centralizada. Las cartas particulares de los compañeros no deben traer iniciativas ni instrucciones individuales. Por nuestra parte nos comprometemos al mismo procedimiento.

“Nueva generación”, “nuevo espíritu”, “nueva sensibilidad”, todos estos términos han envejecido. Lo mismo hay que decir de estos otros rótulos: “vanguardia”, “izquierda”, “renovación”. Fueron nuevos y buenos en su hora. Nos hemos servido de ellos para establecer demarcaciones provisionales, por razones contingentes de topografía y orientación. Hoy resultan ya demasiado genéricos y anfibológicos. Bajo estos rótulos, empiezan a pasar gruesos contrabandos. La nueva generación no será efectivamente nueva, sino en la medida en que sepa ser, en fin, adulta, creadora.

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla, rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será, nada más y nada menos, que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los objetivos que queráis: "antimperialista", "agrarista", "nacionalista revolucionaria". El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos.

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, Latina o Ibera, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritu, no tienen ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona y materialista y una América Latina, idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fundamentalmente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y lugares y hagamos las cuentas seria y francamente con la realidad.

El socialismo no es, ciertamente, una doctrina indoamericana. Pero ninguna doctrina, ningún sistema contemporáneo lo es ni puede serlo. Y el socialismo, aunque haya nacido en Europa, como el capitalismo, no es tampoco específica ni particularmente europeo. Es un movimiento mundial al cual no se sustrae ninguno de los países que se mueven dentro de la órbita de la civilización occidental. Esta civilización conduce con una fuerza y unos medios de que ninguna civilización dispuso, a la universalidad. Indo América, en este orden mundial, puede y debe tener individualidad y estilo; pero no una cultura ni un sino particulares. Hace cien años debimos nuestra

independencia como naciones al ritmo de la historia de Occidente, que desde la colonización nos impuso ineluctablemente su compás. Libertad, Democracia, Parlamento, Soberanía del Pueblo, todas las grandes palabras que pronunciaron nuestros hombres de entonces, procedían del repertorio europeo. La historia, sin embargo, no mide la grandeza de estos hombres por la originalidad de estas ideas, sino por la eficacia y genio con que las sirvieron. Y los pueblos que más adelante marchan en el continente son aquellos donde arraigaron mejor y más pronto. La interdependencia, la solidaridad de los pueblos y de los continentes eran sin embargo, en aquel tiempo, mucho menores que en éste. El socialismo, en fin, está en la tradición americana. La más avanzada organización comunista primitiva, que registra la historia, es la incaica.

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea absoluto, abstracto, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil, vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento. "Amauta" no es una diversión ni un juego de intelectuales puros; profesa una idea histórica, confiesa una idea activa y multitudinaria, obedece a un movimiento social contemporáneo. En la lucha entre dos sistemas, entre dos ideas, no se nos ocurre sentirnos espectadores ni inventar un tercer término. La originalidad a ultranza es una preocupación literaria y anárquica. En nuestra bandera inscribimos esta sola, sencilla y grande palabra: socialismo (con este lema afirmamos nuestra absoluta independencia frente a la idea de un Partido Nacionalista pequeño-burgués y demagogo).

Hemos querido que "Amauta" tuviese un desarrollo orgánico, autónomo, nacional. Por eso empezamos por buscar un título en la tradición peruana. "Amauta" no debía ser un plagio ni una traducción. Tomábamos una palabra incaica para crearla de nuevo. Para que el Perú indio, la América indígena, sintieran que esta revista era suya. Y presentamos a "Amauta" como la voz de un movimiento y de una generación. "Amauta" ha sido en estos dos años, una revista de definición ideológica, que ha recogido en sus páginas las proposiciones de cuantos, con título de sinceridad y competencia, han querido hablar a nombre de esta generación y de este movimiento.

El trabajo de definición ideológica nos parece cumplido. En todo caso hemos oído ya las opiniones categóricas y solícitas en expresarse. Todo debate se abre para los que opinan, no para los que callan. La primera jornada de "Amauta" ha concluido. En la segunda jornada no necesita llamarse revista de la "nueva generación", de la "vanguardia", de las "izquierdas". Para ser fiel a la Revolución, le basta ser una revista socialista.

Con sentimientos de solidaridad y afecto, que ninguna discrepancia —momentánea, esperamos— de criterio, puede disminuir, los saludamos cordialmente.

Acta de constitución del P.C.P.

Los suscritos declaran constituido un Comité que se propone trabajar en las masas obreras y campesinas conforme a los siguientes conceptos:

1.—La organización de los obreros y campesinos con carácter netamente clasista constituye el objeto de nuestro esfuerzo y nuestra propaganda, y la base de la lucha contra el imperialismo extranjero y la burguesía nacional.

2.—Para la defensa de los intereses de los trabajadores de la ciudad y el campo, el Comité impulsará activamente la formación de sindicatos de fábricas, de hacienda, etc.; la federación de éstos sindicatos de industrias y su confederación en una central nacional.

3.—La lucha política exige la creación de un partido de clase, en cuya formación y orientación se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas. De acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un Partido Socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas.

4.—Para precaverse de represiones y persecuciones desmoralizadoras, los sindicatos obreros y campesinos gestionarán su reconocimiento por la Sección del Trabajo. En su Estatuto, su declaración de principios se limitará a la afirmación de su carácter clasista y de su deber de contribuir a la fundación y mantenimiento de una confederación general del trabajo.

5.—La organización sindical y el partido socialista, por cuya formación trabajaremos, aceptarán contingentemente una táctica de frente único o alianza con organizaciones de grupos de la pequeña burguesía, siempre que éstos representen efectivamente un movimiento de masas y con objetivos y reivindicaciones concretamente determinados,

6.—El Comité procederá a la formación de comités en toda la República y de células en todos los centros de trabajo, con relaciones estrictamente disciplinadas.

7 de Octubre de 1928

Programa del Partido Comunista (Octubre, J928)

El programa debe ser una declaración doctrinal que afirme:

1.—El carácter internacional de la economía contemporánea que no consiente a ningún país evadirse de las corrientes de transformación surgidas de las actuales condiciones de producción.

2.—El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado. El Partido Comunista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país, pero obedece a una amplia visión de clase, y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial. La revolución de la independencia, hace más de un siglo, fue un movimiento solidario de todos los pueblos subyugados por España; la revolución socialista es un movimiento mancomunado de todos los pueblos oprimidos por el capitalismo. Sí la revolución liberal, nacionalista por sus principios, no pudo ser actuada sin una estrecha unión entre los países sudamericanos, fácil es comprender la ley histórica que, en una época más acentuada de interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios, se opere con una coordinación mucho más disciplinada e intensa de los partidos proletarios. El manifiesto de Marx y Engels condensó el primer principio de la revolución proletaria en la frase histórica: "¡Proletarios de todos los países, uníos!".

3.—El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista. El capitalismo se desarrolla en un pueblo semifeudal como el nuestro; en instantes en que, llegado a la etapa de los monopolios y del imperialismo, toda la ideología liberal, correspondiente a la etapa de la libre concurrencia, ha cesado de ser válida. El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semi-coloniales, que explota como mercados de su capital y sus mercancías y como depósitos de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo; los obliga a la especialización, a la monocultura

(petróleo, cobre, azúcar, algodón, en el Perú), sufriendo una permanente crisis de artículos manufacturados, crisis que se deriva de esta rígida determinación de la producción nacional, por factores del mercado mundial capitalista.

4.—El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capital financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y de las fuentes de materias brutas. La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Comunista del Perú lo adopta como método de lucha.

5.—La economía pre-capitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país por la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués, enfeudado a los intereses capitalistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, de las taras y rezagos de la feudalidad colonial. El destino colonial del país reanuda su proceso. La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

6.—El socialismo encuentra, lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores, ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomienden dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto, lo mismo que el estímulo que se presta al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativo, no significa en lo absoluto una romántica y antihistórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socia-

lismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista, y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino, por el contrario, la máxima y metódica aceleración de la incorporación de estas conquistas en la vida nacional.

7.—Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual, cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le da derecho. El régimen educacional socialista es el único que puede aplicar plena y sistemáticamente los principios de la escuela única, de la escuela del trabajo, de las comunidades escolares y, en general, de todos los ideales de la pedagogía revolucionaria contemporánea, incompatible con los privilegios de la escuela capitalista, que condena a las clases pobres a la inferioridad cultural y hace de la instrucción superior el monopolio de la riqueza.

8.—Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene, en sus objetivos y su doctrina, revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esta etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista.

9.—El Partido Comunista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase.

Anexos al programa se publicarán proyectos de tesis sobre la cuestión indígena, la situación económica, la lucha antimperialista, que, después del debate de las secciones y de las enmiendas que en su texto introduzca el Comité Central, quedarán definitivamente formuladas en el Primer Congreso del Partido.

Desde el manifiesto, el Partido dirigirá un llamamiento a todos sus adherentes, a las masas trabajadoras, para trabajar por las siguientes reivindicaciones inmediatas:

—Reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras.

—Reconocimiento del derecho de huelga para todos los

trabajadores. Abolición de la conscripción vial.

—Sustitución de la ley de la vagancia por los artículos que consideraban específicamente la cuestión de la vagancia en el anteproyecto del Código Penal puesto en vigor por el Estado, con la sola excepción de esos artículos incompatibles con el espíritu y el criterio penal de la ley especial.

—Establecimiento de los Seguros Sociales y de la Asistencia Social del Estado.

—Cumplimiento de las leyes de accidentes de trabajo, de protección del trabajo de las mujeres y menores, de las jornadas de ocho horas en las faenas de la agricultura.

—Asimilación del paludismo en los valles de la costa a la condición de enfermedad profesional con las consiguientes responsabilidades de asistencia para el hacendado.

—Establecimiento de la jornada de siete horas en las minas y en los trabajos insalubres, peligrosos y nocivos para la salud de los trabajadores.

—Obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores, de modo permanente y efectivo, todos los derechos que le garantizan las leyes del país.

—Aumento de los salarios en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de vida más elevado.

—Abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito, y abolición o punición del régimen semiesclavista en la montaña.

—Dotación, a las comunidades, de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades.

—Expropiación, sin indemnización, a favor de las comunidades, de todos los fundos de los conventos y congregaciones religiosas.

—Derecho de los yanaconas, arrendatarios, etc., que trabajen un terreno más de tres años consecutivos, a obtener la adjudicación definitiva del uso de sus parcelas, mediante anualidades no superiores al 60% del canon actual de arrendamiento.

—Rebaja, al menos en un 50% de este canon, para todos los que continúen en su condición de aparceros o arrendatarios.

—Adjudicación, a las cooperativas y a los campesinos pobres, de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación.

—Mantenimiento, en todas partes, de los derechos reconocidos a los empleados por la ley respectiva.

—Reglamentación, por una comisión paritaria, de los derechos de jubilación en forma que no implique el menor menoscabo de los establecidos por la ley.

—Implantación del salario y del sueldo mínimo.

—Ratificación de la libertad de cultos y enseñanza religiosa, al menos en los términos del artículo constitucional y consiguiente derogatoria del último decreto contra las iglesias no católicas. Gratuidad de la enseñanza en todos sus grados.

Estas son las principales reivindicaciones por las cuales el Partido Comunista luchará de inmediato. Todas ellas responden a perentorias exigencias de la emancipación material e intelectual de las masas. Todas ellas tienen que ser activamente sostenidas por el proletariado y por los elementos conscientes de la clase media.*

Los grupos estrechamente ligados que se dirigen hoy al pueblo, por medio de este manifiesto, asumen resueltamente, con la conciencia de un deber y una responsabilidad históricas, la misión de defender y propagar sus principios y mantener y acrecentar su organización, a costa de cualquier sacrificio. Y las masas trabajadoras de la ciudad, el campo y las minas y el campesinado indígena, cuyos intereses y aspiraciones representamos en la lucha política, sabrán apropiarse de estas reivindicaciones y de esta doctrina, combatir perseverante y esforzadamente por ellas y encontrar, a través de esta lucha, la vía que conduce a la victoria final del socialismo.

¡Viva la clase obrera del Perú!

¡Viva el proletariado mundial!

¡Viva la revolución social!

* En el original se añadía: "La Libertad del Partido para actuar públicamente, al amparo de la constitución y de las garantías, que ésta acuerda a los ciudadanos para crear y difundir sin destrucciones su prensa, para realizar sus congresos y debates, es un derecho reivindicado por el acto mismo de la fundación pública de esta agrupación." Desde el acuerdo del 20 de mayo de 1930, este párrafo perdió toda vigencia.

Tesis de afiliación a la Tercera Internacional

El C.C. del Partido se adhiere a la Tercera Internacional y acuerda trabajar por obtener esta misma adhesión de los grupos que integran el Partido. La ideología que adoptamos es la del marxismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, político y económico-social. Los métodos que propugnamos son los del socialismo revolucionario ortodoxo. No sólo que rechazamos, sino que combatimos en todas sus formas los métodos y las tendencias de la social democracia y de la II Internacional.

El Partido es un Partido de clase y, por consiguiente, repudia toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas y organismos políticos de las otras clases. El Partido reconoce, que dentro de las condiciones nacionales, la realidad nos impondrá la celebración de pactos o alianzas, generalmente con la pequeña-burguesía revolucionaria. El Partido podrá formar parte de estas alianzas de carácter revolucionario; pero, en todo caso, reivindicará para el proletariado la más amplia libertad de crítica, de acción, de prensa y de organización.

4 de Marzo de 1930.

Condiciones de Ingreso en la Internacional Comunista (Agosto, 1920)

El I Congreso (constituyente) de la Internacional Comunista no fijó condiciones exactas para el ingreso de los diferentes partidos en la III Internacional. Cuando fue convocado el I Congreso, en la mayoría de los países sólo existían tendencias y grupos comunistas.

El II Congreso Mundial de la Internacional Comunista se reúne en otras condiciones. Actualmente, en la mayoría de los países no sólo existen ya corrientes y tendencias comunistas, sino también *partidos y organizaciones* comunistas.

En la actualidad se dirigen cada vez con más frecuencia a la Internacional Comunista partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora desean ingresar en la III Internacional, pero que de hecho no son comunistas. La II Internacional está definitivamente descalabrada. Los partidos y grupos intermedios del "centro" ante el completo desquiciamiento de la II Internacional, tratan de unirse a la Internacional Comunista, más fuerte cada día, con la esperanza de mantener, sin embargo, una "autonomía" que les permita aplicar la anterior política oportunista "centrista". La Internacional Comunista se está poniendo hasta cierto punto, de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del "centro" de ingresar ahora en la III Internacional es una confirmación indirecta de que la Internacional Comunista se ha granjeado las simpatías de la inmensa mayoría de los obreros conscientes de todo el mundo y se convierte en una fuerza cada vez mayor,

En determinadas circunstancias, la Internacional Comunista puede verse amenazada del peligro de debilitarse por la presencia en su seno de grupos vacilantes e indecisos que no han desechado aún la ideología de la II Internacional.

Además, en algunos partidos importantes (Italia, Suecia) en los que la mayoría mantiene el punto de vista del comunismo, queda hasta ahora una considerable ala reformista y socialpacifista, que sólo espera el momento de levantar cabeza, de iniciar el sabotaje activo de la revolución proletaria y de ayudar así a la burguesía y a la II Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las enseñanzas de la República Soviética Húngara. La unificación de los comunistas húngaros con los reformistas costó cara al proletariado húngaro.

En vista de esto, el II Congreso Mundial estima necesario establecer condiciones completamente exactas para el ingreso de nuevos partidos, así como señalar las obligaciones que incumben a los partidos que ya han sido admitidos en la Internacional Comunista.

El II Congreso de la Internacional Comunista acuerda que las condiciones de ingreso en la misma son las siguientes:

1.—La propaganda y la labor cotidianas deben tener un verdadero carácter comunista. Todos los órganos de prensa que se hallen en manos del Partido deben ser redactados por comunistas seguros, que hayan demostrado su fidelidad a la causa de la revolución proletaria. Sobre la dictadura del proletariado no hay que hablar simplemente como si se tratase de una fórmula usual y aprendida de memoria; es preciso propagarla de tal manera que su necesidad se desprenda para cualquier obrero, obrera, soldado y campesino de los hechos de la vida, sistemáticamente señalados por nuestra prensa día tras día. En las páginas de los periódicos, en las asambleas populares, en los sindicatos, en las cooperativas, donde quiera que tengan acceso los partidarios de la III Internacional, es necesario estigmatizar de manera constante e implacable, no sólo a la burguesía, sino a sus auxiliares, a los reformistas de todos matices.

2.—Cada una de las organizaciones que desee pertenecer a la Internacional Comunista, está obligada a *expulsar* de manera regular y sistemática de todos los puestos de responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones del Partido,

redacciones, sindicatos, minorías parlamentarias, cooperativas, municipios, etc.) a los reformistas y partidarios del "centro" y sustituirlos por comunistas seguros, sin desconcertarse porque a veces haya que reemplazar de momento a dirigentes "expertos" por obreros de filas.

3.—En todos los países donde los comunistas, a consecuencia del estado de sitio o de las leyes de excepción, no puedan realizar su labor legalmente, es necesario en absoluto combinar el trabajo legal y el clandestino. La lucha de clases en casi todos los países de Europa y América entra en la fase de la guerra civil. En tales condiciones, los comunistas no pueden tener la confianza en la legalidad burguesa. Están obligados a crear en todas partes un aparato ilegal paralelo, que en el momento decisivo pueda ayudar al Partido a cumplir su deber ante la revolución.

4.—Son necesarias una propaganda y una agitación persistentes y sistemáticas entre las tropas y la formación de células comunistas en cada unidad militar. Los comunistas deberán realizar este trabajo en gran parte ilegalmente, pero renunciar a hacerlo equivaldría a cometer una traición contra el deber revolucionario y sería incompatible con la pertenencia a la III Internacional.

5.—Es imprescindible una agitación sistemática y regular en el campo. La clase obrera no puede consolidar su victoria sin contar por lo menos con una parte de los braceros agrícolas y campesinos pobres y sin neutralizar en su política a una parte del resto de los campesinos. La labor de los comunistas en el campo adquiere en la época actual una importancia de primer orden. Es necesario efectuarla, principalmente, a través de los *obreros* comunistas revolucionarios que tengan contacto con el campo. Renunciar a esta labor o dejarla en manos de semirreformistas poco seguros es lo mismo que renunciar a la revolución proletaria.

6.—Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la Internacional tiene la obligación de desenmascarar no sólo al socialpatriotismo descarado, sino también la falsedad y la hipocresía del socialpacifismo: demostrar sistemáticamente a los obreros que, sin el derrocamiento revolucionario del capitalismo, cualesquiera que sean los tribunales, internacionales de arbitraje, las conversaciones sobre la reducción de armamentos y la reorganización "democrática" de la Sociedad de

las Naciones, no salvarán a la humanidad de nuevas guerras imperialistas.

7.—Los partidos que deseen pertenecer a la Internacional Comunista están obligados a reconocer la necesidad de una ruptura total y absoluta con el reformismo y con la política del "centro" y a propagar esta ruptura en los círculos más amplios del Partido. Sin esto es imposible una política comunista consecuente.

La Internacional Comunista exige de manera incondicional y terminante llevar a cabo esta ruptura en el plazo más corto. La Internacional Comunista no puede consentir que reformistas redomados como, por ejemplo, Turati, Modigliani y otros, tengan derecho a considerarse miembros de la III Internacional. Esto llevaría a que la III Internacional se pareciese mucho a la fenecida II Internacional.

8.—En la cuestión de las colonias y de las nacionalidades oprimidas es necesaria una línea singularmente precisa y clara de los partidos de aquellos países cuya burguesía domina a dichas colonias y oprime a otras naciones. Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la III Internacional tiene el deber de desenmascarar sin piedad los subterfugios de "sus" imperialistas en las colonias, de apoyar de hecho, y no de palabra, todo movimiento de liberación en las colonias, de exigir que salgan de estas colonias sus imperialistas, de educar a los obreros de su país en un espíritu de verdadera fraternidad hacia los trabajadores de las colonias y nacionalidades oprimidas y de llevar a cabo una agitación sistemática entre sus tropas contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9.—Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la Internacional Comunista tiene la obligación de realizar una labor comunista sistemática e insistente dentro de los sindicatos, de las cooperativas y de otras organizaciones obreras de masas. En el seno de los sindicatos es necesario formar células comunistas que, mediante un trabajo prolongado y tesonero, deben conquistar dichas organizaciones para la causa del comunismo. Estas células tienen el deber de desenmascarar en toda su labor cotidiana la traición de los socialpatriotas y las vacilaciones del "centro". Estas células comunistas deben estar completamente subordinadas al conjunto del Partido.

10.—Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista tienen el deber de luchar tenazmente contra la

“Internacional” de Amsterdam de sindicatos amarillos. Deben propagar insistentemente entre los obreros organizados en los sindicatos la necesidad de romper con la Internacional amarilla de Amsterdam. Deben apoyar por todos los medios la naciente organización internacional de sindicatos rojos, adheridos a la Internacional Comunista.

11.—Los partidos que deseen pertenecer a la III Internacional tienen el deber de revisar la composición de sus minorías parlamentarias, alejar de ellas a los elementos inseguros, subordinar estas minorías de hecho, y no de palabra, a los comités centrales de los partidos y exigir de cada proletario comunista que subordine toda su labor a los intereses de una verdadera propaganda y agitación revolucionaria.

12.—De igual modo, la prensa periódica y no periódica y todas las editoriales deben estar subordinadas por entero al Comité Central del Partido, independientemente de que el Partido en su conjunto sea en un momento dado legal o ilegal; es inadmisibles que las editoriales, abusando de su autonomía, apliquen una política no ajustada plenamente a los intereses del Partido.

13.—Los partidos que pertenezcan a la Internacional Comunista deben estructurarse a base del principio del centralismo democrático. En la actual época de exacerbada guerra civil, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si está organizado del modo más centralizado, si rige dentro de él una disciplina férrea, rayana en la disciplina militar, y si el centro del Partido es un organismo autorizado, prestigioso y con amplias atribuciones, que goce de la confianza general de los miembros del Partido.

14.—Los partidos comunistas de los países donde los comunistas realizan su trabajo dentro de la legalidad, deben efectuar depuraciones (revisiones) periódicas de los efectivos de sus organizaciones con el fin de depurar de manera sistemática al Partido de los elementos pequeño-burgueses que se introducen inevitablemente en sus filas.

15.—Cada uno de los partidos que desee pertenecer a la Internacional Comunista, tiene el deber de prestar apoyo incondicional a cada República Soviética en su lucha frente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Los Partidos comunistas deben desplegar una propaganda constante para que los obreros se nieguen a transportar pertrechos bélicos a los enemigos de las

Repúblicas soviéticas, realizar una propaganda legal o ilegal entre las tropas enviadas a asfixiar a las Repúblicas obreras, etc.

16.—Los partidos que hasta ahora mantengan los viejos programas socialdemócratas, tienen el deber de revisarlos en el plazo más breve y de elaborar, con arreglo a las condiciones específicas de su país, un nuevo programa comunista en el espíritu de los acuerdos de la Internacional Comunista. Por regla general, los programas de cada Partido afecto a la Internacional Comunista deben ser confirmados por el Congreso ordinario de la Internacional Comunista o por su Comité Ejecutivo. En el caso de que el programa de tal o cual Partido no sea confirmado por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, este Partido tiene derecho a apelar al Congreso de la Internacional Comunista.

17.—Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional Comunista, así como los acuerdos de su Comité Ejecutivo, son obligatorios para todos los partidos adheridos a la Internacional Comunista. La Internacional Comunista, que actúa en condiciones de una exacerbada guerra civil, debe estar estructurada de una manera mucho más centralizada que la II Internacional. Además, la Internacional Comunista y su Comité Ejecutivo, en toda su labor, claro está, deberán tener en cuenta la diversidad de condiciones en las que tienen que luchar y actuar los distintos partidos, y adoptar decisiones obligatorias para todos tan sólo en aquellas cuestiones en las que sean posibles tales decisiones.

18.—En relación con todo esto, todos los partidos que deseen ingresar a la Internacional Comunista deben cambiar su título. Cada uno de los partidos que desee entrar en la Internacional Comunista debe llevar este título: Partido Comunista de tal país (sección de la III Internacional Comunista). La cuestión del título no es sólo formal, sino una cuestión de gran importancia política. La Internacional Comunista ha declarado una lucha decidida a todo el mundo burgués y a todos los partidos socialdemócratas amarillos. Es necesario que para cada trabajador de filas sea totalmente clara la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos oficiales "socialdemócratas" o "socialistas", que han traicionado la bandera de la clase obrera.

19.—Después de la terminación del II Congreso Mun-

dial de la Internacional Comunista, todos los partidos que deseen pertenecer a ella deben convocar, en el plazo más corto, un congreso extraordinario de cada Partido para confirmar en él oficialmente, en nombre de todo el Partido, las obligaciones arriba expuestas.

20.—Los partidos que ahora deseen ingresar en la III Internacional pero que hasta el momento no han cambiado radicalmente su anterior táctica, deberán, antes de ingresar, preocuparse porque en su Comité Central y en las más importantes instituciones centrales del Partido ingresen no menos de los dos tercios de aquellos camaradas que aún antes del II Congreso de la Internacional Comunista, públicamente y sin doble sentido, se expresaron por el ingreso en la III Internacional.

Las excepciones pueden admitirse con la conformidad del Comité Ejecutivo de la III Internacional. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tiene derecho a hacer excepciones para los representantes del "centro" nombrados en el párrafo 7.

21.—Los miembros del Partido que rechacen en principio las obligaciones y las tesis formuladas por la Internacional Comunista, deben ser expulsados de sus filas. Esto afecta asimismo a los delegados a los congresos extraordinarios del Partido.*

* Las "Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista", fueron redactadas por Lenin y presentadas al II Congreso de la I. C. en julio-agosto de 1920. Se incluyen en la presente selección con el fin de aclarar la evolución histórica del Partido Comunista del Perú y del pensamiento de Mariátegui.

**Carta a los redactores
de "Claridad"**
(Septiembre, 1924)

Queridos compañeros:

No quiero estar ausente en este número de "Claridad". Si nuestra revista reapareciera sin mi firma, yo sentiría más, mucho más mi quebranto físico. Mi mayor anhelo actual es que esta enfermedad, que ha interrumpido mi vida, no sea bastante fuerte para desviarla ni debilitarla.

Que no deje en mí ninguna huella moral. Que no deposite en mi pensamiento ni en mi corazón ningún germen de amargura ni de desesperanza. Es indispensable para que mi palabra conserve el acento optimista de antes. Quiero defenderme de toda influencia triste, de toda sugestión melancólica. Y siento más que nunca necesidad de nuestra fe común. Estas líneas escritas en la estancia donde paso mis largos días de convaleciente aspiran, pues, a ser, al mismo tiempo que un saludo cordial a mis compañeros de "Claridad", una reafirmación de mi fervor y de mis esperanzas. Os felicito por el notable ardimiento con que os dais a la empresa de reorganizar "Claridad". Nuestra causa es la gran causa humana. A despecho de los espíritus escépticos y negativos, aliados inconscientes o impotentes de los intereses y de los privilegios burgueses, un nuevo orden social está en formación. La perspectiva mundial es hoy más confortable que ayer. La reacción retrocede vencida en los mayores países del mundo a cuya irradiación están sujetos los pueblos menores. Francia, cada día más purgada de la intoxicación de la victoria, rectifica literalmente su orientación política. En Alemania declina la corriente nacionalista y reaccionaria y sus marciales caudillos han perdido definitivamente en un complot de cervecería la esperanza de conquistar y acaparar el poder. El Fascismo Italiano, malgrado todas las jactancias de su condottiero, se encuentra en un periodo de descomposición. El tartarinesco directorio —cuya historia dará tal vez asunto a alguna opereta del futuro— ofrece un grotesco

espectáculo de incapacidad e impotencia. El método reaccionario ha fracasado en todas partes. El régimen capitalista se ha visto constreñido a aceptar la convivencia pacífica con el régimen comunista. Los Soviets han sido reconocidos como una forma de gobierno legítima. Se constata que el mundo marcha hacia el socialismo. Signos inequívocos anuncian que el porvenir pertenece a la revolución.

Nuestra burguesía no comprende ni advierte nada de esto. Tanto peor para ella. Según todas las probabilidades, el destino de la generación que la representa actualmente es ahogarse en su estupidez y en su obscenidad. Dejemos que este destino se cumpla. Obedezcamos la voz de nuestro tiempo. Y preparémonos a ocupar nuestro puesto en la historia.

José Carlos Mariátegui

Presentación de "Amauta" (Septiembre, 1926)

Esta revista, en el campo intelectual, no representa un grupo. Representa más bien un movimiento, un espíritu. En el Perú se siente desde hace algún tiempo una corriente, cada día más vigorosa y definida, de renovación. A los autores de esta renovación se les llama vanguardistas, socialistas, revolucionarios, etc. La historia no los ha bautizado definitivamente todavía. Existen entre ellos algunas discrepancias formales, algunas diferencias psicológicas. Pero por encima de lo que los diferencia, todos estos espíritus ponen lo que los aproxima y mancomuna: su voluntad de crear un Perú, nuevo dentro del mundo nuevo. La inteligencia, la coordinación de los más volitivos de estos elementos, progresan gradualmente. El movimiento —intelectual y espiritual— adquiere poco a poco organicidad. Con la aparición de "AMAUTA" entra en una fase de definición.

"AMAUTA" ha tenido un proceso normal de gestación. No nace de súbito por determinación exclusivamente mía. Yo vine de Europa con el propósito de fundar una revista. Dolorosas vicisitudes personales no me permitieron cumplirlo. Pero este tiempo no ha transcurrido en balde. Mi esfuerzo se ha articulado con el de otros intelectuales y artistas que piensan y sienten parecidamente a mí. Hace dos años esta revista habría sido una voz un tanto personal. Ahora es la voz de un movimiento y de una generación.

El primer resultado que los escritores de "AMAUTA" nos proponemos obtener es el de acordarnos y conocernos mejor nosotros mismos. El trabajo de la revista nos solidarizará más. Al mismo tiempo que atraerá a otros buenos elementos, alejará a algunos fluctuantes y desganados que por ahora coquetean con el vanguardismo, pero que apenas éste les demande un sacrificio; se apresurarán a dejarlo. "AMAUTA" cribará a los hombres de la vanguardia —militantes y simpatizantes— has-

ta separar la paja del grano. Producirá o precipitará un fenómeno de polarización y concentración.

No hace falta declarar expresamente que "AMAUTA" no es una tribuna libre abierta a todos los vientos del espíritu. Los que fundamos esta revista no consideramos una cultura y un arte agnósticos. Nos sentimos una fuerza beligerante, polémica. No le hacemos ninguna concesión al criterio generalmente falaz de la tolerancia de las ideas. Para nosotros hay ideas buenas e ideas malas. En el prólogo de mi libro "La Escena Contemporánea" escribí que soy un hombre con una filiación y una fe. Lo mismo puedo decir de esta revista, que rechaza todo lo que es contrario a su ideología así como todo lo que no traduce ideología alguna.

Para presentar "AMAUTA", están demás las palabras solemnes. Quiero proscribir de esta revista la retórica. Me parecen absolutamente inútiles los programas. El Perú es un país de rótulos y de etiquetas. Hagamos al fin alguna cosa con contenido, vale decir, con espíritu. "AMAUTA", por otra parte, no tiene necesidad de un programa; tiene necesidad tan sólo de un destino, de un objeto.

El título preocupará probablemente a algunos. Esto se deberá a la importancia excesiva, fundamental, que tiene entre nosotros el rótulo. No se mire en este caso a la acepción estricta de la palabra. El título no traduce sino nuestra adhesión a la raza, no refleja sino nuestro homenaje al Incaísmo. Pero específicamente la palabra "AMAUTA" adquiere con esta revista una nueva acepción. La vamos a crear otra vez.

El objeto de esta revista es el de plantear, esclarecer y conocer los problemas peruanos desde puntos de vista doctrinarios y científicos. Pero consideraremos siempre al Perú dentro del panorama del mundo. Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación política, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro. Esta revista vincula a los hombres nuevos del Perú, primero con los de los otros pueblos de América, en seguida con los de los otros pueblos del mundo.

**Carta a los redactores del
boletín de la U.P.G.P.**
(Enero, 1927)

Siento como un deber mi presencia en el Boletín que conmemora la fundación de la Universidad Popular Gonzales Prada, no a título de "intelectual de avanzada", sino de miembro de este centro de cultura proletaria. Del título de "intelectual de avanzada", que no tengo en demasiado aprecio, hago barato obsequio, a los que por ahí puedan apetecerlo. Y me califico miembro o militante de la Universidad Popular, y no profesor, porque también de este título, rezago del espíritu universitario, fui siempre poco amigo en nuestras asambleas. En la Universidad Popular no he querido encontrar, en todo instante, sino estudiantes, venidos unos del taller y otros de la biblioteca o del aula. De estudios superiores unos e incipientes otros, pero estudiantes y obreros todos del heroico trabajo de formar una cultura revolucionaria, exenta de maneras académicas y mambretes burgueses.

La invalidez física que me impide ocupar mi puesto en vuestras reuniones y clases no me aparta ni me excluye de la Universidad Popular, pues, concibiendo su misión y entendiendo su esfuerzo como la misión y el esfuerzo de crear una cultura revolucionaria, sé que he dado a esa obra, íntegramente, mi energía y mi capacidad en estos dos años y medio. Algunos centenares de artículos, en todos los cuales he tratado de contemplar y definir los hechos y las cosas con criterio socialista, representan mi aporte de este tiempo, en que no he hablado, pero he escrito, y en que tengo la satisfacción de haber escrito como habría hablado.

Todos conocéis ya en la Universidad Popular, la conocen también muchos que están fuera de ella, mi desconfianza invencible respecto de los sedicentes intelectuales nuestros. Para mí esta categoría no existe. En el conflicto entre explotadores y explotados, en la lucha entre socialismo y capitalismo, la neutralidad intelectual es imposible. Constituye una ilusión tonta en todos aquellos en quienes no constituye una argucia jesuítica.

En el Perú, la inteligencia ha estado enfeudada a los intereses y sentimientos de la casta feudal, heredera, bajo la República, de los privilegios del Virreinato. La fundación de la Universidad Popular ha significado uno de los episodios de la revolución intelectual que actualmente se cumple. En ese acto la juventud ha afirmado su voluntad de socializar la cultura, liberándola de los vínculos que antes la subordinaban al "Civilismo", como se llama a nuestra plutocracia. Los profesores del "civilismo", llenos de suficiencia y honor de espíritu, se sentían los mantenedores, y conservadores de algo que era patrimonio de las "clases altas". Los trabajadores intelectuales de la Universidad Popular y de la vanguardia se saben forjadores de algo que es y debe ser patrimonio de la sociedad.

Esta batalla tiene ya sus héroes. Tiene ya también sus glorias y sus triunfos. Pero el recuerdo de los unos y la conmemoración de los otros, no basta, como testimonio de que será debidamente continuada. En el sexto aniversario de su fundación la Universidad Popular está obligada a hacer el balance de su propia labor con un criterio riguroso y, hasta donde sea posible, objetivo. Creo que los fines de su primera etapa están ya superados y hay que perseguir objetivos ciertamente más difíciles pero esenciales. Hace año y medio que propuse la organización de una especie de seminario de estudios económicos y sociológicos que se proponga, en primer término, la aplicación del método marxista al conocimiento y definición de los problemas del Perú. Hoy renuevo mi proposición. Os recomiendo que viváis apercebidos contra el peligro de que un simple trabajo de clases nocturnas se convierta en especie de extensión universitaria. Afortunadamente os creo vigilantes y alertas.

Por esto, mis palabras de solidaridad y saludo en el sexto aniversario de nuestra Universidad Popular quieren ser de franco y leal optimismo en el espíritu y en la capacidad de los elementos de vanguardia que continúan la labor iniciada hace seis años por Haya de la Torre,* nuestro querido ausente.

* Acerca de las discrepancias posteriores entre Mariátegui y el grupo de Haya de la Torre, véanse las págs. 100-110 de ésta edición.

Antecedentes y desarrollo de la acción clasista (1929)

Las primeras manifestaciones de propaganda ideológica revolucionaria son en el Perú, las que suscita, a principios del siglo actual, el pensamiento radical de Gonzales Prada. Poco tiempo después de que Gonzales Prada se separara definitivamente de la política, fracasado el experimento del Partido Radical, aparecen los primeros grupos libertarios. Algunos obreros, que se interesan por estas ideas, entran en contacto con Gonzales Prada, a quien su decepción de la lucha política empuja a una posición anárquica. Se constituyen pequeñas agrupaciones libertarias, que se limitan a iniciar la propaganda de sus ideas, sin proponerse por el momento ninguna otra acción. Gonzales Prada colabora, con pseudónimos o sin firma, en eventuales hojas ácratas: "Los Parias", "El Hambriento". Algunos radicales y masones, amigos de Gonzales Prada, simpatizan con esta propaganda, sin comprometerse de frente, en ella. Aparecen otras hojas efímeras "Simiente Roja", etc. La única que llega a adquirir permanencia es "La Protesta" que da su nombre al primer grupo anárquico de acción persistente.

La Federación de Panaderos "Estrella del Perú", se presenta como el primer gremio en el cual influyen las ideas revolucionarias. Es en una actuación de los panaderos donde Gonzales Prada pronuncia, el 19 de Mayo de 1905, su discurso sobre los intelectuales y el Proletariado, reproducido en el N.º. 8 de "Labor".

El movimiento billinghurstista obtuvo la adhesión de algunos elementos participantes en estas iniciales escaramuzas ideológicas; el más importante de ellos es un ex-libertario, Carlos del Barzo, artesano que más tarde interviene en el intento de organización de un Partido Socialista, y que figura alguna vez como candidato obrero a una diputación por Lima. El billinghurstismo tuvo a su lado, asimismo, al líder de las huelgas de los portuarios del Callao de esa época, Fernando Vera;

pero al asimilárselo, hizo de él un "capitulero". Bajo el gobierno de Billinghurst el mutualismo amarillo, al servicio de todos los gobiernos, se prestó a una actitud de cordialidad con los obreros chilenos. Una comisión de estas sociedades obreras, auspiciada por el gobierno, visitó Chile, donde se cambiaron, entre representantes más o menos falsos de uno y otro lado, palabras de reconciliación y de amistad. El grupo anárquico del Perú, que trabajaba entonces por dar vida a una Federación Regional Obrera peruana, envió a Chile, desconociendo a la delegación oficial, visada por el billinghurstismo, al obrero Otazú, que en el país del sur fue recibido por trabajadores de la misma filiación. Se puede decir, pues, que las primeras manifestaciones de internacionalismo de los obreros peruanos corresponde a este tiempo. Y hay que tener siempre en cuenta, en el primer caso, su carácter de manifestaciones conectadas con la política de la cancillería, en tratos con la de Chile, para arreglar la cuestión de Tacna y Arica.

Derribado Billinghurst, contra el gobierno militar de Benavides, Gonzales Prada publica un semanario "la Lucha", y Carlos del Barzo "El Motín"; pero ambos periódicos representan sólo una protesta contra el régimen militar, una registra contra sus abusos. Por la filiación ideológica de sus directores, cabe, sin embargo, relacionarlos con el movimiento social. Del Barzo sufre prisión y deportación, y Gonzales Prada juicio de imprenta.

Bajo el gobierno de Pardo, los efectos de la guerra europea en la situación económica influyen en la agitación social y en el orientamiento ideológico. Un grupo sindicalista predomina sobre los ácratas en la labor entre las masas. Barba dirige algunas huelgas de zapateros y organiza el Sindicato de Trabajadores de esta industria en la capital. La propaganda anarcosindicalista penetra en la campaña de Huacho, produciendo una agitación sangrientamente reprimida por las autoridades de Pardo. La lucha por las ocho horas en 1918 consiente a los anarcosindicalistas llevar su propaganda a las masas, en forma intensa. El gremio textil, animador de esta lucha, adquiere un rol influyente en la acción clasista. Son ya varios los estudiantes que han entrado en relación con los grupos obreros avanzados. Frente a la lucha por las ocho horas,

se produce una declaración oficial, de la Federación de Estudiantes, de simpatía con las reivindicaciones obreras. La masa de los estudiantes no tenía la menor idea del alcance de estas reivindicaciones y creía que el rol de los universitarios era el de orientar y dirigir a los obreros.

En este tiempo se inicia en la redacción del diario opositor "El Tiempo", muy popular entonces, un esfuerzo por dar vida a un grupo de propaganda y concentración socialistas. La dirección del periódico, ligada a los grupos políticos de oposición, es extraña a este esfuerzo, que representa exclusivamente el orientamiento, hacia el socialismo, de algunos jóvenes escritores, ajenos a la política, que tienden a imprimir a las campañas del diario un carácter social. Éstos escritores son César Falcón, José Carlos Mariátegui, Humberto del Águila, y algún otro, que unidos a otros jóvenes intelectuales afines, publican a mediados de 1918 una revista de combate "Nuestra Época". Un artículo antiarmamentista de Mariátegui provoca una violenta protesta de los oficiales del Ejército, que, en numeroso grupo, invaden la redacción de "El Tiempo", donde trabajaba el articulista, para agredirlo. "Nuestra Época" no trae un programa socialista; pero aparece como un esfuerzo ideológico y propagandístico en ese sentido. A los dos números deja de publicarse (1918), desaprobada por la empresa periodística a la que prestan sus servicios sus principales redactores. Pero éstos prosiguen sus gestiones para crear un Comité de Propaganda Socialista.

Se une a ellos otro redactor de "El Tiempo", Luis Ulloa, procedente del antiguo partido radical, quien, con motivo de sus campañas periodísticas contra "los hambreadores del pueblo", se relaciona con los sindicalistas. Se constituye el Comité con la adhesión de Del Barzo y algunos obreros próximos a él, y de los dos grupos de estudiantes, (ya profesionales algunos) que han tomado parte entonces en la agitación obrera. El grupo tiende a asimilarse a todos los elementos capaces de reclamarse del socialismo, sin exceptuar a aquellos que provienen del radicalismo gonzales-pradista y se conservan fuera de los partidos políticos. Una parte de los elementos que lo componen, dirigidos por Luis Ulloa, se propone la inmediata transformación del grupo en Partido, y la otra parte, en la que

se cuentan precisamente los iniciadores de su fundación, sostienen que debe ser mantenido como Comité de Propaganda y Organización Socialista, mientras su presencia no tenga arraigo en las masas. El período no es propicio para la organización socialista. Algunos de los elementos del Comité redactan un periódico "Germinal", que adhiere al movimiento leguista; Mariátegui, Falcón y sus compañeros se separan, finalmente, del grupo que acuerda su aparición como partido el 1° de Mayo de 1919.

Al mismo tiempo que estas gestiones, algunos elementos procedentes del billinghurstismo y otros por cuenta de un ex-demócrata, presunto candidato a la presidencia de la República, efectúan otras por crear un Partido Obrero. Propuesta al Comité Socialista la fusión de ambos grupos, aquél la rechaza. El acto inaugural del Partido Obrero es fijado para el 1° de Mayo de 1919, pero reunida una asamblea popular, convocada por los promotores de este Partido, en un teatro de la capital, Gutarra, orador sindicalista, denuncia la trastienda política y eleccionaria de sus gestiones y saca a la multitud a la calle, en son de demostración clasista.

La tentativa del Partido Socialista fracasa, porque a la manifestación del 1° de Mayo de 1919 sigue la gran huelga general del mismo mes, en la que los dirigentes de ese grupo evitan toda acción, abandonando a las masas y tomando, más bien, una actitud contraria a su acción revolucionaria. Ausente Luis Ulloa del país y muerto Carlos del Barzo, el Comité del Partido se disuelve, sin dejar huella de su actitud en la conciencia obrera.

El movimiento estudiantil de la Reforma Universitaria acerca, en la misma forma que en otros países latinoamericanos, la vanguardia estudiantil al proletariado. El Primer Congreso de Estudiantes del Cuzco, celebrado en 1919, acuerda la creación de las Universidades Populares; y en 1921 el grupo de vanguardia de este Congreso, encabezado por Haya de la Torre, fundó la Universidad Popular Gonzales Prada. El Congreso Obrero de Lima aprueba un voto de adhesión a la obra de cultura popular de esas universidades. Pero los obreros no confían mucho en la perseverancia de los estudiantes; y para

no suscitar ningún recelo, las universidades se abstienen de todo trabajo de orientación ideológica del proletariado. De otro lado, la mayoría de los estudiantes de la U.P. carece de esta orientación; en lo tocante a la cuestión social va a aprender más que a enseñar, al lado del proletariado.

Un cambio se inicia con la acción del 23 de mayo (1923) dirigida y animada por la U.P. con el concurso de los obreros organizados. Mariátegui regresa en ese tiempo de Europa, con el propósito de trabajar por la organización de un partido de clase. Las U.P., que están en su apogeo, con motivo de las jornadas del 23 de mayo le ofrecen su tribuna y él acepta. Desarrolla un curso de conferencias sobre la crisis mundial, en las que explica el carácter revolucionario de esta crisis. Los anarquistas se muestran hostiles a esta propaganda, sobre todo por la defensa de la revolución rusa, a que en parte se contrae; pero Mariátegui obtiene la solidaridad de la U.P. y de sus adherentes más entusiastas de las organizaciones obreras. Como órgano de la juventud libre, pero más exactamente de las U.P., comienza a publicarse, en abril de 1923, "Claridad". Su orientación es "carlista": corresponde sobre todo, al espíritu de agitación estudiantil. Deportado Haya de la Torre, con ocasión del descubrimiento de una conspiración de los partidarios de don Germán Leguía y Martínez, que sirvió de pretexto para castigar su acción del 23 de mayo acusándole falsamente de relación con políticos del viejo régimen, en los días en que se cajeaba "Claridad", Mariátegui asume su dirección. El N° 5 señala el inicio de un franco orientamiento doctrinario, en el que "Claridad" abandona el tono estudiantil. Desde ese número, "Claridad" aparece como órgano de la Federación Obrera Local. Perseguida por la policía, el proletariado ha querido ampararla con su solidaridad formal. Mariátegui inicia la organización de una sociedad editora obrera, para la publicación de la revista y con vistas a la de un diario; pero en ese tiempo se enferma gravemente y escapa a la muerte a costa de la amputación de la pierna derecha.

De fines de 1924 a principios de 1925, la represión de la vanguardia estudiantil se acentúa. Son deportados los más activos de los elementos de las U.P. y la Federación de Estudiantes: Herrera, Bustamante, Rabines, Hurwitz, Ferreros,

Lecaros, Seoane, Heysen, Cornejo, Pavletich, etc.; también se deporta al secretario de la Federación Obrera Local, Arcelles y a dos de los dirigentes de la organización indígena. Las actividades de la U.P. son, sin embargo, mantenidas por un grupo animoso y perseverante. Empieza, en este período, a discutirse la fundación del Apra, a instancias de su iniciador, Haya de la Torre, quien, desde Europa, se dirige en este sentido a los elementos de vanguardia del Perú. Esos elementos aceptan, en principio el Apra, que hasta por su título se presenta como una alianza o frente único.

En septiembre de 1926, como órgano de este movimiento) como tribuna de "definición ideológica", aparece *Amauta*. La Federación Obrera Local convoca a un segundo Congreso Obrero. Mariátegui, director de *Amauta*, en una carta a este Congreso, que carece de un trabajo serio de preparación, advierte la inoportunidad de un debate de tendencias doctrinarias, proponiendo la organización de los trabajadores con un programa de "unidad proletaria", la constitución de una Central nacional, basada en el principio de "lucha de clases". Pero las tendencias llevan al Congreso sus puntos de vista, empeñándose en una discusión desordenada sobre la doctrina clasista a la que debía adherir el proletariado organizado. Es este instante que el Ministro de Gobierno de entonces, interesado en aumentar su importancia política, amenazada por la rivalidad de los círculos, con una actitud sensacional, escoge para una represión de gran estilo. En la noche del 5 de junio, se sorprende aparatosamente una reunión de la sociedad editora obrera "Claridad", a la que se había citado, como de ordinario, por los periódicos. La misma noche se apresa en sus domicilios a los más conocidos y activos militantes de las organizaciones obreras, y a algunos intelectuales y universitarios. Una información oficial anuncia, en todos los diarios, la detención de todas estas personas en una reunión, presentada como clandestina. El Ministro de Gobierno, Manchego Muñoz, afirma sin empacho, que ha descubierto nada menos que un complot comunista. El órgano civilista "El Comercio", reducido al silencio desde los primeros tiempos del gobierno leguista, y conocido por sus vinculaciones con la plutocracia del antiguo régimen, aprueba editorialmente esta represión, así como las medidas que le siguen: clausura de *Amauta*, cierre de los

talleres de la Editorial Minerva, donde se imprimía por cuenta particular de sus redactores-editores, detención de José Carlos Mariátegui, a quien, dadas las condiciones de salud, se le aloja en el Hospital Militar de San Bartolomé. Cerca de cincuenta militantes fueron llevados a la isla de San Lorenzo; muchos más sufrieron breve detención en los calabozos de la policía; otros, perseguidos, tuvieron que ocultarse. La policía notificó, a los que quedaban en libertad, que la Federación Obrera Local, la Federación Textil y otras organizaciones del mismo carácter, debían ser consideradas disueltas, y que toda actividad sindicalista quedaba terminantemente prohibida. No dejaron de manifestar su aplauso a estas medidas, igual que "El Comercio", que no tuvo reparo en complacerse expresamente de la supresión de *Amauta*, los elementos mutualistas amarillos, incondicionalmente a órdenes de éste como de todos los gobiernos, así como un sedicente y flamante "partido laborista", fundado por algunos empleados cesantes y algunos arribistas, con la cooperación de unos pocos artesanos. Pero era tan desproporcionada, respecto de los vaguísimos e individuales papeles que pretendían documentarla, la especie de la "conspiración comunista para destruir el orden social", que, poco apoco, no obstante estar cerrados los periódicos, a toda información imparcial, se desvaneció la impresión que en los primeros instantes produjera. Sólo encontró acogida en la prensa una breve carta dirigida por Mariátegui desde el Hospital Militar, desmintiendo rotunda y precisamente, en todas su partes la invención policial.

Dos profesores de la U.P., Carlos M. Cox y Manuel Vargas Díaz, fueron deportados al Norte. En la misma dirección habían sido embarcados antes Magda Portal y Serafín Del Mar. Y cuatro meses más tarde, cuando no quedaba en el público vestigio del recuerdo del complot, se puso en libertad a los presos de San Lorenzo. En diciembre de 1927, reapareció *Amauta*, que, de otro modo, habría reanudado su publicación en Buenos Aires.

La represión de junio, entre otros efectos, tuvo el de promover una revisión de métodos y conceptos y una eliminación de los elementos débiles y desorientados en el movimiento social. De un lado se acentúa en el Perú la tendencia

a una organización exenta de los residuos anarcosindicales, purgada de "bohemia subversiva"; de otro lado aparece clara la desviación aprista. Uno de los grupos de deportados peruanos, el de México, propugna la constitución de un Partido Nacionalista Libertador. Haya define al Apra como el Kuo Ming Tang latinoamericano. Se produce una discusión en la que se afirma definitivamente la tendencia socialista doctrinaria, adversa a toda forma de populismo demagógico e inconcluyente, y de caudillaje personalista. Los documentos adjuntos ilustran los términos y resultados de este debate, a partir del cual el movimiento izquierdista peruano entra en una etapa de definitiva orientación. "Amauta", en el N° 17, el de su segundo aniversario, declara cumplido el proceso de "definición ideológica", afirmándose, categóricamente, marxista. En noviembre de 1928, aparece "Labor", como periódico de extensión de la obra de "Amauta", para convertirse gradualmente en órgano de la reorganización sindical.

